

LA REVISTA DE BUENOS AIRES

Historia Americana, Literatura y Derecho

AÑO II. BUENOS AIRES, AGOSTO DE 1864 N. 16

HISTORIA AMERICANA

EPISODIOS DE LA REVOLUCION

EL CRUCERO DE "LA ARGENTINA"

1817—1819

(Conclusion.) (1)

VII.

Puesta la proa al Sur, Buchardo se propuso seguir hostilizando las costas de Centro América, dominadas entonces por las armas españolas, anonadando su comercio y apresando sus buques hasta dejar sus puertos entregados á la sole-

1. Véanse las páj. 245 y 289.

dad como lo habia practicado en los de Méjico.

Con esta resolucion llegó el 2 de Abril de 1819 frente al puerto del Realejo.

El Realejo es un seno de la costa de Nicaragua sobre el Pacífico. Una punta saliente lo resguarda por la parte del Sur, estando defendido por el frente (oeste) por una isla que rompe las olas del mar y que forma dos canales navegables por donde se penetra al puerto. Un rio del mismo nombre que se desprende de las montañas al interior, viene á precipitar sus aguas en aquel seno del mar. A su márjen oriental está situada la ciudad del mismo nombre y rio que es allí profundo, y es lo que propiamente se llama el puerto, pudiendo contener hasta 200 buques anclados. Por estas condiciones, por los ricos productos de las comarcas circunvecinas, y por los elementos de construccion naval de que abunda, este puerto era uno de los mas importantes centros del poder marítimo y del comercio colonial de la España en el mar del Sur, adonde acudian los buques de Acapulco y Panamá, siendo ademas el principal astillero del Pacífico. A estas ventajas de la naturaleza y á esta importancia de que gozó desde tiempo atras, debió el ser cruelmente hostilizado por las expediciones piráticas que durante el siglo XVII asolaron aquellas costas, razon por la cual la ciudad habia sido rodeada de trincheras. Una alta montaña, cuyo fuego volcánico está perpetuamente encendido, le sirve de faro, y señala su posicion al navegante á muchas millas de distancia. (23)

Esta esplicacion era necesaria para comprender las operaciones que van á seguir.

Por el capitan del bergantin apresado en Sonsonate habia sido informado Bucharde de que en el puerto del Realejo existian cuatro buques españoles, y resuelto á apoderarse de ellos á toda costa, tomó sus disposiciones para sorprenderlos.

23. Dampier: Viaje al rededor del mundo.—Dic. Hist. Geog. de América por Alcedo.—Báyl's: Central América.—Squier: Nicaragua etc. Couton's. General Atlas.

Pero como este intento no podia lograrse con ninguno de los buques de la expedicion, se detuvo á cierta distancia de la entrada del puerto, cubriéndose con la costa del norte para no ser descubierto por la vijía; y echando al agua dos lanchas cañoneras armadas con piezas de á 4, y dos botes de desembarco tripuló estas embarcaciones con 50 hombres de pelea entre tropa y marineros, tomando en persona el mando de la flotilla.

En la noche del mismo 2 de abril se desprendió la flotilla del costado de los buques del crucero, y se dirigió al fuerte. Uno de los botes se extravió en la oscuridad, y en vano lo esperó Buchardo hasta la madrugada del dia 3, pues no apareció. Resuelto sinembargo á proseguir en su empresa se mantuvo oculto durante todo el dia, y no obstante sus precauciones fué descubierto por el vijia del Realejo que puso en alarma el puerto y la ciudad.

Durante todo el dia 3, no apareció tampoco el bote que faltaba. Llegada la noche se decidió á atacar el puerto con solo las tres embarcaciones y los 38 hombres que las tripulaban.

Una de las lanchas cañoneras era dirigida por Buchardo que llevaba la vanguardia, la otra por el capitan Piris que le seguia inmediatamente, cerrando la retaguardia el bote tripulado.

En esta disposicion penetraron al canal del Realejo, y á las 2 de la mañana del dia 5 estuvieron sobre los buques del puerto, que los esperaban alarmados y en disposicion de hacer una vigorosa resistencia.

Un bergantin, apoyado por un buque y una goleta cerraban el canal. Estos tres buques estaban regularmente artillados, con bastante marineria y jente de fusil á su bordo.

A las dos y media de la mañana se rompió por ambas partes el fuego de fusileria y de cañon. Las detonaciones de las armas de fuego alternaban con los resplandores intermitentes del Volcan Viejo, que iluminaba aquel combate nocturno. A la media hora de fuego fué resueltamente abordado el bergantin y el buque al grito de ¡Viva la patria!

que era el grito de guerra de "La Argentina". Ambos buques fueron rendidos, arrojándose al agua, ó huyendo hacia tierra en los botes casi todos sus defensores. Igual suerte tuvo la goleta que estaba mas adentro, siendo apresado al mismo tiempo otro buque del mismo porte que se hallaba en el puerto.

Esta victoria costó alguna sangre á los argentinos.

Cuatro buques ricamente cargados con añil y cacao, su artillería, algunas armas y 27 prisioneros, fueron los trofeos de esta jornada, que debió hacer recordar á los habitantes de la ciudad del Realejo los numerosos ataques de que habian sido víctimas en el siglo XVII. (24)

A la mañana siguiente los dueños del bergantin y de una goleta, ofrecieron á Bucharcho por rescate la cantidad de 10.000 fuertes. Por toda contestacion los mandó quemar á su vista, reservando el bergantin para reforzar el crucero, y una de las goletas para ponerla á disposicion del gobierno arjentino.

Ocupábase en disponer las presas para remolcarlas fuera del canal, cuando recibió aviso del Comandante de la *Chacabuco* de que se avistaba un bergantin goleta, que hacia algun tiempo venía siguiendo á la espedicion, y que por varias ocasiones habia esquivado el combate merced á la superioridad en su marcha.

Este buque habia sido avistado por la primera vez á principios del próximo mes de marzo, frente á la bahia de San Blas. Habiendo ido sobre él la *Chacabuco*, por no poder seguirlo la fragata á causa del poco viento, el bergantin goleta disparó sobre aquella unos siete ú ocho cañonazos, fijando la bandera española, que fueron contestados por la corbeta con otros tantos, no pudiendo darle caza por ser menos velera.

Tres dias despues volvió á aparecer á barlovento de los buques argentinos; pero asi que los avistó viró de bordo, y

se perdió en el horizonte como el buque fantasma del capitán Marriat. (25)

Cuando llegó Buchardo al punto donde había dejado fondeados sus buques, encontró que "La Argentina" se había hecho á la mar persiguiendo otra embarcacion que con bandera española había aparecido á la entrada del puerto. Solo se hallaba allí la *Chacabuco*, con algunos pocos marineros, los naturales de Sandwich y algunos indios de California, visoños todos en la maniobra y el manejo de la artillería.

En su parte de 6 de Abril de 1819 dice Buchardo con este motivo: "Este fué un momento de conflicto. La corbeta no estaba bien servida por la calidad de la mayor parte de la gente: la de provecho estaba en el canal al cuidado de las presas, y no sabia del paradero de la fragata: sin embargo nos resolvimos á sostener el honor del pabellon". (26)

El bergantin goleta era un buque de guerra, sólido, de superior marcha y de buen gobierno, que llevaba en su centro un cañon jiratorio de á 24 y ocho piezas por costado, y que parecia perfectamente tripulado.

Fiado en estas calidades, ó conociendo la poca jente que defendia la corbeta, sé fué sobre ella con la bandera española enarbolada, haciendo fuego con su colisa y todo el costado de babor, que fué contestado por el buque arjentino con su bandera fijada. Entonces maniobró para tomar á la *Chacabuco* por la popa, y merced á su gobierno y á la mala calidad de la tripulacion arjentina, lo consiguió al fin poniéndocce á tiro de pistola, y en tal situacion rompió el fuego de fusileria, descargando de nuevo su costado de estribor que barrió el puente de la corbeta de popa á proa, desmontando algunas piezas, matándole tres hombres, é hiriendo mortal-

25. Rel. de Buchardo y Mem. Piris.

26. Relacion de Buchardo.

mente otros tres. (27) En aquel momento amagó el abordaje, y dispuesto Buchardo á recibirlo convenientemente, vió con asombro que el buque enemigo arriaba la bandera española que habia mantenido durante el combate, y enarbolaba la bandera chilena!

“La admiracion y el coraje, dice Buchardo, sucedieron al dolor de ver aquella sangre vertida tan bárbaramente. Yo habria hecho el debido escarmiento, pero no tenia la bastante fuerza para ello. Llamé al comandante del bergantin por quien supe apellidarse Cól, y que el buque era el *Chileno*, corsario contra los españoles. Las reconvenciones sobre su inícuo manejo se me atropellaron, y él no tuvo que contestar mas que con la confusion que le causaban”. (28)

El corsario chileno se alejó entonces á toda vela de la *Chacabuco*, y se perdió en el horizonte sin enviar á Buchardo el cirujano que le habia pedido para curar sus heridos que pocos dias despues murieron.

Al dia siguiente regresó “La Argentina” trayendo una presa á que habia dado caza, y averiguado que pertenecia al buque chileno con el cual se habia batido, fué puesta en libertad.

Este fué el último combate del penoso y memorable crucero de “La Arjentina”.

VIII.

El 9 de julio de 1819, á los dos años cabales de haber salido de la Ensenada de Barragan, echó el ancla “La Arjentina” en el puerto de Valparaiso, habiéndole precedido las presas convoyadas por la *Chacabuco*.

La escuadra chilena mandada por el famoso lord Co-

27. Not. de Manrique.—Rel. de Buchardo, Mem. de Piris.

28. Rel. de Buchardo.

chrane estaba fondeada en el puerto, y á su inmediacion se veia la fragata *Andromaca* á cuyo bordo habia trasladado los heridos de la sublevacion en la rada de Buenos Aires la víspera de hacerse á la vela para dar la vuelta al mundo.

La coincidencia del dia de arribo y del encuentro despues de tan largo tiempo y tan larga navegacion, no dejaba de ser notable, y Buchardo tuvo un triste presentimiento al volverse á encontrar con aquel buque que traia á su memoria la sangrienta escena de la partida.

Notando que la *Chacabuco* y las demás presas que habia venido convoyando se hallaban sin bandera y bajo los fuegos del castillo de tierra y de la escuadra chilena, no supo darse cuenta de lo que pasaba; pero muy luego tuvo la esplicacion del enigma.

Las presas habian sido secuestradas por órden del Almirante Cochrane, aprisionando su tripulacion; y á "La Argentina", y á él le estaba reservada la misma suerte despues de tan meritorios servicios y tan largos padecimientos y peligros.

El modo como se perpetró esta violéncia está narrado en la protesta que el mismo Buchardo formuló en Válpaiso ante escribano público, y dice así:—"Hipólito Buchardo, capitan de la fragata corsaria *Arjentina*, fondeada en esta rada digo: Que despues de concluido el crucero, salí del puerto del Realejo con tres presas hechas por mí, á saber: la corbeta "Santa Rosa de Chacabuco", una goleta "Maria Sofia" y un buque "San José" (alias) "Neptuno", cuyas presas anticiparon su entrada en este puerto, y á mi arribo fuí informado por sus oficiales hallarse desposeidos del mando y secuestrados por órden del señor vice-almirante de estas fuerzas navales don Tomas Cochrane; y que en esta circunstancia hallándose á bordo de la fragata "La Arjentina", fué abordado en la noche por dos oficiales de mar de la escuadra con sus espadas desnudas, en ademan de herir, ordenándole en nombre del almirante cediese á la fuerza y entregase el buque á su disposicion: y sin hacer la menor resistencia, ni él; ni otra persona de su tripulacion, fueron todos trasbor-

dados al navio "San Martin" y entregada la fragata sin las formalidades correspondientes, ni mas resguardo que un recibo. Y como este procedimiento perjudica no solo los intereses que administro, sinó tambien el crédito de la Nacion Argentina, bajo de cuyo pabellon he hecho su curso, asi como mi buena reputacion en el crucero, desde ahora y para siempre protesto todos los daños y menoscabos que se me irroguen, una, dos y tres veces contra quien los haya causado". (29)

Tan violento proceder, empleado contra un buque armado en guerra con la bandera de una nacion aliada, y en momentos en que las armas arjentinas que habian contribuido á dar su libertad á Chile continuaban afianzando su independencia por empeños de su mismo gobierno y Senado (30), solo podia esplicarse por la arrogancia del almirante Cochrane que abusando de la preponderancia que le daban sus extraordinarias hazañas, su fama universal y la necesidad que la causa americana tenia de sus servicios, solia contrariar con sus actos la misma política del gobierno chileno.

Oyendo un infundado reclamo hecho por el capitan Shinniff de la fragata "Andrómaca" de S. M. B. sobre un buque inglés visitado por Buchardo durante su crucero, y atendiendo á la queja de un súbdito británico que se decia dueño de la goleta "Maria Sofia" apresada en el Realejo, el almirante Cochrane usurpando las atribuciones del gobierno y de los tribunales arjentinos y constituyéndose en juez, habia ordenado el secuestro de los buques y la prision de Buchardo y su tripulacion; aunque debe decirse, por muy doloroso que sea ver deprimida la elevacion moral de un héroe tan grande como Cochrane, que el verdadero móvil de aquel

29. M. S. orijinal.—"Doc. del Archivo.—Reclamo del Dr. Echavarría como armador. "Doc. del Archivo".

30. Oficio orijinal de O'Higgins y del Senado de Chile. (Arch. de Rels. Ests.)

acto fué la fama del rico cargamento y de las barras de plata que "La Argentina" traía á su bordo, que fué lo primero porque preguntaron los oficiales que se posesionaron de la fragata!

La arrogancia y el poco miramiento de la conducta del almirante Cochrane respecto del gobierno de Chile, y su hambre de oro, de que dan testimonio sus Memorias, (31) contrastan con la moderación y el desinterés del general San Martín dos veces vencedor al frente de un ejército poderoso y á cuya espada estaban fiados los destinos de aquella república naciente y la suerte de la América del Sur! La antipatía con que Cochrane miraba desde entonces á San Martín, en su empeño de arrebatárle el mando de la proyectada expedición al Perú, talvez contribuyó en parte á que Cochrane cometiese esta violencia contra un buque de la marina argentina, que era la que enarbolaba su glorioso rival. Así, quizá, Bucharcho vino á ser la víctima entre dos colosos!

El entonces coronel don Tomas Guido, diputado de las Provincias Unidas cerca del gobierno de Chile reclamó del hecho en términos convenientes, y al dar cuenta á su gobierno de las gestiones entabladas le decía: "He tomado en este asunto el interés debido al pabellon nacional y correspondiente á mi caracter oficial". (32)

El gobierno argentino contestando á su agente en Santiago de Chile le decía con fecha 31 de agosto: "El Director Supremo me ordena recomiende á V. S. el que interponiendo el caracter oficial que reviste, reclame ante ese gobierno sobre tal hecho, con la enerjía é interés de un estado independiente, en que existiendo tribunales á quienes compete el juzgamiento de las acusaciones que han dado mérito á las disposiciones del almirante de la escuadra de Chile, debe

31. V. Narrative of Services in Chile, Perú etc.—Lond. 1859.

32. Oficio de D. Tomas Guido al Gobierno argentino de 23 de julio de 1819. (M. S. del Archivo de Rel. Exteriores.)

ventilarse y resolverse en justicia conforme á la ley, un asunto ajeno enteramente á la autoridad de ese gobierno". (33)

Apesar de estas jestioncs, cuatro meses despues aun continuaba embargada "La Arjentina" y sus presas y arrestado el gefe del cruzero. El gobierno de Chile se veia á su vez entre la espada de Cochrane que guardaba los buques embargados, y el muro del gobierno arjentino en que se apoyaba el derecho de Bucharado.

El diputado Guido reclamando de la lentitud y de la injusticia de los procederes seguidos, proponia un término conciliatorio entre estos extremos, diciendo con tal motivo al gobierno de Chile con fecha 31 de octubre:—"El teniente coronel Bouchard reclama nuevamente mi interposicion por la lentitud del juicio sobre el esclarecimiento de su conducta, y del dilatado arresto que sufre, sin que hasta ahora se le haya notificado la causa de su prision, ni llamádosele para declarar.—Sus buques serán tan eficientes para la defensa del Rio de la Plata, como lo ha sido "La Arjentina" en su largo cruzero contra los enemigos de la América.—En verdad que la sola lectura de los diarios de la "Arjentina", descubre servicios recomendables á la causa comun, los que en la balanza de los consejos de V. E., me atrevo á asegurar inclinarán su juicio de un modo favorable á Bouchard. En medio de estas consideraciones si V. E. tuviese á bien que proponga un medio equitativo para prevenir las consecuencias que en varios respectos deben recaer de la continuacion del juicio, tendré el honor de elevar mis proposiciones á V. E. en términos conciliatorios. (34)

El gobierno de Chile aceptando la indicacion del diputado arjentino, le pidió formulase su proposicion, "por lo que pudiera (son las palabras del decreto) convenir á la po-

33. "Doc. del Archivo."

34. Nota de Guido al Gobierno de Chile.—(Arh. de Ests.)

lítica". (35)

El Diputado al formular su proposicion conciliatoria, que consistía en mandar sobreseer en la causa, entregar á Buchardo los buques bajo fianza, incluso la "Maria Sofia" reclamada, y en reservar á las partes su derecho para reclamar ante el Gobierno y los tribunales argentinos, lo hizo acompañando un memorandum, en que historiando los antecedentes de lo que él llama *desgraciado asunto*, hace presente en términos severos aunque comedidos la arbitrariedad del procedimiento en la prision de Buchardo, y la imposibilidad é inconveniencia de continuar su causa. Hé aquí algunos de sus paragrafos: "Es fuera de duda que la mayor parte de la tripulacion de la "Argentina" y sus presas, se ha dispersado y tomado partido en otros buques; que algunos de los oficiales han seguido igual suerte, y que los acusadores no existen.—Este asunto por su naturaleza empeña ya la espectacion pública.—Sean cuales fueren los errores del Comandante Bouchard en el cumplimiento de las instrucciones de un gobierno y la mas ó menos probabilidad de los hechos que se le imputan, V. E. conocerá que el prospecto de su causa con los desagradables incidentes que ocurrieron en el embargo de los buques, y despues de manifestados por la prensa los servicios de Bouchard en su última campaña, y la buena fé con que bajo el pabellon de mi nacion arribó á Valparaiso como á un pais amigo y aliado, dá márjen á observaciones incoherentes al interés comun en que creo á V. E. empeñado". (36)

La contestacion del Gobierno de Chile fué advocarse el asunto para resolver de acuerdo con la conveniencia política.

Pocos dias despues pronunció la Comision de presas reu-

35. Doc. del Gobierno de Chile de 27 octubre de 1819.

36. Doc. M. S. del Arch. de Rel. Est.

nida en el Despacho del Director Supremo de Chile que la presidió en aquella ocasión,—el siguiente auto definitivo. (37)

Santiago 9 de Octubre de 1819.

“Póngase en libertad al Teniente Coronel D. Hipólito Bouchard, y devuélvasele la fragata Argentina y demas buques tomados en su curso, esperándose del Supremo Gobierno se servirá disponer la satisfaccion debida al pabellon de Chile por la resistencia que parece haberse hecho *al registro ordenado* por el Vice Almirante Lord Cochrane.—*Godoy—Arroyo—Vera*”.

Así terminó el último incidente del Crucero de “La Argentina” con una salva diplomática al Gobierno de las Provincias Unidas, y una media salva al Almirante Cochrane, haciendo constar sin embargo en las palabras empleadas para cõhonestar su procedimiento, el verdadero móvil del embargo, pues el *registro ordenado*, no podia tener por objeto averiguar delitos, sinó descubrir riquezas!

Pero antes que esta solucion amistosa y digna para ambos gobiernos fuese ajustada, el nudo diplomático habia sido cortado por la espada del Ejército de los Andes.

La detención injustificable y violenta de los buques de Bouchard, habia encendido la rivalidad entre los marinos de Cochrane y los soldados argentinos que se hallaban en Valparaiso, al punto de no poder encontrarse un soldado y un marinero sin echar mano á los puñales, llegando al estremo de trabarse verdaderos combates en las calles de la ciudad. Fatigado de estos desórdenes ó participando tal vez de las pasiones tumultuosas de su tropa, el Coronel Necocha dispuso un dia que un oficial con un piquete de Granaderos á caballo tomase un bote y se fuese á posesionar de grado ó por fuerza de la fragata, enarbolando en ella la bandera argentina arriada por el Almirante de Chile. Así se hizo, y cuando Bouchard se presentó en su buque con el decreto del Gobierno que se lo mandaba devolver, encontró

37. id. id. id.

tremolando en él la bandera que por el espacio de dos años habia mantenido en sus mástiles con tanto honor.

IX.

Una campaña de dos años, dando la vuelta al mundo en medio de continuos trabajos y peligros; una navegacion de diez ó doce mil millas por los mas remotos mares de la tierra; en que se domina una sublevacion, se sofoca un incendio abordo, se impide el tráfico de esclavos de Madagascar, se derrota á los piratas malayos en el estrecho de Macassar, se bloquea á Filipinas anonadando su comercio y su marina de guerra, se domina parte de la Oceania, imponiendo la ley á sus mas grandes reyes por la diplomacia ó por la fuerza, en que se toma por asalto á la capital de la Alta California, se derrama el espanto en las costas de Méjico, se hace otro tanto en Centro América, se establecen bloqueos sobre San Blas y Acapulco, se fuerza á viva fuerza el puerto de Realejo, tomándose en este intérvalo mas de 20 piezas de artilleria, rescatando un buque de guerra de la Nacion, y aprisionando ó quemando como 25 buques enemigos, dando el último golpe mortal al comercio de la metrópoli en sus posesiones coloniales, y paseando en triunfo por todo el Orbe la bandera que se le habia confiado, es ciertamente un crucero memorable, y digno de ser historiado.

Su jefe, el intrépido Buchardo, alcanzó el premio de sus fatigas retirándose con una buena fortuna fruto de su espedicion.

Así como habia acompañado á San Martin en su primer combate sobre las márgenes del Paraná en 1813, precediéndole en 1815 en su crucero al mar Pacífico, le acompañó en su memorable espedicion al Perú en 1820, siendo empleado despues en la escuadra Peruana como lo fué su discípulo Espora tan célebre despues en la guerra marítima entre la República Argentina y el Imperio del Brasil. El Perú fué desde entonces su patria adoptiva, y murió en Lima en 1843, sin volver á la tierra cuya historia ha ilustrado con uno de

sus mas interesantes y novelescos episodios.

Tal hombre y tales hechos merecian ser rememorados, sacándolos de la oscuridad en que yacian, despues de mas de cuarenta años de olvido de nuestra historia Nacional, cubierta con el polvo que recien empieza á ser sacudido por los legítimos herederos de las glorias de la revolucion Argentina!

BARTOLOME MITRE



ESCRITOS POSTUMOS

DEL SEÑOR DON JOSE JOAQUIN DE ARAUJO

Debemos á la bondad del señor don N. Quirno Costa algunos fragmentos inéditos de los escritos del porteño don José Joaquin de Araujo, los cuales vamos á publicar para salvarlos de su pérdida, y porque tienen curiosas noticias, resultado de sus largas y pacientes investigaciones. Habíamos pensado preceder esta publicacion con algunos apuntes biográficos sobre este escritor; pero cóstanos que un distinguido literato se ocupa de su biografía y hemos entonces desistido de nuestro intento. Sin embargo, apuntaremos algunas fechas de los empleos que desempeñó.

Don José Joaquin de Araujo nació en esta capital, sin saber la fecha de su nacimiento, que ignora su misma hija.

En 24 de julio de 1779 fué admitido en clase de meritorio en la Contaduria.

En 20 de marzo de 1786 fué nombrado oficial escribiente de la misma, habiendo servido de meritorio tres años y un mes. Fué ascendido á primer oficial escribiente de la misma oficina en 24 de setiembre de 1792. El año de 1798 era primer escribiente de las cajas reales. En 1802 pasó á la Tesoreria de Ejército y Real Hacienda. El 6 de mayo de 1808, el virey aceptó la propuesta que le hizo el superintendente sub-delegado de Real Hacienda para que se le nombrase oficial 2.º de la Contaduria. Fué promovido á oficial mayor de la Tesoreria General de Ejército y Real Hacienda el 11 de julio de 1810. En este año fué tesorero sustituto, en cuyo cargo cesó en 1811. En 10 de febrero de 1812 el Supremo Po-

der Ejecutivo de las Provincias Unidas del Rio de la Plata en nombre de Fernando VII, le elevó á Ministro Tesorero de las Reales Cajas de esta capital, entonces servia en propiedad el cargo de oficial 1.º de la misma oficina. En 1816 el Director Supremo del Estado lo nombró por una nota muy honorífica, para componer la comision que debía aconsejar al gobierno sobre los medios de defensa en caso se realizase la expedicion española que se temía. Dió un informe, que se conserva inédito, segun tenemos entendido.

Fué comprendido en la *reforma* de 1821, y considerándose ofendido por los términos de la nota, reclamó del gobierno en un escrito lleno de brío, de dignidad y de arrogancia; solicitaba, ó que se declarase que su honradez y desempeño habian sido intachables, ó que se le sometiese á juicio, puesto que la honra es una propiedad del ciudadano que ni el gobierno ni los individuos debian atacar sin razon. El gobierno le espidió un decreto que le honraba.

Estos son los mas importantes puestos públicos que sabemos ha servido.

El señor Araujo habia publicado varios escritos históricos llenos de erudicion en *El Telégrafo*, y gozaba de crédito como literato, como patriota y como padre de familia. Es el autor de la conocida *Guía de forasteros para el virreynato de Buenos Aires para 1803*, aunque aparece anónima.

Esta *Guia* es muy estimada por los amantes de la historia nacional, contiene datos y noticias de sumo interés: hoy es una obra rara é importante, que puede consultarse con confianza.

El señor Araujo llevaba su modestia hasta el mas alto grado, por cuya razon usaba siempre el anónimo en sus escritos. En *El Telégrafo* publicó varios estudios sobre la fundacion de Buenos Aires, artículos de polémica histórica que hemos de reproducir en la *Biblioteca de La Revista*. Mas tarde aceptó el seudónimo *El patriota*, con el cual se designan sus trabajos. La biografia de este literato ofrece novedad é interés, y estamos ciertos que el brillante escritor que vá á ocuparse de ella, sabrá utilizarla presentándonos á este com-

patriota distinguido y olvidado, bajo su verdadera luz.

El señor Araujo nunca salió de Buenos Aires y desde muy joven mostró su afición á los estudios históricos: reunió una preciosa colección de papeles sobre estos países, que desgraciadamente se han extraviado. Sobre las invasiones inglesas su colección era notable, y se nos asegura reunía esos antecedentes con la mira de ocuparse de aquellos sucesos en una obra especial. Modesto en sus gustos, laborioso y retirado del bullicio del mundo por sus hábitos y carácter, el señor Araujo había acumulado un verdadero tesoro de conocimientos históricos, á cuyas investigaciones consagraba todo su tiempo.

En 1834 preparaba una segunda edición de su *Guía*, aumentada y corregida, y son fragmentos de esta obra inédita los que ha tenido la benevolencia de poner á nuestra disposición el señor Quirno Costa. Ignoramos las razones que impidieron la edición, pero quedaron casi todos sus manuscritos preparados para la imprenta. La muerte le sorprendió en medio de sus elucubraciones históricas y en su vida de estudio y de retiro, el 10 de mayo de 1835.

La naturaleza de la obra para la cual estaban destinados estos fragmentos, no permitía que su autor fuese estenso; pero sus noticias aunque sucintas son curiosas, tomadas en buenas fuentes, pues era un investigador sagaz y diligente. Hemos creído un deber salvar de la oscuridad estos datos, cuya adquisición ha debido costar ímprobo trabajo á nuestro distinguido compatriota. Aparecen inconexos no por culpa del autor, sino porque sus manuscritos han sufrido extravíos y pérdidas. Empezaremos publicando algunos apuntes sobre los pueblos de la campaña, y después noticias sobre las provincias. Estamos seguros que los lectores de *La Revista* apreciarán como merecen estos estudios inéditos.

VICENTE G. QUESADA

II.

PROVINCIA DE BUENOS AIRES

SUMARIO—San Isidro — Conchas — San Jose de Flores — Quilmes
— Ensenada de Barragan — Lobos.

I.

SAN ISIDRO

Todo el territorio que comprendió y comprende el curato de San Isidro, que por el Poniente se estendia hasta las Conchas y por el Sur cerraba sus limites el arroyo de Maldonado, se hallaba sin auxilio espiritual á principios del siglo último. En alivio de aquellos vecinos determinó el capitán don Domingo Acasuso, natural de Madrid y vecino de esta capital, erigir una capilla á su costa, dedicada á San Isidro Labrador, comprando al efecto los terrenos necesarios para este laudable é importante objeto. Obtenidas las licencias correspondientes del gobierno secular y eclesiástico, compró uno con 300 varas de frente y legua de fondo, donando así mismo 2,000 pesos redituables para el sustento del capellan que él nombrase, con la condicion precisa de que habia de ser clérigo y de sus mas inmediatos herederos, constituyéndose para ello patrón de dicha capellania, sin que el espresado capellan pudiese enajenar, hipotecar, ni vender parte alguna de las precitadas tierras, sinó solamente arrendarlas para labor.

Arregladas todas estas diligencias edificó una pequeña capilla provisional en la que colocó el 2 de agosto de 1706, la imájen de San Isidro, nombrando por primer capellan al presbítero don Fernando Ruiz Corredor, é inmediatamente se abrieron los cimientos de lá iglesia que hoy existe, la cual adornó con todos los útiles necesarios para el culto divino, colocándose el dia 27 de mayo de 1708, que en aquel año fué Domingo de Pentecostes.

Permaneció esta iglesia servida por sus capellanes hasta el año de 1730 que fué erigida en parroquia por el venerable Dean y Cabildo en Sede vacante (1), nombrando por primer cura á don Francisco Rendon y sin hacer novedad en el capellan. Está situado en 34.º 28' 2" de latitud y 8' 10" de longitud.

II.

CONCHAS

Este pueblo situado en 34.º 25' 15" de latitud y 10' 31" de longitud del Meridiano de Buenos Aires, se erigió primeramente en ayuda de parroquia de la de San Isidro en el precitado año de 1730, permaneciendo de este modo hasta el de 1780 en que el ilustrísimo señor Malvar, con acuerdo del vice-Patrono, erigió esta iglesia en parroquia nombrando por primer cura al doctor don Manuel de Ochagavía, segun su título en 2 de marzo de 1781. La capilla que hoy existe se colocó el día 8 de diciembre 1772 por el ilustrísimo señor don Manuel Antonio de la Torre, dedicándola á Nuestra Señora en el Misterio de la Purísima Concepcion, con la denominacion de Nuestra Señora del Puerto, cuya imájen cedió para este tan loable objeto, don José de Araujo Gomez, vecino de Buenos Aires, su fábrica con su sacristia es debida á la devocion de la finada doña Magdalena Bonelo, vecina de aquel puerto, costeando asi mismo el retablo, vasos sagrados y todo lo necesario para el culto divino, sin mas auxilio que trescientos y mas pesos con que contribuyeron algunos pobres vecinos.

Entre los rios de Lujan y las Conchas, que dista 6 leguas, donde estuvo situada la reduccion de los Guacunambís,

1. Este y los demás cuartos establecidos en 1730 se erigieron á solicitud de don Bruno M. de Zavala, entonces gobernador de estas provincias y se aprobaron por el rey en Cédula de 19 de diciembre de 1731.

que eran 600 familias; pero ni aun el sitio de su poblacion se supiera, sinó se encontrara esta noticia en los archivos, como tambien de que en el año de 1614 existia en el referido puerto de las Conchas solamente un cuerpo de guardia con el fin de celar el comercio ilícito con la Colonia del Sacramento. Ultimamente en el año de 17... los primeros pobladores de las Conchas que fueron..., compraron los terrenos en que se poblaron y la primera misa que se celebró fué costeada por (1) don Juan Ponce de Leon, el primer hacendado y poblador de las primeras estancias de aquel destino y fundador de este pueblo y de su primera capilla dedicada á Nuestra Señora del Pilar, poniendo igualmente á su costa en una de ellas un capellan para que celebrase los divinos officios en los dias festivos á toda su familia. El doctor don Francisco Javier Navarro, cura entonces de la Villa de Lujan, luego que tuvo noticia de esta fundacion la mandó destruir temiendo que con el tiempo se le dividiese su curato. Ponce de Leon se opuso á esta violenta determinacion recurriendo inmediatamente al ilustrísimo señor don Manuel Antonio de la Torre, quien dispuso existiese la enunciada capilla, y nombró por cura interino al presbítero don Silverio Pérez y por su teniente al Padre fray Pedro Nolasco Montero, religioso recoleto, con consentimiento de sus prelados. En el año de 1772 nombró dicho señor ilustrísimo, cura propietario al señor don Vicente Arroyo, que murió de canónigo de gracia de esta santa iglesia Catedral. Como la planta de este pueblo se verificase inmediato á un bañado, no ha prosperado en su estension ni edificios. En el año de 182. el benemérito don Lorenzo Lopez, se dedicó á construir una hermosa capilla de bóveda en... varas de largo y... de ancho, á... leguas de distancia, á la falda de una vistosa loma, á su costa, y con el auxilio de 10,000 pesos con que ha contribuido el gobierno y algunas limosnas de otros hacendados de aquella

1. El sacerdote celebrante fué el padre fray... Goytia, religioso franciscano, en una capilla provicional que formaron en la plaza los referidos pobladores.

jurisdiccion, en donde asi mismo se ha delineado el nuevo pueblo.

III.

SAN JOSE DE FLORES.

Este curato situado á dos leguas de esta capital, se erigió por el ilustrísimo señor Lué en terrenos que así para este fin como para la fundacion de este pueblo, dejó el dueño de ellos don Juan Diego Flores, aumentándola para la estension de dicho curato el citado señor ilustrísimo con parte del territorio del de San Isidro, nombrando por primer cura interino á don Simon Bustamante, y en propiedad en 1808 al señor don Miguel Garcia, despues dignidad de presbítero de esta santa iglesia Catedral, quien permutó poco despues con el doctor don Manuel Warnes, que lo era del de San Nicolás de los Arroyos; y por fallecimiento de este lo han servido interinamente don José Ignacio Grela, don Nicolás Herrera y lo mismo don Martin Boneo.

La fundacion de este pueblo como la ereccion del referido curato es debida á la actividad y celo de don Antonio Millan, que fué el comisionado para demarcar el territorio, allanando innumerables dificultades que á cada paso encontraba. Entre los muchos que contribuyeron con sus limosnas para la fábrica de la nueva iglesia fué el mismo Millan, don Francisco Diaz Velez y el referido ilustrísimo prelado; y aunque aquella obra nunca se concluyó, sirvió interinamente de capilla la casa del cura, hasta el dia 11 de diciembre de 1831 en que se consagró y colocó la nueva iglesia por el ilustrísimo señor obispo de Aulon, y vicario apostólico de esta diócesis doctor don Mariano Medrano.

La fábrica de este nuevo templo, cuya estension es de 42 varas de largo y 17 de ancho, dividido en tres naves, es debida á la proteccion del gobernador y capitan general de esta provincia (entonces,) cuya piedra fundamental él mismo colocó en 10 de octubre de 1830, siendo padrino de esta ce-

remonia, moviendo el ánimo de todos aquellos individuos á quienes interesaba esta obra, para la cual contribuyó y facilitó eficazmente toda clase de recursos, como tambien su síndico don Juan N. Terreros, acompañando en todo y facilitándoselos en los lances mas apurados á su cura don Martin Boneo.

IV.

QUILMES Y ORIGEN DE SUS

PRIMEROS FUNDADORES

Esta fué una nacion de indios que vinieron de hácia Chile al valle de Calchaqui, por no sujetarse al imperio del Perú, que por aquel reino daban entonces principio á sus conquistas. Los recibieron los calchaquis con las armas en la mano, y mantuvieron con ellos sangrienta guerra, creyendo que eran vasallos del Inca, pero enterados venian fugitivos de su patria por no sujetarse á aquel monarca celebraron paces y les dieron grata acogida en su pais, aplaudiendo su resolucion, y despues de algun tiempo emparentaron con ellos. Fué esta parcialidad de los Quilmes una de las mas famosas de Calchaqui por su intrépido valor, en término que derrotaron no pocas veces á los españoles, quedando con estas victorias mas insolentes y orgullosos, hasta que tomando el mando de aquellas provincias el Maestre de campo don Alonso de Mercado y Villacorta, dispuso un ejército de tres divisiones, y con ellas atacó á los Calchaquis y Quilmes, quedando los primeros vencidos y sometidos al gobierno español; pero no los segundos que defendiéronse con valor y firmeza, hicieron retroceder la division que los atacaba; pero sitiándolos despues y no pudiendo resistir la falta de víveres se rindieron á los nueve dias sobre 11.000 almas el año de 1664, las cuales repartió dicho gobernador á todas las ciudades de la provincia, y de acuerdo con el Maestre de campo don José Martinez de Salazar, presidente entonces de la primera audiencia de Buenos Aires, le remitió con el Maestre de campo en el siguiente de 1665, doscientas familias que pasaban de

2,000 personas, las que situó Salazar en el paraje que hoy existe con el nombre de Quilmes á tres leguas de esta capital, en el que se fundó una reduccion que se puso á cargo de clérigos que no entendian su idioma, y con el transcurso del tiempo se han ido concluyendo los descendientes de los primeros pobladores de los cuales ninguno existe, porque jamás en tiempo del gobierno español se trató de fomentar aquella poblacion, sin embargo de haberlo erigido en curato el ilustrísimo señor don Manuel Antonio de Latorre el año de 1769, de resultas de haberse allí poblado un corto número de familias españolas, hasta que se mandó por el gobierno de fomentarlo, ordenando por decreto de 7 de febrero de 1822 se mandase agregar á la capital para todo lo concerniente á la administracion de postas, repartiendo tierras para edificios y suertes de chacras hasta ponerlo en estado regular, y en otro de 9 de agosto de 1824 que los propietarios de solares que están dentro del recinto de los pueblos presentasen los títulos que acreditasen bastantemente sus derechos de propiedad ante el Juez de primera instancia respectivo.

En 1834 se concluía la nueva capilla. Era cura don Santiago Rivas y Teniente don M. Erézcano.

V.

ENSENADA DE BARRAGAN.

Situada en 34.º 36' 38" de latitud austral, y en 24'14" de longitud oriental del meridiano de Buenos Aires. Estos terrenos que fueron del sargento mayor don Pablo Barragan se remataron por deudas de este á 3 cuartos de real vara el año de 1747, por don Francisco Lopez Osornio, y por su fallecimiento pasaron á su hija doña Tomasa, cuyos herederos los poseen. Este puerto tan recomendable por su situacion, nada ha prosperado, sin embargo de la seguridad que ofrece para que anclen en él buques de comercio de 500 á 600 toneladas. Tiene así mismo otra particular circunstancia de poderse estos carenar con la mayor comodidad, y segun noticias de

personas de crédito y antigüedad, no faltan ejemplares de esta verdad: en él se carenaron los navios de don Francisco de Alzaibar, en que condujo desde Canarias las familias pobladoras de Montevideo, y posteriormente los navios de comercio el Santiago y el Príncipe San Lorenzo; siendo sensible que sin embargo de todas estas circunstancias se halle este hermoso puerto casi en el mismo estado que en su descubrimiento, con las diligencias solamente de haberse levantado el plano de su puerto á solicitud del consulado de esta capital en 1798 por los ingenieros don Pedro de Cerviño y don Juan de Insiarte, y posteriormente en 9 de febrero de 1801 fué comisionado el mismo Cerviño de órden del Virey Marquez de Avilez, para delinear el pueblo, levantar el plano trazado á medio viento y al que deben arreglarse los nuevos edificios; segun él debe tener diez cuadras de largo y 5 de ancho, cada una 100 varas de largo, y 12 de ancho con 3 varas cada vereda, que son 18 de ancho. Los rumbos son N. O. S. E. N. E. S. O. por consiguiente no es estraño que por su limitado vecindario que hoy podría ascender á 1.500 almas, no se hubiese levantado nueva iglesia hasta que el año de 1829 en que el gobernador don Manuel Dorrego teniendo noticia de la pequeñez y falta de aseo de la pieza que servia para celebrar los divinos officios, cedió por entonces á solicitud de la señora doña Estanislada Tartás el edificio que servia de cuartel para la tropa, ofreciendo 6.000 pesos del erario para la construccion de un nuevo Templo que no tuvo efecto, nombrando asi mismo de síndico al Juez de Paz de aquel año don Francisco Elias, quien con dicha señora buscaron arbitrios para tan loable fin, consiguiendo ver en poco tiempo logrados sus deseos, y adornada la nueva capilla con los ricos ornamentos, vasos sagrados, varias imágenes de escultura como tambien de una que dejó el benemérito eclesiástico doctor don Domingo Zapiola, que por su fallecimiento no la levantó á sus espensas, como iba á ejecutarlo. Por último, concluido este templo se colocó el Domingo de Cuasimodo, 18 de Abril de 1830, con la advocacion de Nuestra Señora de las Mercedes,

cuya imájen tambien dejó para este fin el espresado doctor Zapiola.

VI.

LOBOS

Don José Salgado, vecino que fué de este pueblo, construyó á sus espensas á distancia de 14 leguas al N. del fortin de este nombre y en el mismo lugar de su residencia, una pequeña capilla con la advocacion de Nuestra Señora del Cármen, con el fin de que sirviese de ayuda de parroquia de la de Moron, á cuya jurisdicción pertenecia. Este proyecto piadoso tuvo lugar el 9 de Junio de 1803 en que se bendijo y se celebraron los divinos officios. Conociendo despues el ilustrísimo señor don Benito de Lué y Riega en la visita que practicó por octubre del mismo año la necesidad de estar independiente, hechas y practicadas para ello todas las prévias diligencias, se realizó su erección en 7 de marzo del siguiente año de 1804, con la advocacion titular de San Salvador de los Lobos, y se nombró por primer cura y vicario al doctor don José Garcia Miranda, quien obtuvo este beneficio en clase de interino hasta el concurso que abrió dicho Señor Ilmo. en 1808, que se le confirió en propiedad.

Cuando se fundó este curato, el pueblo que hoy existe situado en 35.º 16' 17" de long. y 52' 10" de lat. no tenia mas vecindario que él del referido Salgado, y todo lo demas se hallaba esparcido en chacras y estancias por todo el distrito de su comprension, el cual ascendia á 141 vecinos ó familias.

VI.

SANTIAGO DEL BARADERO

Este antiguo pueblo fué fundado el año de 1616 por el V. P. Fr. Luis Bolaños, religioso franciscano, y compañero de San Francisco Solano, con las naciones de indios guaranis,

Mbiguay y Chanás que allí fijó con increíbles fatigas; pero se han disminuido de tal modo que hoy ninguna existe. Se erigió en curato el año de 1628 por el ilustrísimo señor don Fr. Pedro de Fajardo, nombrando por primer cura al doctor don Diego Valdivia, quien al poco renunció por falta de congrua y nombró entonces vicario foraneo al P. Fr. Luis Coea, Religioso Trinitario, para que con los derechos que á este empleo correspondian tuviesen con que mantenerse. En este estado permaneció el curato aun para curas interinos, hasta el año de 1730 en que el cabildo Eclesiástico en sede vacante por fallecimiento de dicho señor Ilustrísimo, lo unió al de los Arrecifes, nombrando al doctor don José Ignacio de Goycochea para cura de ambos pueblos. Posteriormente el ilustrísimo señor don Fr. Sebastian Malvar en la nueva ereccion de curatos que hizo en 1780, lo desmembró de el de Arrecifes, nombrando por primer cura al doctor don Luis Caviedes en 13 de agosto de 1781.

VII

SANTA MARIA MAGDALENA

Este curato fué creado en el año de 1730, nombrando por primer cura al doctor don Francisco Javier Navarro. Se le asignó la iglesia de Santa Cruz de los Quilmes, la cual se agregó entonces á este curato, hasta tanto que los vecinos de la nueva parroquia pudiesen edificarla. De vuelta de la visita practicada en 1779 por el ilustrísimo señor don fray Sebastian Malvar de toda su diócesis, formalizó la anterior eleccion en 1780 á cuyo efecto, y no pudiendo aun aquellos vecinos construir nueva iglesia, cedió para dicho fin don Juanuario Fernandez una capilla de su propiedad, que en consorcio de don Juan Blanco la pusieron á sus espensas en estado de que en 14 de agosto de 1781, tomase posesion de ella el nuevo cura don Mariano Magan. Su situacion está en 35.º 5' 29'' en latitud, y 44' de longitud.



PROVINCIAS ARGENTINAS. (Fragmentos.)

SUMARIO—Santiago del Estero.— Tucuman — San Juan.

I.

PROVINCIA DE SANTIAGO DEL ESTERO

Fundada con el nombre de la ciudad del *Barco* en 1550 por el general Juan Nuñez de Prado, junto el Rio Escava que sale de la cordillera grande, dándole este nombre por el gobernador del Perú, Pedro de la Gasca natural del Barco de Avila. Trasladóse de allí al valle de Calchaquí donde fué muy combatida de los naturales, por lo cual en tiempo del gobernador Francisco de Aguirre se pasó en 1563 á los llanos de la Provincia de los Juries, donde aun existe en las márgenes del Rio Dulce que es de los principales de la Provincia, cuyo terreno ademas de ser arenoso y salitral, es de temperamento calidísimo, y metido entre los bosques que lo circundan. Se le dió el nombre de Santiago del Estero, titulándose antes *el Nuevo Maestrazgo de Santiago*. Formóse nuevo ayuntamiento saliendo electos para primeros alcaldes ordinarios los capitanes Miguel de Ardiles y Diego de Villareal. Por regidores Rodrigo de Paloo, Alonso Diaz Caballero, Nicolás Carrizo, Julian Cedeño, Martin de Renterria y Luis Gomez. Oficiales reales, Andrés M. de Zabala y Blas Rosales. Procurador, Pedro Diaz de Figueroa, y por escribano de Cabildo Juan Gutierrez. Justicia mayor, Nicolás de Aguirre á su sobrino, y por muerte de este elijió á otro sobrino Rodrigo de Aguirre.

Su distrito en parte es de serranias mas ó menos ásperas, y en parte llanos cubiertos de bosques interminables en que se toma gran cantidad de miel y cera, y lo que dejan desembarazado los bosques es terreno fértil.

Esta ciudad floreció con mucho lustre por algunos años y por esta razon fué capital de la Provincia del Tucuman, y erigió en ella la catedral de esta Diócesis el año de 1581 el

Ilmo. señor don fray Francisco Victoria por Bula de San Pio 5.º expedida el año de 1570, y era residencia ordinaria así del Obispo como del Gobernador de la Provincia; pero poco á poco fué despues decayendo de su primera grandeza y llegó á términos que fué preciso mudar de allí la catedral á la ciudad de Córdoba, como con especial facultad del señor Inocencio XII, cometida al nuncio de España, lo ejecutó el Ilmo. señor don fray Manuel de Mercadillo en el año de 1699, y los gobernadores fijaron su residencia en Salta. Desde entonces nada ha adelantado. Dista 40 leguas de tierra llana de la ciudad del Tucuman, y mas de 100 de la de Córdoba que cae al Sud.

II.

PROVINCIA DE TUCUMAN

El nombre de Tucuman se tomó de un cacique muy poderoso del Valle de Calchaqui, llamado *Tucma*, cuyo pueblo que se decia *Tucmanahaho*, (nombre compuesto de dicho cacique, y del de *ahaho* que en lengua Kakiana propia de los calchaquies quiere decir pueblo), plantó su primer Real el capitan Diego de Rojas, que fué el primer descubridor de esta provincia el año 1543. En el de 1549, envió á poblarlo el capitan Juan Nuñez de Prado, é hizo asiento en el mismo pueblo de *Tucmanahaho*, de donde le quedó el nombre á toda la Provincia. No obstante, por españolizar mas los nombres le dieron despues el de Nueva Andalucía, que conservó hasta el año de 1620, en que prevaleciendo entre la gente vulgar, y entre la que no lo era el primitivo de Tucuman se ha conservado hasta hoy. En 1553 la fundó el general Francisco de Aguirre. Despoblóse por las hostilidades de los calchaquies en 1561, pero volviendo á entrar Aguirre por gobernador propietario la mandó reedificar en 1563 en el mismo sitio en 27.º 35' minutos de latitud y 26.º 3' de longitud, comisionando á su sobrino, el Capitan Diego de Villarruel dándole competente número de soldados que

la poblasen y entre ellos solo se encuentran nombrados á Bartolomé Hernan, Fernando Quintana de los Llanos, Gonzalo Sanchez Garzon, Hernan Mexias de Mirabal, Garcia y Luis de Medina, Juan de Artacar, Miguel de Ardiles, padre y tambien su hijo del mismo nombre. Llegando al sitio señalado el 29 de Setiembre, dia de la aparicion del Arcángel San Miguel en 1565, dieron principio á una ciudad á la que pusieron el nombre de *San Miguel del Tucuman*, distante 25 leguas de Santiago del Estero, 28.º segun Ruiz Diaz, ó de 27.º segun Herrera, á la falda de una áspera montaña en un llano apacible.

En 1686 la trasladó don Fernando de Mendoza Mate de Luna con licencia del Rey, despachada el del 1680 al sitio que hoy tiene en altura de 27.º de latitud distante 12 leguas del 1.º, 60 de Salta y 40 de la ciudad de Santiago, siendo su primer teniente y Justicia Mayor don Miguel de Valdés y Salas. Alcaldes ordinarios Don Francisco de Olea y Juan Perez Moreno. Alferez don Felipe Garcia Valdés. Alcalde Provincial Juan de Lastra y regidor único Simon de Avellaneda que son los que asistieron á levantar el árbol de Justicia y enarbolar el estandarte real como se acostumbra en las nuevas poblaciones.

Su terreno es fertilísimo y muy ameno, aunque muy húmedo á causa de los muchos rios que riegan su distrito, en término que muchas veces no dejan sazonar sus frutos. A la parte del Poniente en la misma latitud de esta ciudad, está el afamado cerro de Aconquija en una serrania que corre N. á S. desde el valle de Calchaqui. Se cree que sus entrañas son muy opulentas, pero la falta de medios ha impedido su labor. Tirando desde aquí hasta el Poniente se encuentran los valles de Andalgala, Abaucan y Gualfin que confina con la célebre cordillera de Chile con la cual se enlazan todas las altas sierras que forman dichos valles, que son bastante fértiles.

III.

SAN JUAN

Su provincia está situada entre 30 y 33.º de latitud austral.

En el año 1823 su población era de 28 á 30 mil almas: forma la figura de un trapecio, cuyos lados se calculan en 75 leguas rectas para el sud, lindando con la provincia de Mendoza: de 56 por el E. con la de San Luis: de 70 por el N. con la de la Rioja, y de 75 por el O. con la Cordillera de los Andes, que la separa del Estado de Chile, conteniendo su estension una superficie de 4725 leguas cuadradas.

El territorio es atravesado por varios rios: el mayor y principal de estos es el de San Juan; seco en invierno y caudaloso en verano, de una esquisita agua dulce: tiene su origen en la Cordillera de los Andes, y desciende sobre los valles de Sonda y Hullun al gran valle de San Juan, que lo divide en dos secciones, formando su primer cauce un semicírculo hasta llegar á la línea divisoria con el territorio de Mendoza, por la que gira al naciente y sud-este hasta introducirse á la jurisdicción de San Luis en la laguna del Bebedero. En su curso desde 10 leguas á la ciudad hasta distancia de 50, forma muchas y grandes lagunas, de que son las mas notables la de Guanacache, Pesqueria, San Miguel, Silveiro, y Chombon. En la estacion de las creces de noviembre á marzo bañan á sus márgenes grande estension de terrenos en que se crian buenos pastos, que sirven de praderias. En la margen derecha del rio, 3 leguas al Sud, está situada la ciudad de San Juan, y la mayor parte de las fincas de viñas, potreros de alfalfa, arboleda de toda clase de frutales, que se riegan del mismo rio por el canal llamado de la ciudad. Los desagües despues de formar al Sur de la población una ensenada de mas de 20 leguas cuadradas, descienden al mismo rio á 8 y 9 leguas por los arroyos de agua negra y cocha-gual.

A 3 leguas al Sud de la ciudad empieza el establecimiento llamado el Pocito, en que se ha principiado á labrar un plano de mas de 15 mil cuadras de terreno rico, y de fácil cultivo. Se riega del rio principal y del riacho llamado el Estero por su respectivo canal. Este establecimiento que principi6 13 años há, tiene ya buenos potreros de alfalfa, y hermosas fincas, cercadas de álamos y sáuces. Sus calles rectas, y de 20 varas de ancho figuran alamedas hasta de una legua de largo. Las manzanas son de 10 cuadras de frente y de cien cuadras cuadradas.

Mas al Sud y Sudeste de 16 á 20 leguas de la ciudad están los lugares de Guanacache, Bewon Pedernal y Asequion que tienen sus riachos de poco canal, pero de aguas esquisitas.

Al naciente á 5 leguas de la ciudad sobre la márjen izquierda del rio principal se hallan los terrenos llamados de Rincon, Cercado, y Causete, incultos, pero de escelente calidad, y proveen estos terrenos de leña de toda clase.

Al norte sobre la márjen izquierda del rio á cuatro leguas de la ciudad empieza el lugar llamado Angaco, establecimiento de labranza en un plano de mas de 90 mil cuadras, mucha parte con praderias de alfalfa, que se riegan del mismo rio.

Mas al N. á 20 leguas de la ciudad se halla el campo llamado las *Salinas*, de mucha estension de donde se saca muy superior.

Siempre al N. á 30 leguas de la ciudad está el precioso valle de Mogua, causado por el rio Móquina, que tiene su origen en la cordillera de los Andes, cuyas aguas son algo salobres, pero potables; tiene una estension de 500 leguas. Está en parte cubierto de bosques de algarrobo negro y blanco, con cuyos frutos engordan los ganados prodigiosamente. (La poblacion de esta villa es corta y en la mayor parte se compone de indios descendientes de los indígenas y son inep-tos y poco aplicados al trabajo.)

Mas al N. de la ciudad á 50 leguas está la villa del Valle Fértil, cuyo título merece justamente por la feracidad de sus

tirras. Toda clase de granos da en razon de mas de 100 por uno, casi sin cultivo, y cuanto se siembra y planta se produce con un vigor asombroso. Esta villa está situada á las faldas de una hermosa sierra que tiene buenas minas de oro y plata, en el cerro que llaman de la Huerta; pero no se trabajan por falta de capitales y brazos.

Al mismo rumbo y á 50 leguas de la ciudad está la villa de Jachal en un valle, cuya estension se calcula en 80 leguas cuadradas con un escelente terreno casi todo cultivable, cruzado por un rio bastante copioso. Produce escelente trigo de que los habitantes hacen su principal ramo del comercio de esportacion. Tiene además campo de pastoreo y minas de oro y plata.

Al Oeste á 50 leguas de la ciudad está el valle de Jui-manta causado por un riacho de bastante caudal, y varios arroyos de buena agua. Tiene como 8,000 cuadras cuadradas de terreno cultivable, y produce toda clase de granos y legumbres. Tiene buenos baños minerales de distintos grados de calor, que por sus admirables efectos en varias enfermedades, se han adquirido gran opinion y son frecuentados con entusiasmo. Este partido tiene buenos campos y cerros pastosos con aguadas y ciénagas á propósito para crias de ganado. Tiene buenas minas de azufre y sal de piedra. En las faldas de la cordillera que comprende, es donde se hace la caza de vicuña y guanaco.

Al Poniente á 40 leguas de la ciudad está el valle de Puchusum, que lo cruza el rio Castaño, tiene cerca de 2,000 cuadras de terreno cultivable de superior calidad, y buenos potreros de pastos naturales, cercados de cerros que ofrecen ventajas á crias de ganado, mucha parte cultivado con praderas de alfalfa: produce escelente trigo, toda clase de granos, legumbres, y árboles frutales. Los rios abundan de pescado de buena calidad: tiene buenas minas de alumbre y alcaparrosa, y regulares campos de pastoreo.

Al mismo rumbo y poco mas de 40 leguas de la ciudad está el valle de Calingasta, con dos rios copiosos y mas de 1,200 cuadras de terreno cultivable de superior calidad.

Al N. á 5 leguas de la ciudad se halla el valle de Hullun, que se riega del rio de San Juan con mas de 3,000 cuadras de terreno rico y de fácil cultivo, mucha parte con praderias de alfalfa: produce muy buen trigo y toda clase de granos, legumbres y frutas. Los granos rinden mas de 100 por uno, tiene regulares campos de pastoreo y buen pescado.

Al Poniente á 5 leguas de la ciudad está el precioso valle de Zonda á la márjen derecha del rio principal, con 8,000 cuadras de terreno de superior calidad y de fácil cultivo; se riega del mismo rio. Tiene mucha parte cultivado con grandes potreros de alfalfa, y árboles frutales de toda clase. El trigo es superior y rinde 100 por uno, lo mismo que los demás granos y legumbres: tiene escelente pescado, buenos baños minerales; minas de azufre, cal de superior calidad y leña abundante de toda clase.

JOSE JOAQUIN DE ARAUJO



CAMPAÑAS MARITIMAS

DURANTE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

Continuacion (1)

III.

1813.

En los primeros días de enero de 1813, el gobierno revolucionario, recibió aviso oficial de la victoria alcanzada en el *Cerrito* de Montevideo, por la vanguardia del ejército de la patria, que bajo la conducta del coronel de dragones don José Rondeau, cercaba de nuevo aquella plaza desde el 20 de octubre anterior.

No tardó en llegar otra plausible nueva, de la que resultaba, que el 14 del mismo, habían sido tomados tres corsarios enemigos, en el arroyo del *Bellaco* (cerca de San José de Gualeguaychú), por los capitanes patriotas don José Santos Lima y don Gregorio Samaniego—incluso 5 cañones de á 4, 8 y 12, con sus correspondientes juegos de armas, y 1 bandera (1); haciéndoles algunos muertos y heridos y 21

1. Véase la páj. 53.

1. La que fué colocada en la iglesia de San Antonio de Gualeguai, y dedicada á su patrono, “como trofeo de las armas de la patria”. (oficio inéd. del comandante del punto don Juan Carlos Wright, al Gobierno—enero 23 de 1813. (“Papeles del Archivo General”.)

prisionero. En este encuentro se hicieron notables por su arrojo, los soldados Antonio Gorosito y Matias Guzman, que echados á nado voluntariamente, sin mas armas que el sable en los dientes, lograron abordar y rendir á uno de los buques capturados, como igualmente el ayudante don Pablo Jose de Lima, el cabo José Domingo Montañés y el soldado Anselmo Ayala, que se distinguieron en la accion.

No obstante esto, los españoles continuaban oponiendo una tenaz resistencia, alimentando la esperanza de ser prontamente socorridos por sus hermanos de la Península.

En el interin, resolvieron desprender una division ligera, que llevando á su bordo tropa de desembarco, sirviese principalmente para proveer de carne fresca á la plaza, puesto que no bastaban á su consumo, los depósitos de ganado establecidos de exprofeso poco tiempo antes, y que aun apacentában en las pequeñas islas de Gorriti, San Gabriel, y presidio de Martin-Garcia—demoliendo de paso las fortificaciones que levantában los patriotas en el alto Paraná.

Esta empresa, tanto mas fácil, cuanto que las *quillas* del rei, dominaban las aguas, tenia el triple objeto, de distraer la atencion de aquellos, llevando la sorpresa á su propio territorio, para evitar en lo posible, que el gobierno revolucionario, continuára reforzando el ejército que el 31 de diciembre anterior, habia perseguido á los del *bigote atusado*, hasta el árcen mismo del foso de la plaza sitiada. (1)

1. Sin olvidar el defecto que tanto ha censurado el ingenioso Cervantes Saavedra, y que tal vez influyó demasiado, en el ánimo de nuestro célebre Dean Funes, á punto de hacerle quitar los andamios que le sirvieran para levantar su fábrica—la importancia del asunto, requiere seamos minuciosos, al citar las principales fuentes consultadas, además de la tradicion popular, y de las que nos hemos valido para la redaccion de esta parte de nuestros "Anales". Casi todos los que nos precedieron, han discordado, sobre el dia y sitio preciso del suceso, como asimismo en cuanto al número de los contendientes, sus pérdidas respectivas, etc; ¡ojalá que al cabernos el honor de ser los últimos en exhumar aquellos recuerdos venerandos—nos quedára á lo menos la satisfaccion de haber encendido el fanal que sirva de guia perenne, á los que en el porvenir se arrojen al pié-lago insondable de la historia militar de estos paises!

Hechos los preparativos con el mayor sigilo y prontitud, el general Vigodet, creyó acertado confiar esta fuerza, ya casi toda concentrada y disciplinándose á gran prisa en Martín

“Bibliografía”—Diversos Legajos del Archivo General, bajo la carátula—“Secretaría de Gobierno”—“Santa-Fé, Punta-Gorda, Granaderos á caballo y Marina”—1812-13—Números 44, 45, 46 y 48 de la Gaceta Ministerial del Gobierno de Buenos Aires, y 10 de la de Montevideo (1813)—G. Funes, Ensayo de la Historia Civil del Paraguay, Buenos Aires, etc. 1817, tom. 3.º páj. 509, ó 385 de la 3.ª Edic. por Justo Maeso, 1856—Biografía del General San Martín, por don Juan García del Río—Londres 1823, páj. 4 (reimpresión en Santiago de Chile, París y Bs. As.)

Vida de San Martín—Santiago de Chile, imp. de Valles, por Pérez reimpresión en Bs. As. 1825, imp. de Hallet, (ataques personales bajo el anónimo) páj. 8—El Repertorio Americano, publi. por los caraqueños D. J. G. del Río y don Andrés Bello, Londres. 1827—tom. 2.º páj. 214—Memorias de Miller—Londres, 1829, tom. 1.º páj. 66—M. Torrente—Historia de la Revolución Hispano-Americana, Madrid, 1829—tom. 1.º páj. 345—doctor don Pedro Somellera—Biblioteca del Comercio del Plata de Montevideo, tom. III. páj. 222—El general Necochea, por Manuel Rós—Lima, 1849, páj. 7—(reimpresión en Mendoza y en la “Revista del Paraná” 1861) San Martín, por A. Gérard, Boulogne-sur-mer, 1850, páj. 8—Ajente Comercial del Plata, 1852, n.º 196—A. Magariños Cervantes, Estudios Históricos, etc. París, 1854, tom. 1.º páj. 146—Biografía de San Martín, por D. F. Sarmiento, Bs. As. 1857, páj. 10 de la Galería de Celebridades Argentinas—Y. Nuñez, Efemérides americanas, 1857, páj. 27—Antígrafos de don Manuel Romano—“El Nacional Argentino” del Paraná n.º 531-1857—Diego B. Arana, Historia general de la Independencia de Chile—Santiago, 1857, tom. 3.º páj. 79—B. Mitre, Historia de Belgrano, Bs. As. 1859, tom. II. páj. 125—Apuntes biográficos del doctor don Julian Navarro—1860 (tom. 7 de la Biblioteca americana, páj. 120) por el Doctor Don Juan Ma. Gutierrez—La Jornada de San Lorenzo, por E. Moreno (n. 1059, 60 y 61 de “La Reforma”)—L. I. Dominguez, Historia Argentina, Bs. As. 1861, páj. 307—El Correntino Cabral y Rectificaciones del doctor Dalm. Velez Sarsfield, etc. por P. S. Obligado. 1862 (n. 2489 y 2506 de “La Tribuna”)—doctor don Bernardo de Irigoyen, Recuerdos del general San Martín, tom. 1.º páj. 328 de esta “Revista”—Dos palabras sobre la caballería argentina por el capitán don Lucio V. Mansilla, páj. 82 del tomo 2.º de la misma—Compilación Gutierrez, páj. XLVIII—Fastos de la América Española, por el doctor, don M. Navarro Viola, páj. 219, tom. 3.º de esta “Revista”—Testimonios y relaciones orales del señor don José Matias Zapiola; del abogado oriental doctor don Salvador Tort; del oficial de marina en retiro, don José Nicolás Jorge, que como nosotros ha observado posteriormente el teatro de la acción; y finalmente, las importantes reminiscencias obtenidas en largas y reiteradas conferencias con los señores generales don Angel Pacheco y don Manuel Escalada, únicos actores que quedan de aquel

García, (1) á la pericia del capitán de artillería urbana, don Juan Antonio de Zavala, que tanto se distinguió en las acciones de guerra de Paraguarí y Tacuarí á las órdenes del entonces gobernador del Paraguay, don Bernardo de Velazco. (2)

— Este vizcaino, de cabello blanco, talla colosal y militar apostura, fué el mas ardiente agitador de la expedición que se ponía á su inmediato comando, fuerte de mas de 300 hombres, formada en su mayor parte de voluntarios, entre los que se contaba un buen número de criollos, cansados todos de la vida de privaciones que el estado de sitio les obligaba á llevar, y la que trocaban gustosos por otra menos monótona y mas soportable.

sangriento episodio y en el que les cúpo su parte de gloria inmarcesible—empero ellos viven aun, y si los evocamos guiados por un sentimiento de justicia, no importa desconocer que la honra de los beneméritos á la Patria, es una cauda luminosa que cae hácia la posteridad!

1. Esta noticia la supo el gobierno en la noche del 13 de enero, por la declaracion de un rio-grandense fugado de Martín García, (Alejandro Rodríguez, antiguo sargento de milicias en la Colonia) y el que desembarcó en San Fernando la noche antes. Con este motivo al dia siguiente (14) jiraba un oficio al coronel Balcarce comandante de Punta Gorda previniéndole situarse un experto vijia en las “Vacas” en observacion de los movimientos del enemigo—terminando con estas palabras de alarma—“...Los momentos apuran, y la seguridad de nuestras comunicaciones con el ejército de la Banda-Oriental, urje por todo jénero de sacrificio para no aventurarlas.” (Archivo General.)

2. El mismo que en 1808, envió Liniers á la Asunción, en compañía del igual clase, don Francisco Guerreros, los que despues de retirado Belgrano, fueron presos por los patriotas paraguayos. Permanecian ambos en tal situacion, cuando ocurrió la farsaica asonada del 29 setiembre 1811, encabezada por el oficial don Mariano Mallada, en la qué obligados á asumir un rol conspirativo, les valió luego su libertad conseguida (se presume), por el doctor Francia—pasando Zavala á Montevideo, donde servía á la sazón, y permaneció despues allí hasta su rendición en 1814, en cuya época estaba en el Hospital—“Somellera—Notas críticas á la obra del doctor Rengger sobre el Paraguai.”

Una vez en franquía, hácia el promedio del mes de enero (1813,) aprovechando una ráfaga del Oeste, aparejó el resto del convoy, escoltado por la sumaca "Aranzazu" y los felucho "Fama" y "San Martín" y recalando en Martín García donde se le unió la fuerza de desembarco, siguió aquel, bajo la inspección y cargo del corsarista don Rafael Ruiz— con la sumaca "Jesus y María" (a) el Bombo, chalupa particular "Nuestra Señora del Carmen" y otros trece corsarios menores y transportes lo que entraron resueltamente por la boca del Guazú, no dejando duda de que se dirigían á las májenes occidentales del Paraná.

Dejemos por el momento singular á los enemigos las dulces aguas de este río, y veamos lo que acontece en Buenos Aires.

El *Triunvirato*, á no dudarlo, estaba al corriente de los aprestos navales, que desde el mes de diciembre (1812) se hacían en Montevideo con objetos hostiles.

En esta virtud, el 22 del mismo, significaba sus temores á todas las autoridades y comandancias militares del litoral de los ríos Paraná y Uruguay, para que estuviesen sobre aviso, y en particular al teniente gobernador interino de Santa Fé, don Antonio Luis Beruti y al comandante militar de la *Bajada*, don Francisco Antonio Latorre, á efecto de que reforzasen y dieran la mayor importancia á las baterías levantadas en *Punta-Gorda* (hoy Diamante), por el teniente coronel don Eduardo Kaillitz, baron de Holmberg, y puestas bajo la dirección del coronel don Marcos Balcarce—"deseando proporcionasen á la patria, la gloria de presentar al enemigo un escollo en que se estrellára la orgullosa marina de Montevideo." (1)

1. La 1.ª batería, dicha del "Banco", (orilla occidental del Paraná) fué construída por el capitán don Manuel Herrera, según los planos del teniente coronel don Ángel Monasterio y revestida de una gruesa estacada por la parte exterior, para evitar la desbaratación de las avenidas. Montaba dos cañones de 24 y cuatro de 12 y la guarnecían 46 artilleros y 62 infantes.—La 2.ª ó de "Costa—Firmé", al pié de la barranca y cruzando sus fuegos con aquella, tenía tres

Pero, hablando la verdad, fué tan cautamente preparado dicho armamento, que los asediadores no lo sintieron sino en víspera de dar la vela—razon por que se retardó el aviso al gobierno revolucionario, que cuando lo recibió oficialmente, ya los tenia repetidos de San Pedro y distintos puntos de la costa, avisando subía la escuadrilla de Montevideo en número de 15 velas. Fué entónces, que cediendo las vehementes sospechas á la certidumbre de los hechos, mandó la Superioridad—*se aprontasen 250 hombres de caballeria é infanteria, para que siguiendo á la observacion de los buques obrasen conforme á sus movimientos* (1)—dándose orden al teniente coronel don José de San Martin, que formaba á la sazón el despues tan famoso Rejimiento de Granaderos á caballo (2)—para que sin pérdida de momento dejase su cuar-

de á 12 y dos de á 8, servidos por 34 artilleros. Ademas, habian dos piezas volantes de á 4 y otras tantas de á 2 que coronaban el "reducto", que á 35 varas de elevacion sobre el nivel del agua, dominaba la parte de tierra—cubierto por 33 artilleros, 214 fusileros y 47 milicianos de caballeria armados de "chuzas". Completaban este sistema de fortificacion, 50 milicianos de la Bajada armados de fusil, que cuidaban el vecino bosque que flanqueaba la 2.a batería.

Total 15 bocas de fuego y 486 hombres de los rejimientos n. 2 y Pardos; blandengues de Santa Fé; milicias del Paraná; artilleria; y caballeria de Matanza (hoy Victoria) Nogoyá, y la Bajada. ("Estados y oficios inéd. dirigidos al gobierno desde Punta-Gorda, por Holmberg y Balcarce en 31 diciembre 1812 y 30 Enero 1813.")

1. Nota inéd. del gobierno (Febrero 11 1813) al presidente y vocales de la junta del Paraguay, noticiando el triunfo de San Lorenzo (archivo jeneral).

(2.) El uniforme primitivo de este cuerpo modelo, que llegó á componerse de cuatro escuadrones, era el siguiente.

"Jefes y oficiales". Sombrero "faluche", y en cuartel, gorra azul chata ó de pastel sin visera y de galon ancho. Casaca larga de paño azul, peto acolchado, vivada, con nueve botones dorados y dos granadas de oro en el extremo de cada faldon; corbatin; calzon de punto ó de brin blanco bien ajustado; bota granadera con espolin; catalejo militar y cartera pendiente al costado, de una especie de bándolera donde guardaban los avios para levantar croquis del te-

tel del Retiro (situado en el extremo norte de la ciudad), y puesto á su cabeza, rompiese una marcha forzada en observacion de los cruceros españoles, á los que debia atacar toda vez que intentasen desembarco alguno.

Al propio tiempo se impartian las convenientes, al comandante don Juan Bautista Moron, para que se pusiera en camino con parte de su rejimiento, siguiendo de cerca á los granaderos, y considerándose agregado á dicha fuerza.

Entre tanto, el teniente coronel San Martin, no trepida en obedecer lo que se le prescribe, y dejando al mayor Zapiola organizando el 2.º escuadron que estaba recibiendo reclutas—emprende su marcha con el 1.º que era el que únicamente se hallaba algo disciplinado y en aptitud de prestar un servicio tan importante cual se requeria.

En efecto, el 28 de enero, luego de recibir del gefe de

rreno, y un diario prolijo de marcha (obligados á llevar.)

Espada samble de 36 pulgadas, guante de ante con manoplas, capote de paño. Silla húngara con pistoleras, cubierta hasta el arzon con un chabrac de paño azul franjeado de oro, con granadas de lo mismo en su dos ángulos, los que remataban en una borla, balija á la grupa.

“Tropa”. Gorra azul de “pastel” sin visera, ó casco sencillo carrillera de metal escamado, granada al frente y un “pompon” verde (cambiado poco despues por el penacho, punzó alto)—Casaca larga azul, vivos encarnados, con palas de bronce escamado y cuatro granadas amarillas en el extremo de los faldones, boton dorado con el sol y el lema “viva la patria,” y en el exergo del reverso “granaderos á caballo”, calzon azul de paño, bota granadera con espuela de fierro; capote.

Su armés, consistia en el sable corvo adelgazado á “molejon”, carabina de chispa y lanza. No permitiéndoseles caballo de diestro, el de montar, era jeneralmente tordo, crinado, de cola al corvejon, herrado, y mantenido á pienso; formando su arreo, el recado del pais cubierto con un caparazon de paño azul, adornado de fajas, y dos granadas con borlas punzoes en las puntas; balija de cuero.

En la “lista,” contestaba el granadero por su nombre de guerra. Ningun oficial podia tutearlo, ni ocuparle en servicio alguno que no fuera estrictamente militar. Una mancha ó rasgon en el uniforme, un boton menos ó mal abrochado, costaba un dia de policia. Acostumbraban el pelo corto y la mirada mas arriba del horizonte.

Este cuerpo, produjo 16 jenerales, 60 coroneles y mas de 200 oficiales, llamados por sus brillantes prendas á figurar con lustre en nuestra historia.

Estado Mayor, el itinerario que debía observar, salió (1) redoblando sus jornadas que las hacía principalmente de noche por el calor sofocante del día y el temor de ser sentido por el enemigo.

La difamación y la calumnia que habían amargado el espíritu del futuro vencedor en Maipo, propagando entre las masas siempre predispuestas á la injusticia y al error, la especie, de que siendo un espía de los españoles, el cuerpo puesto á su mando debía ser víctima de una felonía, lo llevaba taciturno y desvelado por cumplir puntualmente su consigna, y evitar que la lentitud de sus movimientos perjudicase la causa á que consagraba su brazo y diera pábulo á aquel rumor denigrante.

Por la altura de San Nicolás de los Arroyos, organiza un servicio de batidores ó vijías, que aproximándose á las barrancas auxiliados de las sombras, le den cuenta incesante de lo que percibieren—pues, se tenían noticias que los corsarios continuaban su derrota sin dar señales de pretender desembarco sobre un punto determinado.

Cuéntase, que fué en una de esas noches memorables, que se le vió por primera vez á este militar tan austero como apegado de suyo á la rigidez del uniforme europeo, divorciado con él, trocando momentáneamente su entorchada casaca, y plumoso *falucho*, por el humilde chambergo de paja, y la manta ó *poncho* americano, para así disfrazado, mejor observar los pausados movimientos del convoi, que seguía de hito en hito, y cuyas altas velas creía á cada paso divisar en lontananza.

La fuerza sutil española harto retrasada por las calmas y nortes constantes en esa estación del año, surcaba perezoso-

1. (Oficio autógrafo de San Martín, datado en la Posta de Santos Lugares, á las 8 de la mañana del 29, comunicando al gobierno, que un extravío del guía, hizo llegar allí á las 12 de la noche, sin que hubiesen encontrado pronta la caballada necesaria á su regimiento y al n.º 2 de infantería; circunstancia que le obligó á adelantar un oficial para prevenir este contratiempo. (Legajo, "granaderos á caballo, 1813", Archivo general.)

samente la corriente, obligada á navegar sobre bordos para adelantar su ruta; y despues de amenazar todos los pueblos del tránsito que se pusieron en alarma á su aparicion—rebasó el paralelo del Rosario, y fué á apear anclas en la madrugada del sábado 30 de enero, á 13 millas de alli, y bajo las escarpadas barrancas de San Lorenzo.

En tal estado permaneció tranquila: mas, poco antes de mediodia del 2 de febrero, desembarcando una fuerza de 320 hombres, en la isla que está al frente, se ocupó en dividirla por mitades, luego de amunicionarla, practicando en seguida algunas evoluciones, hasta eso de las tres ó cuatro de la tarde, en que reembarcándola, principió á moverse lentamente el convoi, con proa al N. E. y al parecer á la *silga*, cuando cerrando el crepúsculo, desapareció envuelto en las sombras.

Enterado San Martin de aquel incidente; con el tino estratégico que le era peculiar, calculó en el acto que el enemigo intentaba un desembarco próximo.

Esta noticia, la tuvo despues de anohecido, en la casa de posta inmediata al colejio de San Carlos, donde acababa de llegar, habiendo caminado todo ese dia bajo los tórridos rayos de un sol canicular. (1)

Fijada ya en su mente la idea de que los españoles debian bajar á tierra durante la primera noche, vivaqueó con los fogones apagados, esperando el conticinio, para correrse á su derecha, como lo realizó á la hora de las doce, por la marcha de flanco, haciendo alto atrás de la quinta, sita en la parte N. O. del edificio de dicho Monasterio, contra cuyos tapiales, mandó formar en ala, echar pié á tierra y desenfrenar hasta segunda órden.

En esta posicion, arrullados cadenciosamente por el jemido del viento en el añoso y solitario *pino*, que aun se alza

1. Ella le fué comunicada por el porta don Anjel Pacheco, que servia la escuadra desde el Rosario, y pasó todo ese dia tendido sobre la barranca observando á los buques y ayudado de su anteojo, pudo contar la jente que trasportaban, asi que la pusieron en la isla.

en el mismo paraje, y la brida en la mano—“los que iban “á legar aquel dia una página de gloria á la historia de su “pais—prorrumpe el doctor Moreno—estaban mudos, evi- “tando con cauteloso afan hacer ruido con sus armas, como “los misteriosos obreros del templo de Salomon, donde no “se oía el crujido de la sierra, ni el golpe del martillo”. (1)

El convento de San Lorenzo, situado á 80 leguas N. E. de Buenos Aires, ocupa una planicie poco accidentada y casi horizontal, á 300 varas de los empinados barrancos que encajonan la márjen derecha del correntoso Paraná, al que solo puede llegarse por la “*Bajada de los Padres*”, tajada á pique frente á la puerta principal del templo, ó por la que denominan “*Bajada del Puerto*” á 428 metros del edificio y que merced á su suave descenso es la única frecuentada por el tráfico del cabotaje. Esta fué la elejida por los Marineros para efectuar su desembarco, como lo vamos á ver luego. (2)

Al primer canto del gallo, se incorpora San Martin, y seguido de una ordenanza, penetra en el Monasterio, donde

1. V. “La Jornada de San Lorenzo” por Estevan Maria Moreno, excelenté escritor que vió la luz pública en el folletin de “La Reforma” febrero 1861.

2. Segun el modesto y erudito arjentino, don José Joaquin de Araujo, en su “Guia de Forasteros del Vireinato de Buenos Aires para 1803” páj. 147—la ereccion de este convento, data de 1786, y la hizo el M. R. P. visitador jeneral y—comisario, Fray Francisco de Altolaguirre, en virtud de Real cédula de 14 de diciembre de 1775, bajo la advocacion de colejio apostólico de San Carlos de Misioneros Franciscanos de “Propaganda fide”. Es de este lugar, hagamos notar á los curiosos, que la historia de dicho Monasterio, tomada con laudable ahinco de los Libros Cronolójicos que se conservan en su archivo, se registró por estenso en los primeros números de “La Confederacion” (periódico del Rosario) en 1854—Tambien citaremos con placer, la interesante descripcion que posteriormente ha hecho del mismo, en las columnas de “La Tribuna” (número 2490), el doctor don Pastor Servando Obligado.

despierta á su guardian el R. P. frai Pedro Garcia (1) con el que conversa largamente, hasta que aproximado el dia, asciende al menguado campanil que contrastaba entonces con la severa estructura del templo, y una vez allí, tomando su catalejo, recorre con avidez los horizontes aun calijinosos y ofuscados, para fijarlo incontinenti sobre las naves enemigas, que alargando la real enseña, principiaban á barquear la tropa, quedando terminada esta operacion á eso de las 5 de la mañana, hora en que aquella, de centro blanco, ya estaba en la ribera formada en batalla, y flanqueada por dos caronadas de á 4, todo al mando del capitán Zavala, que tenia por subalternos á los oficiales don Pedro Marury, don Domingo Martinez y don Manuel Olloa.

En esta situacion, quedó inmóvil por algun tiempo, observando el telégrafo de faroles que subian y bajaban en los mástiles, hasta que ya disipadas las sombras por la vislumbre del nuevo dia; el redoble pausado del tambor que marcaba el paso á los soldados enemigos, que con bandera desplegada ascendian la barranca por la bajada principal, no dejó duda de que era llegado el momento tan vivamente anhelado, de hacer debutar al brillante cuerpo que educaba.

Escuchábanse aun distintamente los marciales ecos de los pífanos y parches de guerra que batian la marcha granadera, cuando el comandante patriota, descendia precipitado las humildes gradas del Colejio, para hollar en seguida las encumbradas de la gloria!

En efecto, no tardó en vérselo, vestido con el riguroso uniforme de su grado de teniente coronel, mandar tocar á la

1. Este religioso madrileño, por si y á nombre de sus compañeros de claustro, pidió (eb. 5) la gracia de no ser comprendidos en los decretos que se fulminaran contra los europeos en general, lo que consiguieron del gobierno por intercesion del coronel San Martin, agradecido á los solícitos cuidados que mereció de aquella comunidad el dia de la refriega, tanto él, como sus heridos y los del enemigo. "Gaceta ministerial" n.o 46. Es de advertir, que de los 10 monjes que la integraban, solo habia dos americanos, el padre don Frai Pedro Cortina Rubin, y el célebre lego Echagüe.

sordina á *botasilla*, y ya á caballo, tirando de su *acero*, pronunció breves pero enérgicas palabras, recordando á los soldados su deber para con la patria, y la imperiosa necesidad de crearse un nombre, que compensara á esta los sacrificios de su institucion—“*espero, fueren sus últimos acentos, que tanto los señores oficiales como los granaderos, se portarán con una conducta tal, cual merece la opinion del Rejimiento*”.

En seguida, asume el mando inmediato de la 1.^a compañía, dejando el de la 2.^a al capitán de ambas, don Justo Bermudez, á quien le ordena flanquéé al enemigo para cortarle la retirada, mientras él lo atacaba por el frente. (1)

Tomadas estas disposiciones, mandó dar cuarto de conversion á la izquierda, para salvar el costado N. del Convento, haciéndolo Bermudez con su compañía en el órden inverso en cumplimiento de lo acordado. (2)

Empero la carga no pudo ser simultánea en razon de la menor distancia que tenia que recorrer la 1.^a compañía, pues no bien librado el último lienzo de tapia, avistando al enemigo que aun le faltaban como dos cuadras para alcanzar al Monasterio, se dejó oír la voz de San Martín que con jesto amenazador mandó: *á la derecha en batalla*, la que fué repetida en el acto por aquel, que venia marchando aunque con precaucion, pero bien ajeno de tal recibimiento—por cuyo motivo, apenas le fué posible formar *martillo*, rompiendo en seguida un nutrido fuego graneado.

Galopaba el bizarro San Martín, algunos pasos á vanguardia de su columna, que en aire de carga cerraba sobre el enemigo—cuando un disparo á metralla, partido de una

1. Advertiremos que la primera fila de cada compañía iba armada de lanza, y la segunda, manejaba la carabina y el sable.

2. Sus enemigos le acusan de haber dividido su fuerza para el ataque, llegando á decir, que **fué una medida errónea que favoreció el reembarco de los invasores** (paj. 8 del foll. reimpresso por Hallet en 1825.)

de las dos caronadas apostadas en su centro, derribando su caballo, pone en conflicto á los que le siguen, que en aquel momento lo créen perdido. (1)

Neutralizado por un instante el empuje de los granaderos, intenta el bravo Zavala, ganar la barranca donde le seria mas fácil la resistencia—pero no bien trató de evolucionar en ese sentido, dando *vivas* al rey y á la España, para reanimar su turbada hueste—cuando llegando á gran galope la compañía de Bermudez, apenas puede formar un cuadro imperfecto para recibirla—quedando así restablecido el combate—y, por un momento se disputa la victoria con igual ardor y encarnizamiento.

Sin embargo de lo brusco y repentino de la carga, los soldados españoles aunque conmovidos en su formacion, sostienen un vehemente fuego á quema-ropa contra sus adversarios, que lo contestan con la punta de la lanza y el filo del sable, al que dan toda la eficacia de su uso.

En tales circunstancias, el teniente de marina don Hipólito Bouchard, ávido por quitar la mancha afrentosa que empañaba sus galones, desde el descalabro de San Nicolás, (1811) en que le vimos abandonar el buque que montaba—haciendo un esfuerzo supremo, logra arrancar la bandera al porta español, que la pierde con su vida.

1. Al herir el tarro de metralla el pecho del caballo, hizo que este se encabritase y en su caída apretára la pierna derecha de San Martín. Semejante accidente, ocurrió tan cerca de la línea española, que cortándose de esta Zavala, le tiró un hachazo, que con un movimiento flexible de la cabeza, logró aquel desviar en parte, tocándole de refilon la mejilla izquierda (cicatriz que siempre conservó); entonces un soldado realista, advirtiendo que era un jefe, el jinete caído, deja su puesto, y animado de idéntico designio, corre á clavarlo con su bayoneta, cuando el granadero Juan Bautista Baigorria (puntano), atropellándolo, logró alzarlo en la lanza, en tanto que sus compañeros que habian fluctuado por algunos segundos, se entreveraban resueltamente con el enemigo, y otros echaban pié á tierra para retirar del peligro á su comandante. Entre estos, se encontraba además del citado Baigorria, el no menos valiente Juan Bautista Cabral, que herido de bala momentos antes, lo fué allí de muerte.

Roto y desconcertado su centro, la division enemiga, en que hacia prodigios de valor el gallardo Zavala, no obstante estar herido de lanza, no pudo ya moralizarse, y la confusion llegó á su colmo, cuando un tanto rehecho el escuadron patriota, pegó por tercera vez su terrible carga, tocando á *degüello*, hasta llevarse con el encuentro y derrumbar á sablazos barranca abajo, á los cuitados invasores, que despavoridos buscaron el abrigo de sus buques. (1)

Eran las ocho de la mañana, y la victoria estaba asegurada, despues de mas de dos horas de no interrumpido fuego.

Acallado el estridor de las armas, la desnuda *pampa* teatro del combate, se veia sembrada de despojos, y enrojecida con la sangre de vencidos y vencedores, en tanto que las bélicas trompetas de los granaderos, despues del toque *de reunion*, hendian el aire con alegres *dianas*, festejando el triunfo, al que hacian coro, los disparos por elevacion de los corsarios, que saludaban á bala, puede decirse con verdad, la primera y única tentativa hecha por los españoles, despues de la revolucion, en esta parte de sus antiguos dominios.

Sesenta muertos, trece heridos, entre estos el mismo Zavala que lo fué en la pantorrilla derecha, y gravemente los

1. Tanta era la precipitacion y el pavor con que se desbarrancaban los españoles, que muchos se ahogaron, por lo que aproximándose sus embarcaciones, les tiraban **balas encordadas**, para que se agarrasen y ganaran su bordo. Apeado el bravo capitan Bermudez (hijo de Maldonado) que habia sucedido á su jefe en el mando, estrechaba uno de estos grupos, que hizo pié firme detrás de una zanja y al borde de la barranca, cuando fué herido de bala de fusil en la rótula, falleciendo el 14 del mismo mes, en una pieza inmediata al hospital de sangre instalado en el refectorio del Convento, no obstante la oportuna amputacion que se le hizo del miembro afectado, por los facultativos doctor don Francisco Cosme Argerich y el p. presidente de los Betlemitas de la **Residencia**, despachados ambos por la posta con un botiquin, tan luego como el gobierno tuvo conocimiento del suceso. Se afirma, que desesperado Bermudez, por no haber podido impedir la total evasion del enemigo, se arrancó el **torniquete**, y rehusó sobrevivir á su herida.

oficiales Marury y Martinez—14 prisioneros, (1) dos cañoncitos de á 4, sesenta fusiles, cuatro bayonetas y una hermosa bandera de division, (2) fueron los trofeos de tan brillante jornada, que costó á los patriotas un solo prisionero. (3)

1. Estos fueron internados á Córdoba, habiendo conseguido San Martin, se suspendiese en su favor, la órden espresa del gobierno, que equiparándolos á verdaderos piratas, los condenaba á sufrir el último suplicio, (n.º 1720—**Reforma.**) Era de este número, el atlético sargento Almada lastimado por Baigorria. (**Hecho que pone en duda** el señor doctor Velez en su carta al autor.

2. Las pérdidas que se dan en su **parte** los españoles, son: 11 muertos y 39 heridos, 28 de estos levemente, incluso 11 que cayeron prisioneros y 3 sanos. Mientras que á los patriotas les asignaban 55 á 60 muertos y de 86 á 90 heridos gravemente, entre los que se contaban media docena de oficiales, habiendo **desamparado el campo** San Martin, **con 150 hombres y una pieza de campaña**. Termina tan curioso documento atribuyendo á los **vencidos** los honores del triunfo, despues de asegurar que los que saltaron en tierra fueron 120 **hombres armados de fusil y 16 artilleros**; número exactamente igual al de los granaderos segun nuestros cálculos. (V. parte de Ruiz al gobernador Vigodet, fechado en el rio Paraná, á 10 de febrero de 1813.)

3. El teniente don Manuel Diaz Velez, que mandaba un peloton, y el qué atolondrado por un balazo que le rozó el cráneo, y al que debia sucumbir seis meses despues, se precipitó en el calor de la persecucion. Pero al otro dia fué canjeado, junto con tres paraguayos, tomados violentamente por los **Marinos** de una chalana del tráfico en el arroyo de las **Vacas**, por otros tantos heridos del enemigo. Dos de aquellos (Bogado y Acosta) sentaron plaza de voluntarios en el acto, y fueron vestidos con el uniforme de los que habian quedado tendidos en el campo. Nadie se imaginó entonces, que ese mismo Bogado (don Félix) regresaria á Buenos Aires, trece años mas tarde, cuberto de veneras y con las presillas de coronel del mismo Regimiento, haciendo su entrada triunfal en abril de 1826 á la cabeza de 120 hombres (y solo 7 de los que salieron del Retiro en 1813), últimos restos, que volvian despues de ruda campaña en diversos climas, á deponer sus armas en el Parque dó las tomaron (a). Bogado de comandante militar de San Nicolás de los Arroyos.

(a) Ellas fueron depositadas por órden superior, en una hermosa caja que tenia esta inscripcion cincelada sobre una plancha de bronce "**Armas de los libertadores de Chile, Perú y Colombia**". (Conversacion con el mayor don José Obregoso (mendocino), que sirvió y regresó con el Regimiento y es el único que queda ademas del coronel don Eustaquio Frias, (salteño) de esa columna de gigantes que logró presenciar tan solemne recepcion.

14 muertos (1) y otros tantos fuera de combate, incluso el mismo San Martín, que según hemos apuntado ya, debió la vida al heroico denuedo del granadero Baigorria y San Martín (desde entonces): y á la abnegacion de Juan Bautista Cabral y Robledo, soldado oscuro, pero de corazon magnánimo, que en aquel dia de eterno recuerdo, se abrió las puertas de la inmortalidad y enlutó los laureles de la victoria. (2)

1. He aquí sus nombres—Jenuario Luna, Basilio Bustos, José Gregorio Fredes, (naturales de Renca en San Luis de la Punta); J. B. Cabral-Feliciano Silva, (Corrientes); Ramon Saavedra, (Santiago del Estero); Blás Bargas. Domingo Soriano Gurel, (Riojanos), Ramon Anador: (Montevideo) José Márquez, de Tulumba, y José Manuel Diaz. (Cordobeses) Domingo Porteau natural de **Saint Gaudens**, departamento del Alto Garona. (Francia;) Julian Alsogarai, de Quillota. (Chile) y Juan Mateo Jelves, de la cañada de Escobar (Porteño). Total, 14 soldados.

2. Como argentinos, tenemos interés palpitante, en que ese nombre querido, sea entregado á la piedad de la historia y se perpetúe en el corazon de sus compatriotas. por cuya felicidad derramó su sangre generosa. Hijo del Departamento de Saladas (Corrientes), Cabral vino en el contingente colectivo que el entonces gobernador intendente de aquella Provincia, don Toribio de Luzuriaga. envió á esta ciudad á principios del año 12. (a) Fué uno de los héroes de la jornada que se describe en el texto, y al caer atravesado por dos heridas para no levantarse mas—decía á sus camaradas mientras lo retiraban de lo mas réio de la pelea—“**Déjenme compañeros! Que importa la vida de Cabral si hemos triunfado de los maturrangos? Somos pocos, vayan á su puesto que yo muero contento por haber batido á los enemigos—Viva la patria!**” fué la postrer palabra que articuló aquel valiente, dando un espectáculo que Roma en su grandeza, hubiera contemplado con envidia. El santo y seña de esa noche inolvidable fué —según el doctor Obligado—“**Cabral mártir de San Lorenzo**”. El comandante de su Regimiento, asombrado de tanto heroismo, le erigió un modesto cenotáfio, pero sublime en su misma sencillez, en el antiguo **Campo Santo** del Convento, cuya inscripcion es lástima haya borrado la accion inexorable del tiempo. Así que regresó á Buenos Aires, el cuerpo en que sirvió su agradecido coronel, dando cumplimiento al decreto supremo de 6 de marzo 1813, mandó colocar en la parte exterior y sobre la gran puerta del cuartel del Retiro, un her-

(a). Datos del señor don Manuel Serapio Mantilla, que como el donado Juan Echeverroa de Catamarca, guarda una curiosa crónica de su provincia.

Todo el mundo habia cumplido con su deber—oficiales (1) y tropa, respondieron á las fundadas esperanzas de su gefe, y la patria pudo ufanarse en adelante con su poderoso apoyo. (2)

mozo cuadro conmemorativo de su envidiable muerte, el que contenia esta inscripcion, á la cual desde el coronel hasta el último clarín saludaba al entrar. **“Juan Bautista Cabral, murió heroicamente en el campo del honor!”**

Allí permaneció, dice el jeneral Zapiola, hasta que los Escuadrones 3.º y 4.º marcharon con Alvear al sitio de Montevideo, en mayo 1814. É igualmente que mientras existió el Rejimiento, revistaba en la lista de la tarde, en la 1.ª Compañía del primer Escuadron á que habia pertenecido. llamando en alta voz el **brigada** de la misma **“Juan Bautista Cabral”**, á lo que contestaba el sargento mas antiguo, **“murió en el campo del honor, pero existe en nuestros corazones. ¡Viva la Patria granaderos!”** el que éra repetido con entusiasmo por toda la Compañía.

De cierto que no hizo falta en obsequio del afamado Latour-d' Auvergne, el primer granadero de la Francia del 93!

Su tumba pues, no reclama lágrimas, sinó coronas. Cayó como un bravo y la tierra natal, lo acogió en su seno, con los brazos de madre. ¡Que su heroica sombra se cierna al través de los siglos, como el modelo de tan sublime y sagrado sacrificio!

1. Oficiales que tomaron parte en este hecho de armas, además de los nombrados en el testo—Teniente don Mariano Necochea; alférez don José Fernandez de Castro; porta estandarte y ayudante en comisión don Manuel Escalada; cadete don Pedro Castelli; soldado distinguido, don Juan Estévan Rodríguez (mendocino)—Oficiales voluntarios, don Vicente Mármol y don Julian Corvera—Párroco de la capilla del Rosario, doctor don Julian Navarro. Todos, incluso San Martín, tuvieron un ascenso á su regreso á Buenos Aires á mediados de febrero (1813).

2. Al dia siguiente de la accion, fué desprendido del convoy, el propio Zavala, en calidad de parlamentario, solicitando á nombre del comandante de este, se le proveyese de alguna carne fresca para los heridos, y en el suyo, como verdadero apreciador del mérito de sus adversarios, la deferencia especial, de permitírsele bajar á tierra, para conocer personalmente á los bravos granaderos, y estrechar la mano á su gefe. Este, no trepida en acceder á tan singular como honrosa demanda—y—acto continuo, desembarca el bizarro español, con un pantalon de lienzo blanco, manchado aun con la sangre de su herida; casaca azul rabona, collarin, solapa, bocamanga, cabos y

Despachado el *chasque* con la nueva del triunfo, el jefe patriota, se preparó á rendir los últimos honores, á sus valientes compañeros de gloria caídos en la lucha, Así se hizo, con arreglo á ordenanza, y dejando algunos heridos en el Convento á cargo del porta Pacheco, se puso en camino para Buenos Aires, sin embargo de que sus dolencias apenas le permitían el traqueo de un vehículo.

Tal fué el glorioso suceso que inmortaliza una estrofa del celebrado *Himno Nacional* argentino, y el nombre de una de nuestras calles y cuya importancia moral, en aquellas críticas circunstancias, omitimos encarecer.

El 5 de febrero, al mismo tiempo que los enemigos abandonaban con proa al sud, el lugar del combate—tronaba el cañon de la fortaleza, anunciando al pueblo de Buenos Aires, este magnífico ensayo de la caballeria disciplinada y maniobrera, que mas tarde, fatigando á la fama con sus proezas, debia llevar el pabellon que tiene por divisas, *el blanco de las crestas de los Andes y el horizonte azul de los grandes rios*—á mayor altura que la que alcanzaron las águilas

vueltas lacre, y un chacó de pelo en el que se distinguia la efígie de Fernando VII, con el mote *viva el rei!*—Despues de los cumplimientos de estilo, se improvisó un suculento desayuno en el que reinó la mejor animacion y jovialidad, merced á los excelentes vinos de los P. P.—reembarcándose pasada la *siesta*, surtido de provisiones y fascinado del franco y cordial agasajo, con que fuera acojido.

En la efusion de su carácter naturalmente expansivo, Zavala, que el verdadero plan de los cruceros, fué aprovechar una noche sombría, y con viento fresco del 2.º cuadrante, burlar la vijilancia de las baterias de “Punta Gorda”, é interceptar el comercio entre el Paraguai y Santa Fé, sobre la que dirijian sus miras, habiendo desembarcado por incidente en San Lorenzo y en el solo interés de hacer víveres.

Desde entonces, parece que juró servir á las órdenes de aquel militar, cuya feliz estrella preveía, como lo efectuó presentándose en Mendoza el año 15. Pero San Martín, por pundonor se resistió á ocuparlo, sin embargo del alto aprecio que hacia de él, asignándole en prueba de ello, una modesta pension—(“Conversacion con los Jenerales Pacheco y Escalada, testigos presenciales de todo esto, y nota citada (febrero 11) á la Junta del Paraguay. (Docs. del Archivo jeneral).

Romanas perseguidas por el arrojó de Anibal—para seguir victorioso hasta los remotos fuegos del Ecuador!

ANJEL J. CARRANZA.



LITERATURA

COSTUMBRES LIMEÑAS

LA TAPADA

Para comprender los hábitos y las originalidades de las costumbres de Lima, es necesario estudiar detenidamente el carácter de la limeña, porque la mujer personifica la sociedad entera.

En el Perú parece que domina el elemento femenino. Esta es una de las tantas rarezas de este pueblo.

El hombre, permanentemente fascinado por los irresistibles encantos de la belleza, parece que consagra su vida á la adoracion de la mujer.

Puede ser que en la fuente de la voluptuosidad y el amor encuentre este pueblo la rejeneracion de su entusiasmo, de su vigor y de su fé. En la Europa se vió este fenómeno en la edad media, y quizá el Perú se encuentra en estos felices tiempos.

Pero puede suceder que, concentrando la mujer en sí todas las fuerzas morales, ejerza una influencia escesiva y peligrosa. Entonces el Perú correria peligro de ser sometido á una dictadura femenina, cosa no del todo inverosímil, porque en su historia ya se ha visto á una mujer dragoneando de amazona, armada como un San Guillermo, encabezando conspiraciones y deponiendo á vice presidentes.

Bajo el cielo de Lima el hombre se debilita y languidece.

Al respirar su atmósfera tibia y adormecedora, parece que los vapores del céfiro ofuscaran el cerebro. Se siente una pereza embriagadora, una invencible necesidad de calma y reposo. Se sueña con placeres tranquilos, con imágenes voluptuosas, con nubes de perfume, con el desmayo del deleite, con huries encantadoras. En Lima se comprende mejor que en ninguna parte toda la belleza del paraíso prometido por Mahoma.

Esta influencia del clima podría servir para explicar la mansedumbre de este pueblo. El hombre es suave, dulce, humilde é indolente hasta la apatía; pero la mujer presenta un contraste sorprendente.

En medio de una naturaleza árida, estéril y desapacible, la mujer crece encantadora como la flor de las riberas del Rimac.

En su frente se dibuja la supremacía de su alma sobre todos los seres que la rodean.

Sus negros, rasgados y luminosos ojos, brillan con un fuego que revelan la impetuosidad de su espíritu altivo.

Las líneas regulares del óvalo de su cara tienen toda la perfección del tipo griego.

Su nariz está modelada con una finura y delicadeza artística.

Su boca adornada con la maliciosa pureza de una coquetería adorable.

Su cabellera es una cascada de ébano y forma una armonía completa con sus bien delineadas cejas y sus largas pestañas.

Su talle tiene toda la soltura, gracia y flexibilidad de una refinada elegancia.

Su pié es tan pequeñuelo, lindo y arqueado, que apenas imprime una ligera huella sobre el polvo.

Y todo esto se halla realzado por la gracia de los modales y la compostura de los movimientos; por que ella posee el secreto de las actitudes románticas, de las sonrisas dulces, de las miradas ardientes, y sobre todo, comprende el arte maravilloso de los atractivos del misterio. Por eso su tipo origi-

nal y perfecto es *la tapada*.

Bajo este disfraz es como la limeña despliega todo su poder y revela su carácter. Es así como aparece espiritual, burlona, alegre, altiva, impresionable, ardiente é irresistiblemente tentadora.

Su traje primitivo era la *saya* y el *manto*. Consistía en una *saya* negra, plegada con elegancia á la cintura, y lo suficientemente alta para dejar lucir el pié. Un manto vaporoso sujeto al talle y elevándolo por la espalda hasta cubrir la cabeza y el rostro. Por debajo cubria los hombros un rico chal, cuyas dos extremidades flotaban airosamente por delante. Este vestido ha caído en desuso.

Hoy oculta su blanca frente y su leve cintura bajo los pliegues de un pañolón, y prendida de veinticinco alfileres se presenta en todas las funciones.

Vedla en las calles, en las iglesias, en las procesiones, confundiendo entre los grupos de hombres, soportando impávida el fuego graneado de mil galanterías, sorprendiendo á uno con el nombre de su querida, atormentando á otro con un chiste epigramático, ridiculizando á este con una palabra, burlándose de aquel con una voz fingida y encantándolos á todos con el brillo del ojo que descubre, y con la morvidez y belleza del brazo que ostenta.

Seguidla á la Alameda y la vereis con aires de romanticismo, buscando alguna aventura novelesca. Ya es aguardando una cita para preparar una intriga; ya observando los pasos de un amante de cuya fidelidad duda; acá tendiendo redes para sorprender á un cándido; ora persiguiendo algún capricho de su ardiente imaginación; y á todas horas soñando en amores que llenen su corazón sediento de impresiones.

Buscadla en el teatro y la encontrareis en los asientos de la platea representando un papel de misteriosa con una habilidad encantadora.

Si es la tapada del *medio mundo* puede conocerse por la atmósfera de perfumes que la rodea, por el lujo de su pañolón y de su traje, por algún brillante que luce sobre los dedos de mármol de su pequeña mano, y por la curiosidad con que

dirige su binóculo á la primera galeria observando los adornos de las señoras del gran mundo para ponerse, al dia siguiente, á la altura de la aristocracia.

Mas si veis una tapada casi perdida entre la oscuridad de los asientos ocultos, cubierta con un blanco pañuelo de olan y un delicado pañolon negro, podeis contar, de seguro, que es una gran señora. Es verdad que, en ocasiones, para alejar hasta la sospecha de su rango se visten con trajes y pañolones estravagantes; pero entonces la vende el aire de nobleza de sus movimientos y la misma tenacidad con que ocultan cualquiera de los encantos que pudiera servir de dato para revelar el misterio.

La *tapada* encierra toda la historia de la vida íntima de Lima, con sus placeres y sus amores, sus debilidades y sus crímenes, sus miserias y sus lágrimas, sus aventuras y sus chascos, su disipacion y sus desengaños.

Bajo este disfraz mas de una cincuentona ha andado en picos pardos con un mozuelo boquirubio, que ha estrenado sus primeros requiebros amorosos con una novia anti diluviana, creyéndola una divinidad.

La tapada es en Lima una entidad de poderosísimo influjo. Parece que bajo este traje hubiera una sociedad femenina que estendiese su vigilancia y su accion á todas las clases. Su ojo lo vé todo; su oido escucha todos los secretos; su sombra se encuentra en todas partes.

En los salones del gobierno hay siempre alguna tapada que aguarda en un gabinete privado; que habla á solas con los ministros y sorprende los secretos de estado.

En los tribunales intriga, y consigue con frecuencia inclinar la balanza de la justicia.

En los congresos forma una barra temible que se rie de todos los oradores.

Y en todas partes observa, vijila, acecha, enamora, rie y se burla de todo. Ella es el ángel de los misterios de Lima, la desesperacion de los curiosos, el escollo de los incautos, la policia secreta de los conspiradores, el brazo de las venganzas, el agente de la ambicion, la voz de los amores, el ador-

no de todas las fiestas y la tentacion de todos los corazones. Quien que haya estado en Lima no ha sentido su influjo? Ved aquí una página de esa historia infinita de aventuras.

II.

En dias pasados acompañábamos hasta el Callao á un amigo nuestro, proscrito chileno, que se ausentaba de Lima. Su preocupacion en los momentos de marcha era tan profunda, que nos escitó sobre manera la curiosidad, y despues de repetidas instancias para que nos descubriera la causa de su meditacion, nos refirió lo siguiente:

“Anoche, nos dijo, se puso en el teatro en escena la *Traviata*, y yo que soy un frenético *dilettanti*, tomé desde temprano mi asiento en la platea.

Llegó á uno de los palcos de la primera galería una picante morena de mirada revolucionaria y sonrisa irresistible que me conmovió notablemente.

Soy decidido por las morenas, y este era el soñado tipo de mis ilusiones trigueñas. Además, nuestros corazones estaban unidos por algunos recuerdos.

Me puse de pié para contemplarla á mi sabor, y para ver si destacando mi figura entre el grupo de los espectadores, podia merecer una de sus miradas.

Ella recorría todas las galerías con su anteojo; pero no se dignaba mirar á la platea.

Yo le fijé repetidas veces mi binóculo; pero mis fuegos no fueron contestados. Despues de varias tentativas para llamar su atencion, comprendí que todo era inútil. Yo estaba en la platea, era del vulgo de los espectadores aquella noche y no merecia el honor de una mirada. En el teatro la aristocracia de Lima jamas se *democratiza* mirando á la platea. Eso es de mal tono.

Me resigné con mi suerte y volví á tomar mi asiento.

Yo no soy muy exigente en amores, y por otra parte, en Lima no se puede serlo.

Todos tienen que conformarse con ser olvidados, no solamente por instantes, por horas, por noches y por días, sino también por meses y por años.

Y esto sucede en todas las condiciones, porque la libertad del corazón es para las mujeres el primero de los derechos.

¡Ay del hombre que intentase exigir constancia! Sería sacrificado en las aras de la independencia femenina.

Vino á consolarme de mis burladas esperanzas una tapada que ocupó el asiento inmediato á él en que me hallaba. Me lanzó una mirada á quemarropa y terrible. En el solo ojo que descubria habia tanta luz, que me sentí ofuscado.

Soy de una naturaleza tan ardiente que el mas ligero accidente puede incendiarme. Hay mujeres que con solo una mirada pueden turbar para siempre mi existencia.

Esto en Lima es una fatalidad, porque hay tantos ojos fulminantes y tantas mujeres bellas, que el corazón late constantemente de admiración y de amor, y los sentidos viven abrasados por la fiebre de la exaltación.

A medida que sentia el roce del traje de mi misteriosa vecina, las palpitations de mi corazón se aceleraban.

Ella me miraba de vez en cuando y yo comprendí que podia aventurar una palabra.

—Señorita, la dije con acento de cortesía, el solo ojo que usted deja ver basta para enloquecer á un hombre.

—De manera que usted puede ser para mi un peligroso vecino, porque corre riesgo de perder el juicio esta noche, me costestó con una voz encantadora.

—Pero puedo ser un loco inofensivo y totalmente sumiso á la voluntad de usted.

—¿Tan pronto hace usted una promesa de humildad?

—El corazón no necesita de mucho tiempo para converse, y las promesas cuanto mas instantáneas son mas sinceras.

—Veremos si la impresion dura, añadió ella. Y yo creí escuchar el leve ruido de una sonrisa. Me imaginé que su risa seria la de un ángel.

No pude en aquel momento continuar la conversacion, porque el telon fué levantado y la funcion dió principio.

Las palabras y las miradas de la tapada escitaron en extremo mi curiosidad y exaltaron mi imaginacion. Mi cabeza, esencialmente soñadora y mi corazon de pólvora, me predisponen sobre manera para los amores instantáneos y repentinos. Ademas, una aventura con una tapada tiene todos los atractivos de un lance novelesco. El amor vive del misterio; la realidad lo mata.

Las melancólicas y dulcísimas notas de la música y del canto vinieron á completar la obra de escitacion y de vértigo comenzada por mi vecina, y á pocos momentos entré en una perfecta y verdadera alucinacion amorosa.

Desde ese momento la tapada fué para mi una heroína de romance y el ideal de mis fantásticos sueños de amor. Nuestra historia, que comenzaba bajo tan felices auspicios líricos, me imaginaba que seria un romance sentimental.

En la escena en que Violeta se pregunta con afan si lo que acababa de sentir será el principio de un sério amor, la tapada me miró con intencion.

Interpretando yo su mirada, la dije con emocion:

—Lo que yo siento es indudablemente una pasion loca, desenfrenada, terrible, y necesito una esperanza siquiera: ¿puedo tenerla?

—Qué tierno es el tema de esa ópera; fué su contestacion, eludiendo mi pregunta.

No me atreví á insistir en mi súplica, y fijándome en el proscenio, permanecí silencioso: Cuando el telon cayó, reanudé la conversacion, diciéndole con entusiasmo.

—Suplico á usted que crea en la fascinacion que ha ejercido en mi su mirada.

—Pero esa fascinacion puede desaparecer con la rapidez con que se ha formado.

—Si fuera tan feliz que usted me aceptara una promesa de fidelidad, yo me comprometeria á probar á usted mi constancia.

—Y si la realidad no correspondiese á sus ilusiones, ¿no sufriría usted un desengaño cruel?

—Eso es imposible. El ojo y el brazo que usted descubre, no pueden engañar. El sol se adivina por el reflejo de la aurora.

—Gracias. Galantea usted de una manera muy poética; pero como las mujeres somos un poco incrédulas, yo quisiera saber primero que clase de tipo de belleza le gusta mas á usted.

—Pero... esa es una exigencia peligrosa para mí.

—En ella no hay peligro alguno. Yo deseo saber cual es el gusto de usted, para calcular si puedo personificar sus ilusiones. A usted pueden agradarle las rubias y yo puedo ser morena. Además, no creo difícil el que usted manifieste que clase de belleza le impresiona mas.

La situación era tirante.

Si yo entraba en una descripción del tipo de mis ilusiones, era indudable que hacia un retrato contrario á la belleza de mi tapada. El hombre yerra siempre que necesita adivinar.

Ella comprendió mi vacilación, y con acento de ironía me dijo:

—El sol se adivina por los reflejos de la aurora. Haga usted mi retrato y sale así del apuro.

Todo el éxito de mi aventura dependía de este momento. Formé instantáneamente una resolución, y la dije con acento de seguridad.

—Para mí no es difícil describir á usted. Mi corazón la ha adivinado antes de verla, porque en este momento tiene la doble vista que inspira un magnetismo amoroso. Pero antes necesito de usted una promesa. Para saber si el retrato que hago es perfecto ó no, usted me ofrece descubrirse.

—Imposible, contestó con una rapidez que revelaba una resolución decidida.

—Pero mi propuesta es mas difícil de cumplir que la suya. Yo no exijo que se descubra usted aquí. Usted lo hará á la salida del teatro.

—De ninguna manera. Lo mas que puedo ofrecerle á usted es que, si el retrato es exacto, lo aceptaré como una prueba inequívoca de su estado de lucidez amorosa.

—Es que en premio de mi acierto y de mi amor, yo exigiria que usted me dejara gozar de una de sus sonrisas.

—No puedo prometerle esa recompensa.

—Pero al menos condescenderá en darme la direccion de su habitacion para tener mas tarde el placer de presentar á usted mis atenciones.

—Siento muchísimo no poder dar á usted gusto en esto.

—Entonces usted tiene resolucion de que yo ignore siempre con quien hablo.

—Indudablemente.

—Es decir que no sabré jamás quien es usted?

—Jamás, me contestó con una firmeza de voz que me desconcertó.

Quise instarle, pero ella con un lijero ademán me lo impidió. En ese momento comenzaba el segundo acto de la ópera y era indispensable no llamar la atencion de los que estaban á nuestro alrededor con una conversacion que, por mi parte, tomaba á cada instante mas calor.

Esta tapada no es una mujer vulgar, dije para mí. Su empeño en que yo no sepa quien es y su interesante conversacion, dejan comprender que es de elevada clase. Esta suposicion enardeció el entusiasmo de mi amor. Formé entonces la resolucion de rasgar á todo trance el velo del misterio. Sin embargo, la empresa era árdua, y yo no acertaba á adoptar un medio eficaz. Una tapada es inoculable, inmune, y yo no podia intentar ninguna medida coercitiva.

Me ocurrió entonces un plan, en mi concepto feliz.

Habia visto en uno de los palcos á un amigo que tenia una inconcebible perspicacia para conocer tapadas. Una larga práctica lo habia hecho maestro en este difícil arte, y tenia un instinto incomparable para conocer las bellas al través del tapado de los pañolones y de los mantos.

Al concluirse el acto abandoné precipitadamente mi asiento, y fuí á donde estaba él. Al llegar le dije:

—Necesito urjentemente de tí.

—Estoy á tus órdenes, me contestó.

—Vé á la platea, ocupa mi asiento que es el número 323, y observa quien es la tapada que está al lado. Pero pon en actividad toda tu ciencia de adivinacion y llama á tu memoria los recuerdos de todas las mujeres que has visto en Lima, porque es absolutamente necesario que yo sepa el nombre de esa tapada.

—Lo sabrás al instante, me dijo con una plena confianza y partió en el acto.

Yo ocupé en el palco el sitio de él, y me puse á observar con inmensa ansiedad el resultado de mi plan.

Ví que pocos momentos despues de haber llegado *mi enviado* al lado de la tapada, entraron en conversacion.

A cada instante aguardaba que mi amigo me hiciera alguna seña que me indicara que habia cumplido su mision; pero inutilmente. El hablaba con animacion y no miraba á ninguna parte.

Por unos instantes temí que, al entrar bajo la influencia de la mirada magnética de aquella mujer, él hubiera caido en la misma alucinacion amorosa en que yo me hallaba. Pero él no era tan impresionable como yo.

En este momento noté que la morena de quien no habia podido obtener una mirada al principio de la funcion, fijaba en mí su binóculo. Este honor lo debia al puesto en que me encontraba. Para todo en la vida se necesita estar en las primeras galerías de este teatro que se llama el mundo. ¡Ay de los que están en la platea!

Pero la morena no pudo distraerme de la impresion que habia recibido. No podia pensar en otra cosa que en la tapada.

Aguardé impaciente el resultado de mi plan, pero en vano. El telon cayó en el último acto de la funcion y mi enviado no regresó. Era el cuervo de Noe enviado despues del diluvio.

Bajé con rapidez á la puerta del teatro, resuelto á seguir á aquella mujer que tanto me habia interesado; pero la fata-

lidad frustró mis cálculos: todas las tapadas eran tan semejantes que yo no pude distinguir la que buscaba. Seguí á varias; pero tuve que abandonarlas, porque observé que cada una de ellas encontraba compañero en su camino. Al fin me encontré solo en la calle. Mi última esperanza estaba en mi amigo. El debía saber el nombre de aquella mujer. Corrí á buscarlo y lo encontré en su casa.

Al verme me dijo sonriéndose:

—Mi experiencia y meditacion han sido inútiles. No he podido conocerla.

—Ah! exclamé con un acento de mal reprimida amargura; todo está perdido!

—Menos la esperanza, interrumpió él. Debes saber para consolarte que ella me ha preguntado por tu nombre y por tu direccion.

—Y eso que puede significar?

—Eso significa que la historia continuará.

—Es imposible. Parto en el vapor que sigue mañana para el Norte.

—No importa; en las horas que faltan aun, hay lugar para una despedida. La tapada sabia infaliblemente tu partida, porque en Lima las mujeres lo averiguan y lo saben todo.

—Eso es una quimera.

—Pero en Lima esas quimeras se realizan á cada instante. Si permanecieras aqui, verias la verdad de mis palabras. En esta sociedad, alimentada con la disipacion, se sueña á todas horas en aventuras y en amores misteriosos. Aquí el amor no nace del corazon, sino de la imaginacion. Se ama con poco sentimiento; pero se le dá á los caprichos todas las formas de una trama novelesca. No debes perder la esperanza. Tu heroina de esta noche te dirá adios, porque una despedida con lágrimas es demasiado romántica para que ella no la aproveche.

—Ojalá se cumpla tu pronóstico, le contesté, y como era un poco tarde me despedí de él y me retiré á casa.

Ahora, en el momento de llegar á la estacion del ferrocarril, he recibido esta esquila:

“Su compañera de la ópera le pide un recuerdo, y le envia un tristísimo adios. Usted vió la aurora, pero no ha querido aguardarse á la salida del sol. Adios!”

El billete me ha impresionado, y este es el motivo de mi meditacion. Siento que mi viaje me obligue á dejar esta aventura en el prólogo. Sin embargo, creo que sabes lo bastante por sí tu quieres continuarla. Te doy ámplios poderes para ello, y ya te he revelado la consigna.

Nosotros aceptamos la propuesta, y prometimos avisar á nuestro amigo los resultados. Puede ser que alcanzemos á ver el sol que no vió nuestro amigo.

OMAR.

Lima, 1860.



EL PAGO DE LAS DEUDAS.

NOVELA ORIGINAL

(Conclusion) (1)

Don José Dolores se dejó rodar de su silla, é hincándose sobre ambas rodillas.

—Adelita, la dijo, perdóname.

—No, replicó ella, usted es un celoso insufrible y sino se cura...

—Ya estoy curado y para siempre, replicó él; nunca volveré á pensar mal de usted.

—Y antes de hacerlo, debe usted averiguar las cosas tales como son, dijo Adelina levantándose y dejando á su novio abismado en una adoracion muda por aquel ángel de inocencia.

Don José Dolores pensó para si que lo que Adelina habia hecho, no solo era una prueba de virtud, sino que era tambien una prueba de amor que habia querido darle, por lo que se retiró resuelto á rogar á Don Diego para que no difiriese por mas tiempo el dia de su felicidad.

—Si Luciano, vuelve, decia Adelina, no faltará modo de deshacerse de este majadero y si me abandona, añadió reprimiendo un suspiro, que haremos!

II.

Luciano entraba al salon de la casa en que se hallaba.

1. Véase la páj. 417.

Luisa, resuelto á terminar su lucha con sus encarnizados acreedores, diciendo adios á su vida de soltero y ahogando en su pecho las ilusiones que en él habia hecho nacer el amor de Adelina. Esta decision le volvia su elegante aplomo, de modo que atravesó la pieza con risueño semblante y desembarazado ademan hasta llegar al sofá que ocupaban Luisa y su hermana. Su conversacion fué animada y espiritual. Habló con entusiasmo del puerto que acababan de dejar, de los huéspedes de Luisa, sin olvidar á Adelina ni á su novio, desplegando tal viveza y gracia de observacion que la hermana de Luisa declaró que Luciano le daba deseos de visitar aquel lugar.

Luisa que habia experimentado una inmensa felicidad al ver entrar al jóven cuando ella lo hacia aun en el puerto, admiraba tambien su locuacidad y cambiaba lijeramente de color cada vez que Luciano hablaba de la familia de don Diego, mientras que su corazon latia de placer con la presencia del jóven, que juzgaba como una prueba irrecusable del verdadero amor hácia ella. Cuando Luciano pudo hablarla á solas, estas ideas habian derretido ya los últimos restos de frialdad que quedaron en su alma por los pasados sufrimientos y no aspiraba ya mas que á gozar de la dicha conquistandola á fuerza de amor y de constancia, las mas poderosas armas de que dispone la mujer despues de la belleza.

—Yo creia, le dijo Luisa sonriéndose que usted habria preferido darse aun algunos baños de mar.

—Pero viéndome aquí, ¿qué ha pensado usted? preguntó el jóven en el mismo tono.

—He pensado que usted se ha venido.

—¿Nada mas? ¿Nada significa para usted este viaje, despues de lo sucedido? ¿Qué manera hay entonces de probar á una mujer nuestro amor por ella, sino basta que abandonemos por estar á su lado lo que podria halagar nuestra vanidad, que, segun ustedes mismas, es el móvil de nuestras acciones?

—La mejor manera, replicó Luisa, es la constancia.

—Esa es una virtud mas de hombre porfiado que de amante.

—Sin embargo, es la porfia que mas puede lisongear á una mujer que ama.

—A las mujeres vulgares puede ser; pero dígame, Luisa, ¿no hay ningun encanto en salir de la senda trillada de los amores caseros y lanzarse en busca de emociones, que por ser nuevas é inesperadas, recompensan con usura las inquietudes de la duda? Si yo, pronto tal vez á ceder á una debilidad de hombre, vuelvo sobre mis pasos, abandono otro amor por seguirla y conquistar su perdon ¿no doy una prueba evidente que mi verdadero amor es por usted, y que puesto en la necesidad de elegir no puedo vacilar, porque ante todo tengo que sed sincero conmigo mismo?

—Confieso, dijo Luisa, que en el terreno de las argumentaciones usted me vence muy pronto.

—Si no la amase, no hallaria razones para alcanzar esa victoria, porque en este jénero de contiendas la imaginacion es rebelde sino la ayuda el corazon.

--Es verdad; pero una cosa me arredra.

—¿Cual?

—Su teoria en contra de la constancia.

—No se alarme usted por eso; pues cuando mas ella probaria que no he encontrado aun una mujer que me la haya hecho despreciar, como estoy seguro lo hará usted.

—Esto último es solo una suposicion y usted no es infalible para que yo tenga fé en sus resultados.

—Tenga usted primero fé en mi amor, que yo juro volverla sus creencias sobre mi constancia.

De este modo, Luisa, sentia un secreto placer en aplazar su decision á pesar de estar resuelta á perdonar. Luciano afectó durante el resto de aquella entrevista la misma alegria, que á causa de su caracter un tanto melancólico, Luisa admiraba como una prenda mas de las que adornaban á su amante. Luciano, por otra parte, como maestro consumado, pasó de esa franca alegria al mas delicado y natural sentimentalismo tocando así la otra cuerda sensible del corazon

de Luisa, despues de haberla alegrado con su charla viva y animada. Cuando creyó haberla persuadido, habló vagamente de matrimonio y concluyó por arrancar á Luisa un completo perdon, lo que equivalia á disponer enteramente de su voluntad. Por esto, Luciano, al salir de la casa, se dijo pensando en las misivas de sus acreedores y acompañando su frase de un suspiro:

—Será preciso que dentro de un mes esté casado.

Sitiado por apremiantes exigencias, el joven daba de este modo un adios á la libertad de soltero. Pero de aquel adios á la firme resolucion que necesitaba para comprar su tranquilidad á costa de su gusto por la vida independiente del celibato, habia la distancia que ponía la esperanza de mejorar de fortuna por un golpe de la suerte. Luciano quiso por última vez tentarla y jugó los últimos restos de su dilapidado bien. En ese juego tenia demasiado interés para poder ganar. La suerte le acarició algunos instantes, como una querida infiel que adormece á su esclavo con engañosos halagos antes de abandonarle. Cuando Luciano habia ganado la tercera parte de lo que necesitaba para cancelar sus deudas, la caprichosa divinidad que imploran los jugadores le volvió las espaldas, y perdió cuanto habia ganado. Vuelto á su casa las cartas de los acreedores esparcidas sobre la mesa le produjeron una especie de vértigo, que lo hizo arrojar con furia los guantes y el sombrero sobre ellas para no verlas: si uno de sus autores se hubiese presentado delante de él en ese instante, habria sido capaz de cometer un crimen, pues como la mayor parte de los libertinos, Luciano, olvidando sus propias faltas, acusaba á los demás de las desgracias que le acosaban. La desesperacion es un sentimiento que decrece con la misma facilidad que se apodera del alma, sin esta condicion no habria fuerza humana capaz de resistir á su embate. Al cabo de una hora Luciano se acostaba mas tranquilo; y al dia siguiente se peinaba y perfumaba lleno de resignacion para visitar á Luisa, que le recibió con esa pregunta, con que dos enamorados principian su eterna plática de eternos juramentos.

—¿En que ha pensado usted desde anoche?

—En nuestra futura felicidad, contestó Luciano con un aplomo que le habria envidiado un jesuita.

—Egoista, le dijo Luisa, mirándole con ternura, solo debia usted haber pensado en mi.

—Es que miro ya como unidos nuestros destinos, contestó él volviéndola su mirada con igual espresion.

—Para eso falta aun mi voluntad, replicó Luisa remediando un tono imperioso con su acento.

—Bien puede ser, repuso el joven: pero sobra mi amor y pido entrar en arreglos.

—Diga usted sus condiciones.

—Mis condiciones son las que usted dicte y al pié de ellas añadiré una súplica.

—¿Cual?

—La de que usted me conceda autoridad para fijar el plazo.

—Como usted guste, dijo Luisa vencida.

—¿Entonces usted se conforma con mi decision?

—Consiento en ello por no faltar á mi palabra.

—Mi plazo es muy corto, dijo Luciano en tono de amenaza.

—¿No alcanza á un año?

—¿Un año! ¿en que piensa usted? apenas le concedo un mes.

Luisa tomó una flor y principió á jugar con ella para ocultar su turbacion.

—¿Halla usted que soy muy exigente? preguntó Luciano.

—No, usted está autorizado para serlo, contestó Luisa, sintiendo desbordar la felicidad de su corazon.

Luciano se retiró poco despues llevando el consentimiento de Luisa para arreglar lo relativo al enlace. Al cabo de algunos dias se operaba en el corazon del jóven un fenómeno moral muy frecuente en la vida cuyos accesorios deciden muchas veces de las determinaciones en que se compromete la parte principal de la existencia. Su continuo trato con Luisa le persuadió que sentía por ella un verdadero

amor á fuerza de finjirlo. Contribuian á robustecer estas creencias sus nuevas esperanzas y la idea de una vida tranquila, en medio del lujo, condicion indispensable de su felicidad.

—Se me presenta la ocasion de pagar mis deudas con tal de someterme al amor de una mujer jóven y bella, decia á Pedro, su íntimo amigo: creo que muchos me envidiarian esta condicion sin hallarse en la inevitable alternativa á que la pérdida de mi fortuna me condena.

Mientras Luciano vencía así las dificultades que hallaba en su propio carácter para dejar la vida de soltero, en el puerto de... los acontecimientos seguían tranquilamente su curso, llenando de alegría el corazón de don José Dolores y de pesares el de Adelina. Esta, habia creído en un presentimiento nacido en su espíritu bajo la influencia de su amor por Luciano: esperaba que el jóven volvería y reservaba para entonces la determinacion de romper sus compromisos con su novio. Hay cierta tendencia pasiva en la índole de la mujer que la hace muchas veces avanzar en una vía que está resuelta á no seguir, esperando para abandonarla una ocasion favorable. Muchas, cediendo á esa tendencia, llegan al punto en que es imposible retroceder, y despiertan como de un sueño cuando el arrepentimiento es inutil é impotente la voluntad. Adelina se encontró en este último caso apesar de la poderosa energía de su carácter. Confiando en la vuelta de Luciano y por evitar con sus padres esplicaciones á las que una niña apela siempre con repugnancia, dejó creer á don José Dolores que aceptaba su mano, que era á lo único á que el buen jóven aspiraba, contando, como dijimos, con que el amor vendría despues. Entretanto los dias pasaron y de convenio en convenio hubo uno en que se fijó el dia de la union. Adelina lloró su desventura, pero viéndose abandonada, no tuvo valor para arrostrar la cólera de su padre y se resignó.

Pocos dias despues del casamiento de Luisa y Luciano, don José Dolores conducía á su novia á la iglesia, donde reci-

bieron la bendición nupcial, engalanado él con el frac que tanto llamaba la atención de Luciano en las cartas que dirigía á su amigo.

XII.

Siete meses despues de los últimos sucesos que hemos referido, una carta de Luciano dirigida á su amigo, nos pinta el estado de los principales personajes de esta historia, poco tiempo antes de los acontecimientos que forman su desenlace. He aquí la carta:

“Querido Pedro:

“Hojeando en dias pasados un libro de Alfonso Karr, encontré el siguiente tristísimo pensamiento que te pintará perfectamente el actual estado de mi espíritu.

“La felicidad es aquella choza del pájizo techo, cubierto de hiedras y de flores. Es preciso mirarla desde afuera: tras pasando su puerta la perdereis de vista.”

“Hace algun tiempo que cansado de las agitaciones de mi vida, yo divisé esa choza como un asilo de paz. La felicidad era para mi la riqueza; era andar por las calles sin temor de encontrar á cada paso el insolente saludo de algun acreedor altanero; era la satisfaccion de mis dispendiosos caprichos sin tener necesidad de recurrir al bolsillo de un prestamista; era el goce del lujo y sus fascinadoras tentaciones; todo esto lo he alcanzado, entreabrí la puerta de esa choza y avancé lleno de esperanzas en su interior. ¿Soy feliz? Ya no diviso la hiedra y las flores de su techo; la ilusion se ha convertido en realidad y el espíritu cansado de su inaccion y el pecho abatido por la enervadora calma, buscan lo que entonces desdeñaban, aspiran á lo que miraban como un accesorio de la vida y se pierden en devaneos que solo juzgaban propios de los niños y de los poetas: ¡sueñan en el amor! Luisa y yo somos desgraciados sin habérmolo dicho. Sufriremos ese mal que parece existir flotando en la atmósfera donde habitan dos seres jóvenes que se ven ligados por eternos:

vínculos y condenados á seguir el mismo camino, cuando sus corazones se apartan de la senda que debieran seguir. A los primeros dias de una engañosa felicidad han sucedido las horas en que el corazon acalla la bulliciosa algazara de la fantasía. Luisa ha visto mi indiferencia y ha llorado: yo he sospechado sus lágrimas y he sentido, solo ahora, todo el peso de mi falta, porque sus terribles consecuencias han recaído sobre mí tambien. Es imposible que tengas una idea de los dramas diarios que se desarrollan en silencio en el hogar de los que viven unidos sin amarse. ¿Entiendes todo el peso de esta, que á juzgar por lo que diariamente se oye, parece tan trivial condicion? ¡sin amarse! Ese refrán que sentenciosamente repite el vulgo, diciendo que la privacion es causa del apetito, tiene una fatal realidad en el caso de que te hablo y como el corazon ha de agitarse sin tregua tras un bien imaginario, el mio ha ido á buscar en el pasado la fuente de sus melancolias de ahora; pienso en Adelina. Los recuerdos que ese nombre evoca en mi memoria, cobran en mi imaginacion tal prestigio, que me parece una horrible blasfemia aquel verso de Campoamor que antes consideraba como un axioma:

—“¿Qué hizo el hombre, dirás, Emilia bella,
con la llama de amor?”—¡Ay!! el idiota
la torpe sangre se inflamó con ella!

Porque desterrado de ese bello mundo del amor, del que locamente despreciamos las ilusiones, siento en mi alma mil pensamientos delicados al pensar en ella. Ya lo veo: no tengo deudas; pero amo. Era esta una deuda con la que no habia contado, y la naturaleza, Pedro amigo, es un intratable acreedor que jamás concede un plazo á su víctima.

Figúrate ahora la escena siguiente; uno de esos dramas íntimos de que te hablaba hace un momento:

Luisa y yo almorzábamos esta mañana. La conversacion tenía en esos momentos cierta ternura que cada dia se hace mas rara entre nosotros. Habíamos despedido á los criados y tomábamos el té hablando del hijo ó hija con que, como dicen, Dios bendicirá nuestra union. El semblante de Luisa

se animaba por grados á mi voz, y en sus ojos se reflejaba ese amor constante que me acusa como un perpetuo remordimiento. La puerta del comedor se abrió y un criado entró con una carta que pasó á Luisa, diciéndola:

—El cartero, señorita, ha dejado esta carta.

Luisa hizo señas al criado de retirarse y pareció querer abrirla, luego dijo dejándola sobre la mesa:

—La leeré despues, nada puede importarme mas que lo que hablábamos.

Yo, sin hacer caso de mis propias palabras la rogué abrir la carta, mas por eludir el capítulo de las quejas, que por interés de saber lo que contenía.

Luisa la abrió al instante y al cabo de poco comenzó á palidecer: luego me pasó la carta diciéndome con voz turbada:

—Mira.

Yo leí lo que tanta turbacion le habia causado y sin duda no tuve bastante imperio sobre mí para ocultar la impresion que aquella lectura me produjo, porque al devolverla la carta ví los ojos de Luisa inundados de lágrimas. Temiendo una esplicacion sobre los asuntos pasados, de la cual solo podian resultar enojosos recuerdos para ella, aparenté no haber notado esas lágrimas, y me retiré del comedor.

Aquella carta era de la madre de Adelina con quien Luisa se escribe de cuando en cuando. Anunciábanos que su hija viene á Santiago con su marido á quien traen algunos negocios de importancia.

¿Querias saber de mi? Ya tienes, Pedro, una fiel relacion de mi vida hasta hoy. Ningun acontecimiento hallarás en ella ¡pero cuantos pesares encierra y cuantas esperanzas que no me atrevo á confesar—Tu afectísimo

Luciano.”

XIII.

“Querido Pedro:

Héme aquí nuevamente lanzado en la tempestuosa region de los amores; no en la de aquellos plácidos arrobamientos del alma, que despierta tímida de la infancia, representándose á la mujer como una divinidad de celestiales encantos y que recibe sus sonrisas como recibiría un devoto las del santo de su devocion: no en las de los amores entusiastas y desinteresados, que buscan sacrificios para ofrecerlo á los piés de su ídolo, y se sustentan de abnegacion, sin pedir á la mujer amada mas que la condescendencia de dejares adorar, alentando la perseverancia con triviales palabras que la imaginacion engalana con la poesia que de ella se desborda. Los amores que dominan mi existencia son los del hombre que ha pasado, por su mal, la dorada edad que llaman de las ilusiones; son esos amores ardientes, inmensos, que gravan en el pecho la imájen de una mujer con sus imperfecciones y pequeñeces; amores que no comprenden la sublimidad del sacrificio ni revisten á la mujer con las alas rosadas de los ángeles; que son tanto mas terribles cuanto mas se acercan á la realidad; amores inquietos y exigentes que remedan la humildad del esclavo, para conquistar el imperio despótico del amo; que acallan la voz del deber con insolente desprecio, que ahogan el grito de la conciencia con la febril agitacion de las locas esperanzas, amores, en fin, tempestuosos como el crimen, delirantes como la pasion y que nada respetan porque no reconocen mas ley que su deseo. En mi carta última te hablé de la felicidad realizada que me trajo el fastidio en medio de su apetecida calma; pues bien, ¡riete de mí! soy un nécio! la vuelvo á desear porque la he perdido; pero antes de juzgarme y pronunciar tu fallo óyeme, Pedro, tengo necesidad de un consejero, ó mas bien, te presento mi alma desnuda, porque necesito de los sofismas de la elástica moral que hemos practicado, para disculparme

una conducta que mi casi muerta lealtad me arroja como un sangriento reproche cuando estoy á solas conmigo mismo.

Durante los dias transcurridos desde la llegada de Adelina hasta la fecha en que te escribo, mi corazon ha pasado por todas las modificaciones del sentimiento, que podrian muy bien representar los distintos colores por que pasa el delfin, cuando viene á morir, arrancado por una mano estraña del elemento en que vivia. Pero mi corazon no ha muerto y aun le quedan tal vez muchas modificaciones que sufrir.

Adelina y su marido se encuentran hospedados en casa de una vieja tia, hermana de don Diego. Nuestra primera visita fué embarazosa para todos, menos para don José Dolores que nos recibió con una cordialidad, digna de mayor agradecimiento que el que yo le conservo. Luisa y Adelina conversaron con dificultad y yo busqué en vano en los ojos de Adelina algo que me indicase que el amor no há muerto en su pecho. Ella, adornada con su magnífica belleza, que eclipsaba la estudiada elegancia con que Luisa se habia vestido para aquella visita, no tuvo para mi ni desden ni particular atencion: hubiérase dicho que me veia por la primera vez. Esa glacial indiferencia habria bastado para despertar mi amor si los recuerdos no se hubiesen ya agolpado á mi mente, pintándome la felicidad perdida y la facilidad de rescatarla. Inútilmente dí pábulo á la conversacion para prolongar la visita, en valde busqué en las palabras de Adelina un reflejo de esperanza: la conversacion languidecia y las palabras que pronunciaba Adelina no hubieran podido ser interpretadas de dos modos por el espíritu mas ingenioso.

Un incidente inesperado me permitió juzgar del influjo que en tan corto tiempo ha cobrado Adelina en el ánimo de su marido. En un momento que yo me acerqué á una mesa para abrir un libro, mientras Luisa y Adelina conversaban de modas, don José Dolores se acercó á mí con ese aire bonachon y satisfecho del marido feliz.

—Espero, me dijo, que usted me habrá perdonado mis sospechas.

—Tanto que las habia olvidado, le contesté.

—No hay peor gente que los celosos, me dijo, y yo creía entonces que usted estaba enamorado de Adelina.

—¿Y se ha desengañado ya?

—Enteramente, puesto que usted se ha casado con otra, y que yo cada día soy más feliz.

—¿Porque usted es amado? me atreví á preguntar considerando la sencillez del personaje.

—Como no, me dijo sonriéndose con satisfacción, Adelina es la mujer más dócil del mundo y no hace más que mi voluntad.

Ya vez que don José Dolores se cree amado y ha llegado al ideal que se forjan ciertos hombres sobre el matrimonio, aspirando á una incontestable supremacía. Te confieso que al mirarle cuando me decía estas palabras y al contemplar á su mujer, embellecida durante el tiempo en que no la he visto, no pude menos de compadecer al buen marido que cifraba su dicha en dominar á una mujer á quien debía contemplar de rodillas. Además, pensé, de todas las dominaciones ninguna más peligrosa para el amor que la de don José Dolores: hay en los ojos de Adelina ciertos destellos que anuncian la superioridad de su alma y que solo pide un campo para lanzarse en busca de sus aspiraciones. Ese campo lo ha encontrado ya si permanece en Santiago por algún tiempo.

Así concluyó nuestra visita. A la vuelta tuve que manifestarme alegre delante de Luisa para disimular mi despecho. La indiferencia de Adelina me destrozaba el corazón, haciéndome maldecir la hora en que abandoné mi amor para venir á comprar mis deudas con el horrible sacrificio de mi libertad.—Tu afectísimo:

Luciano."

XIV

“Querido Pedro:

“He dejado de escribirte durante cuatro días porque la

ajitacion de mi espíritu me alejaba de toda confianza. Cuando el corazon rebosa de pena ó de alegria busca un desahogo en la confianza, pero cuando se ajita á merced de encontradas emociones y que el desaliento y la esperanza lo destrozan con su incesante vaiven, nada puede calmarlo porque la duda, roba al espíritu la tranquilidad y la expansion. El hombre, dicen, es el animal del hábito, y asi es la verdad, porque puede acostumbrarse á esa vida de ajitadas emociones como los marinos á dormir á dos pulgadas del abismo, creyéndose tan seguros como en tierra.

Me dices que debo ser feliz, cuando me callo, porque la dicha, sobre todo en amor, es esencialmente egoista. Te engañas, Pedro amigo, al racionar de este modo. Tan lejos estoy de la felicidad que ya no diviso su *pajizo techo cubierto de hiedras y de muzgo*; tan lejos que yo ni sé lo que podria dármele. ¿Seria el amor de Adelina, cuando tendria que traicionar á Luisa? Lo que hay de terrible, Pedro, en el contacto de la virtud, es que su ejemplo domina á los que, como yo, no han perdido entre los pliegues de su orgullo la nocion de lo justo y de lo bueno. Al lado de la angelical dulzura de Luisa, tengo conciencia, y es la conciencia la que me hace ponerme la pregunta que encierran esos interrogantes. Hace un año, en mi calidad de libertino, me hubiera reido de tan intempestivo escrúpulo y ahora es la primera idea que me asalta al pensar en Adelina.

Y pienso en ella á todas horas, Pedro, porque un amor ilícito tiene dos fuerzas poderosas, para escluir de la imaginacion toda idea que salga de su dominio; la fuerza del amor y del remordimiento. Ambas, combatiéndose, ocupan el alma sin cesar; con sus delirantes aspiraciones la una, la otra con su porfiada pesadumbre. Y el alma se agita entre ellas con un perenne afan, cayendo en la una por sustraerse á la otra; jirando en un círculo inflamado en el que, si nace la esperanza, quémala pronto el fuego del dolor, retorciéndose en la atroz pesadilla de la realidad; admirando la virtud sin tener fuerzas para practicarla y adorando el amor, cuando las leyes humanas y divinas la arrojan de su paraiso.

¿Quieres saber lo que me trae descontento y triste de este modo? Voy á decírtelo. Es la consecuencia de escenas sencillas; pero que han hecho latir el corazón á influjo de emociones violentas.

Luisa y yo fuimos al teatro el jueves pasado. Apenas me habia sentado en mi rincón del palco, sentí una fuerza irresistible que atraía mis miradas hácia un punto del frente. Adelina estaba allí con su tía y su marido. Su belleza llamaba la atención de gran parte de los concurrentes, que se preguntaban su nombre con avidez propia de los santiaguinos que, acostumbrados á ver siempre las mismas personas en los mismos lugares del teatro, sienten despertarse su curiosidad con el primer rostro desconocido que se presenta. Adelina justificaba, por otra parte, perfectamente esa curiosidad. La elegancia de su vestido y de su porte, la artística simetría de su peinado y hasta la elección de los colores de su traje y adornos, la hacían tomar por una mujer acostumbrada desde largo tiempo á nuestras grandes sociedades. Nadie hubiera sospechado que era la hija de una pobre familia de aldea, que solo tenía un vestido de seda para los domingos, en aquella jóven elegante y majestuosa, con miradas indiferentes, envuelta en las galas de la moda como si su cuerpo se hubiese desarrollado entre los encajes y los ricos tejidos. Recien conocí á Adelina, creo haberte dicho que estaba seguro que esa niña, transportada de repente á nuestros mas elegantes círculos, eclipsaría por su distinción y su gracia á cuantas la rodeasen, porque hay mujeres que nacen con el instinto de la elegancia, así como otras con vocación religiosa. Pues bien: mi pronóstico se ha realizado. Adelina triunfa de todos; resplandece como un planeta en medio de costelaciones secundarias; vence por su belleza, en la que se reúne la suave candidez de la juventud y la gracia fascinadora de los treinta años en la mujer bonita; tiene la tez, la frente, los labios de la infancia; con miradas de fuego, con un talle flexible, con párpados que arrastran el alma en sus movimientos, con la mágica atracción, en fin, de la mujer en cuyo rostro encuentra el espíritu ese misterioso magnetismo que im-

pone violentamente al pecho las mas ardientes pasiones.

Adelina contestó con frialdad á nuestro saludo y como si no se apercibiese de su triunfo.

¿Podré pintarte, ó tú comprender lo que pasó por mi durante el primer acto? No sé. Voy á ensayarlo.

Principié por decirme que habia sido yo muy torpe y muy miserable, despreciando por el oro el amor de aquella mujer, que ninguna otra podia mirar sin envidia, que ninguno podia contemplar sin turbacion. Luego me perdí en un abismo de estuñas é incoherentes ideas contemplándola y vino á mi memoria no sé como, la osadia con que Bothwell conquistó el amor de Maria Estuardo; la historia de aquel hombre que daba su vida por unas cuantas horas pasadas al lado de Cleopatra y mis locuras febriles, que me trasportaban con ella á las playas donde la habia conocido y me hacian jurarla un amor eterno, en un lenguaje desconocido de los hombres, y en el que cada palabra pintaba la inmensa pasion con que la adoro. Sé bien que todo el que ama sin esperanza se entrega á idénticos devaneos. Que importa! Eso era lo que yo sentia. Si tu no has amado de este modo, prostérnate ante Dios y dale gracias por su misericordia; pídele que haga circular tu sangre con la regularidad conque circula la de los que nacen virtuosos; pídele un corazon indolente y frio á una imaginacion bien modesta, que no vaya á cazar venturas mas allá del horizonte de una vida de prosa, de inocencia y sobre todo de paz. El hombre y la mujer, Pedro, serán siempre los personajes de un eterno drama, por mas que se empeñe el espíritu del siglo en reducir las acciones de la vida al estrecho recinto de un materialismo exajerado; por mas que sea moda la negacion de todo sentimiento que traspase los límites de las mezquinas ambiciones que ajitan á nuestros círculos sociales; por mas que la mujer quiera circunscribir su aspiracion al resplandor del lujo y que el hombre aprenda desde niño á considerar como ilusion cuanto sale de la esfera práctica y positiva de las diarias necesidades. Ambos se han de ver tarde ó temprano arrancados violentamen-

te de esa vida prosaica y casera y caerán palpitantes, esclavos del corazón, humillados por la fuerza despótica de un amor que por ventura han despreciado.

Al mirar á Adelina pensaba en todo esto y me resolvía á pisotear mis escrúpulos, dispuesto á seguir la inspiracion fatal de mi destino.

Terminado el primer acto, y aprovechando la entrada de algunas visitas á nuestro palco me dirigí al que Adelina ocupaba con su marido y su tia. ¿Creerás, Pedro, que temblé al abrir la puerta como un enamorado de quince años? Ya se vé: el amor es el único sentimiento que tiene el privilegio de rejuvenecer el corazón. Ese temblor involuntario, me hizo reconciliarme un tanto con mi desgracia, porque al menos podia volverme de cuando en cuando la frescura primera de sensaciones cuya pérdida nadie puede mirar sin sentimiento.

Entré y despues de saludar me senté al lado de Adelina. Imposible me fué dar principio á la conversacion. Habia entrado bajo el influjo de emociones tan violentas, que al verme al lado de ella, casi respirando su aliento, mi avidez por contemplarla me quitaba toda idea que saliese de la que en ese momento me absorbia. Si se hubiese tratado de hablar de amor muy facilmente habría salido del paso; pero era necesario buscar algunas de esas frases insipidas con que la sociedad ameniza sus pasatiempos, y hallar esa frase me parecia un problema insoluble. Ella rompió el silencio que reinaba entre ambos, mientras que don José Dolores conversaba con la tia.

—¿Y no piensa usted volver este año al puerto de...? me preguntó.

Fijate, Pedro, en esa conjuncion, que conservo en la memoria, y con la cual Adelina principiό su pregunta. Un loco encuentra por todas partes la idea que ha trastornado su cerebro. Un enamorado cree que todo se refiere á su amor.

Asi consideré yo esa conjuncion, con la que á mi juicio, Adelina unía nuestra vida pasada á la presente, evocaba re-

cuerdos de nuestro amor interrumpidos y pedia á mi corazón la corta historia de sus abundantes sufrimientos.

—¿Por qué me hace usted esa pregunta? la dije, ¿es por mera curiosidad, ó por que no seria indiferente á esa vuelta?

Adelina me miró como en la primera vez que la declaré mi amor.

—Por ambos motivos, me contestó, la presencia de los amigos es siempre agradable.

—Yo temia habar dejado muy mala impresion en su ánimo para que usted tuviese la bondad de llamarme su amigo, la dije, picado del desengaño que me daban sus palabras.

—¿Por qué? preguntó Adelina sonriéndose. ¿Tiene usted algo de que acusarse?

—No; pero sé que las apariencias están en mi contra y mi mayor felicidad seria justificarme.

—Para justificaciones es tarde ya, replicó ella jugando con su abanico.

—¿De manera que usted me condena sin oirme?

—No, al contrario, le absuelvo á usted sin defensa.

—Yo confieso que, sin embargo de que admiro su generosidad, me siento incapaz de imitarla.

—¿Eh? dijo ella mirándome con curiosidad, ¿y contra quien es la acusacion?

—Contra usted.

—A la verdad que me admira, y esto me hace recordar un adajio que usted debe conocer: “El ladron tras la justicia” dice nuestra gente del pueblo.

—Es que hay circunstancias en que puede haber cargos mútuos y esta es una de ellas: por esto queria primero justificarme del que pesa sobre mí para hacer los míos á mi vez.

—En tal caso, prefiero que usted se justifique.

Iba yo á hablar cuando don José Dolores se acercó á nosotros y adelantando su semblante entre risueño y avergonzado, preguntó:

—¿De qué hablan tanto ustedes?

Jamás voz humana me ha parecido mas desapacible.

Adelina miró indignada hácia la platea y yo oculté mi turbacion con una sonrisa.

—Con una mujer como la de usted nunca falta de que hablar, le dije.

Y me despedí desesperado con aquel contratiempo.

Apenas llegué á mi palco, Luisa manifestó deseos de retirarse. Dejamos el teatro y volvimos á casa silenciosos y preocupados. Ambos sufríamos sin atrevernos á romper el silencio, porque veíamos que desde ese instante un abismo profundo nos separaba.

Luciano''.

XV.

Luisa y Luciano hicieron silenciosos el camino del teatro á la casa que ocupaban. Al salir, un elegante *cupé*, tirado por una fogosa pareja de caballos blancos, se habia adelantado á la voz de Luciano. Luisa se arrojó á un rincon y el jóven se sentó á su lado. Sonó la puerta con estrépito y los caballos partieron á trote largo, haciendo saltar chispas del empedrado de la calle.

Luisa esperó algunos momentos á que su marido la dirigiese la palabra y disipase la profunda tristeza que oprimia su corazon; pero esperó sin fruto, porque Luciano, temeroso de entablar una esplicacion que le obligaria á mentir, guardó el mas obstinado silencio.

Llegaron á la casa y atravesaron los lujosos salones que les servian de habitacion. Habia un tristísimo contraste entre el aflijido rostro de aquella mujer y la riqueza de su traje, la vistosa decoracion de los cuartos que atravesaba, la alegria, en fin, que respiraba aquella mansion, en la que el gusto modernamente introducido en nuestra sociedad de alto tono, habia reunido los costosos muebles y cortinajes, los inmensos espejos y los adornos de las mesas con profusa y atinada liberalidad. La pálida frente de Luisa y el preocu-

pado rostro de Luciano se reflejaron en los espejos, como el de dos importunos huéspedes en un lugar destinado á la diversion y á la alegría. Llegaron así á una pieza contigua á la de dormir que servia para la tertulia cuotidiana. Al lado de un reloj colocado sobre la chimenea habia dos graciosas figuras de porcelana: un pastor y una zagala de risueños rostros, de rosadas mejillas, que parecian marchar á una fiesta tejiendo una guirnalda de vistosas flores. Esas figuras, que Luisa habia mirado muchas veces con indiferencia, cobraron de súbito á sus ojos un interés indecible: su imaginacion, por capricho muy natural en los que sufren, las miró como el símbolo de la felicidad que habia ambicionado para su amor; Luciano era tan bello como aquel pastor dichoso que fijaba una ardiente mirada sobre su amante ¿por qué no queria el cielo realizar tan venturosa alegría, cuando en su pecho latia un corazon apasionado y jóven? Esta idea pareció infundirla un instante de enerjia, en medio de su abatimiento.

Luciano arreglaba los tizones de la chimenea, haciendo con las tenazas el único ruido que turbaba el silencio de la pieza.

Luisa se acercó á él y apoyó una de sus delicadas manos sobre el hombro del jóven. Este alzó los ojos y vió las gruesas lágrimas que corrian por las mejillas de Luisa. Aquellas lágrimas, silencioso reproche de un alma tímida y amante, parecieron causarle un disgusto que el jóven dejó apenas retratarse en sus facciones.

—Siéntate aquí, dijo tomando á Luisa por la cintura y colocándola sobre una de sus rodillas: ese llanto me desespera ¿será preciso para que vivas feliz que nos aislemos de todo trato social?

Luisa ocultó su rostro, y apoyándolo sobre la cabeza de Luciano, que besó con pasion, como para hacerse perdonar su tristeza.

—Te aflijas sin razon, Luisa, prosiguió él, y tu espíritu se forja cada dia nuevos pesares.

—Es que no te veo feliz como deseo verte, dijo Luisa,

sintiendo renacer la calma en su pecho con las caricias de su marido.

—Aprehensiones, hija mia, replicó Luciano; no confundas la seriedad con la tristeza, porque me harás creer que soy causa de tu desgracia y esto sí que me quitará la alegría.

—Mi felicidad depende de tí, dijo Luisa, ahogando un suspiro; te amo tanto, que es necesario me perdones, si tengo miedo que despierten tus recuerdos.

Luciano se sentia avergonzado en presencia de aquel amor profundo que pedia perdon por su vehemencia y su sinceridad.

—¡ Ah! porque no la amo como debiera! pensó con amargura.

Veia que al lado de su mujer hallaria la mas perfecta felicidad, porque solo en su mujer podia encontrar los goces verdaderos que únicamente se alcanzan á la sombra de una conciencia tranquila. Pero sin embargo de esto y de temer las borrascas de otro amor robado á su deber, el jóven consideraba en su imaginacion la perspectiva de una vida sin emociones y hostigosa, comparada con las ardientes esperanzas que el reflujo de las miradas de Adelina habia despertado en su corazon!

—Bah! esclamaba despues que Luisa se habia consolado, el tiempo decidirá.

Estas palabras pintan la lucha que el irresistible influjo del amor puro de Luisa y los instintos mal apagados del libertino, trababan en el pecho de Luciano despues de aquella escena doméstica. En ellas iba contenido el temor del hombre á quien la voz de la conciencia principia á hacerse oír; pero no tan alto que sofoque la del corazon entregado por largo tiempo á su albedrio.

Adelina y su marido se habian retirado silenciosos tambien despues de concluida la representacion. La imaginacion de ambos iba preocupada por ideas que se referian á las mismas personas: Adelina pensaba en el amor de Luciano que, segun su creencia, Luisa le habia arrebatado y don-

José Dolores, en que muy bien podrian haberle engañado sobre el espíritu de las cartas que habia sorprendido entre su mujer y Luciano. Trabajado el espíritu por aquella idea, y sin la suficiente prudencia para disimular, don José Dolores dijo á su mujer, que á la sazón arrojaba sobre una mesa los guantes que aprisionaban sus lindas manos.

—¿Y de qué hablabas tanto con Luciano?

—De mil cosas, contestó con disgusto Adelina, ¿no quieres que me vaya ahora á acordar de todo lo que he hablado en la noche?

—No creo que te costaria mucho por lo entretenida que parecias.

—Es decir que tu quieres que no responda cuando me dirijan la palabra.

—No digo eso; pero cuando lo que se habla no tiene nada de malo, bien puede contársele á cualquiera y con mayor razon á un marido.

—Es decir que tú supones ya que entre Luciano y yo teníamos una conversacion que no puedo referir sin rubor.

—Nó, yo no supongo y te preguntaba solo por saber.

—Ahora estoy incómoda para esta discusion, dijo Adelina, y aborrezco la jente celosa.

—Es el modo que tienen todas para salir del paso, pensó don José Dolores; pero á mi no me engañan asi no mas.

Adelina se acostó pensando en las palabras de Luciano y don José Dolores en encontrar algun medio de saber de que pensaba su mujer.

XVI.

“Querido Pedro:

Los dias pasan con asombrosa rapidez para el que vive bajo el imperio de una pasion. Asi han pasado para mí desde la última carta que te he escrito. Ciertó que llenaria de admiracion á un hombre que ignorase lo que á nosotros nos subyuga con el nombre de amor, si le contasen lo que sucede

á cada instante entre los hijos de la moderna civilizaci3n, que blasona de positivista en su orgullosa miseria. Un hombre, le dirian, aspira á la riqueza y la obtiene; es orgulloso y tiene para satisfacer su orgullo una mujer que mira como leyes sus caprichos y una corte de adaladores que rinden culto á sus prodigalidades y locuras; ese hombre lleva los dos centros del mundo, belleza y dinero. Todos envidian su felicidad. Pues bien, nada de eso le satisface porque siente en su pecho un inmenso vacio y en su imaginaci3n un deseo incesante y se halla pronto á despreciar esa riqueza que ambicionaba como el supremo bien, y esa mujer que obedece sus caprichos le importuna y le importunan tambien los que halagan con lisonja su vanidad. Y todo esto ¿porqué? Porque está enamorado, y una mujer, una sola es el objeto de sus aspiraciones. Esta, Pedro, es mi historia, que seria incomprendible para el que ignorase lo que hay de caprichoso y fantástico en un alma entregada por largo tiempo á los refinados desarreglos de nuestra vida civilizada. Por momentos, todo desaparece para mi, ante la imájen de Adelina. Al contemplarla vuelven á mi pecho las diáfanas ilusiones de la adolescencia; late en mi corazon como la tierra en su primer amor y nacen en mi fantasia las aspiraciones castas y puras de los primeros años. ¡Mas, ay! cuan pronto torna mi conciencia á la realidad de la situaci3n! y cuan pronto tambien, tras las tempestuosas pasiones de un amor ilícito, aparece la amarga desesperaci3n de un arrepentimiento sin virtud! Esta vida, Pedro, es una tortura y esta tortura es insufrible! Al peso de sus dolores ha perdido ya mi pecho su alegre filosofía. ¿Que mas puedo decirte? En medio de las ocupaciones de una vida consagrada al trabajo, muy difícilmente comprenderás, los pesares de mi opulenta miseria.

Te hablé de la rapidez con que pasan los dias para el enamorado. Quince han trascurrido desde mi última carta hasta la presente. En esta vida los acontecimientos se suceden y las reflexiones que de ellos nacen consumen el tiempo sin que podamos llevar cuenta de su curso. Cada incidente es un acontecimiento de alta importancia. Una mi-

rada, la inflexion de la voz conque Adelina contesta á una pregunta mia, el vago sentido de una frase interpretada por el corazon sediento de amor, son hechos en que el alma concentra su energia prestándoles la importancia que el espíritu busca al meditarlos. En noche pasada asistí á una tertulia á la que Adelina estaba convidada. Al entrar recorrí el salon con el corazon palpitante como el de un muchacho que vá á bailar por primera vez. Adelina no habia llegado aun. Apoyado en el umbral de la puerta del salon, dejaba vagar mi vista indiferente sobre la concurrencia, cuando sentí el ruido de un traje de mujer detrás de mi: ¡era ella! Pasó haciéndome un cariñoso saludo y atravesó la pieza en medio del murmullo de admiracion que su belleza arrancaba á los que la vieron entrar. Mas de una mujer, sin duda, debió palidecer ante la espontánea admiracion pintada en el semblante de los hombres, que al instante la rodearon. En tan corto tiempo, ha eclipsado á las mas remontadas bellezas de nuestros círculos elegantes. Si Luisa hubiera asistido á ese baile habria sufrido mucho, pues yo no pude ocultar la impresion profunda que la hermosura de Adelina me causaba. Ya te lo he dicho y te lo repito: esta mujer vá realizando todos mis pronósticos. Su elegancia y su gracia harian decir que es una de esas criaturas privilegiadas nacidas en medio del lujo, tal es la encantadora conque pone en realce las ideales perfecciones de su persona con el auxilio de una elegancia innata y sorprendente. ¿Donde encuentra el secreto de esas miradas que caen en el pecho como una lava ardiente? No lo sé, ni tampoco el de esos movimientos llenos de majestad que encadenan la mirada, ni esas maneras, hijas del refinamiento, conque la mujer parece rodearse de una aureola para engalanar su belleza.

Pocos momentos despues de su llegada, uno de esos mozos que cifran su felicidad en bailar con las mujeres bonitas, aun cuando jamás se les haya ocurrido nada de agradable que decirles, la sacó á bailar. Y su talle de sílfide fué oprimido por una mano profana, la mano de un lechugino

encrespado como un arcángel de procesion. Pedro, si algun dia te enamoras, nunca lo hagas con una mujer bonita y elegante, á la que cada pisaverde se cree con derecho de poder estrechar la mano en una cuadrilla; porque si sufres en ese momento como yo, sufrirás Pedro, como un condenado. Por fin, terminado el baile pude acercarme á ella y para hablar con mas libertad la ofreci el brazo. ¿A que transcribirte nuestra conversacion? Fué como casi todas las que he tenido con ella. La hablé, admirate de esto, porque lo hice de buena fé, la hablé de mi amor desinteresado y puro, de la necesidad de remediar el mal á que el destino me habia arrastrado, por medio de las celestes felicidades de un amor ideal, en el que solo nuestras almas fuesen cómplices de tamaña ventura. Ella pareció comprenderme y convenir conmigo; pero cuando acaso iba á formular claramente una respuesta que yo exigia, don José Dolores se presentó como la sombra del remordimiento y dejó cortada nuestra conversacion. Despues, durante toda la noche, hice inauditos esfuerzos para reanudarla; pero todo fué inutil: su marido estaba á su lado á todas horas, y ha vuelto, segun parece, á sus antiguos celos.

Al volver á mi casa, en el camino, repasaba en mi memoria las palabras de Adelina, buscándoles un sentido que respondiese á mi pasion, con una proligidad análoga á la de los mineros que xaminan una colpa de metal con su lente, cifrando sus esperanzas en cada punto luminoso de la piedra. Pero esos devaneos pueriles del enamorado cesaron apenas pasé el dintel de mis habitaciones: Luisa, pálida y abatida, me esperaba fingiendo leer. Sus dolores se hallaban pintados en la timidez de sus mejillas, en el cárdeno círculo que rodeaba sus ojos, en el completo decaimiento de toda su persona. ¿No era esto solo un reproche amargo de mi conducta? ¡Ah, mil veces he pedido al cielo que arranque de mi pecho mi desastrado amor para expiar á los piés de Luisa los pesares á que la condeno!

—¿Porque no te has acostado? la dije con un tono de

ternura que hizo á Luisa alzar sus abatidos ojos, en los que por un momento brilló un rayo de esperanza.

—Quería esperarte, me dijo estrechando con cariño una de mis manos. ¿Como ha estado el baile?

En mi respuesta traté de evitar lo que concernia á Adelina; pero ese nombre vagaba en el espacio de la pieza en los intervalos de nuestro silencio, y se ajitaba en el espíritu de Luisa como una curiosidad celosa y en el mio como un remordimiento.

Así terminan casi todas nuestras conversaciones; por un silencio tristísimo que parece aumentar cada dia la profundidad del abismo que nos separa, cuando estamos ligados para siempre.

Juzga, despues de esto, si soy feliz, como pareces creerlo por lo que me dices en tu carta. Toda esclavitud es una horrible desgracia; y yo, Pedro, soy esclavo de mi corazon porque amo á pesar mio.

Luciano''.

XVII.

Las escenas del sombrío drama doméstico que se desarrolla en la vida de los matrimonios donde falta el amor, carecen de peripecias inesperadas que puedan despertar la curiosidad de los lectores, si bien abundan en rasgos característicos que encierran profundas lecciones de provechosa trascendencia para el que las estudia en sus variadas modificaciones. Además, esos rasgos varían al infinito en cada caso, porque al infinito varía también la índole, carácter y tendencia de los actores que concurren á su formación. Entre Luciano y Luisa, el drama desarrollaba lenta y gradualmente sus melancólicas escenas, mientras que entre Adelina y don José Dolores, la naturaleza vulgar y prosaica de este daba á cada accidente el sello de un personalismo y de su inculpa naturaleza. Luisa y Luciano, con una mirada, con algunas palabras, se lanzaban á las dolorosas regiones de un

sentimiento desgarrador, al paso que don José Dolores, atacando á su mujer con la brusca franqueza de sus celos, era rechazado por la enérgica argumentacion de Adelina y volvía nuevamente á estrechar los lazos de su esclavitud y de su amor. En ambos casos, como se vé, los resultados eran idénticos con tan diversos medios: Luisa leía en los ojos de Luciano los combates de su alma y sentía crecer su amor á medida que veía alejarse el de su marido: don José Dolores redoblaba de cariño hácia su mujer cada vez que esta le persuadía de la necedad de sus sospechas, y todos, en esa lucha, se sentían desgraciados, sin tener fuerzas para romper violentamente tan angustiosa situacion.

Luciano, entretanto, desesperado por la constante vijilancia de don José Dolores resolvió apelar al eterno recurso de los amantes contrariados y escribió una carta que entregó él mismo en manos de Adelina, durante un momento de distraccion de su marido. Adelina contestó como habia contestado en sus conversaciones con el jóven sin atreverse á confesarle que le amaba; pero sin desesperarlo tampoco. En el alma de la jóven luchaban su amor por Luciano y los santos preceptos de virtud que las escenas y consejos del hogar doméstico habian inculcado en su corazon. Ninguna mujer, ademas, quebranta por primera vez los castos temores de su conciencia y el natural instinto de su nativo recato, sino arrastrada por circunstancias que turban su razon hasta esclavizarla al hombre que ama. Adelina, bien conmovida por el ardiente lenguaje de la carta que leyó, tenia el apoyo de la soledad que rara vez niega á la mujer alguna noble inspiracion, mientras casi siempre para el hombre es un fatal consejero. Al lado de la mesa en que escribió su contestacion á Luciano, vagaban la imájen de su madre, implorando para ella la proteccion de Dios y el adusto ceño de su padre se retrataba en su memoria, evocando en su pecho los inolvidables temores que la excesiva severidad de los padres deja en las imaginaciones impresionables. Adelina se abstuvo de descubrir el fondo de su corazon por virtud y por miedo, obs-

táculos que en su primera cita con Luciano habian desaparecido, porque entonces era soltera, y al fin de aquella entrevista divisaba el matrimonio con un hombre de una belleza incontestable, rodeado tambien con el prestigio de la elegancia y la riqueza que raras veces deja de deslumbrar la imaginacion de una niña. Esa virtud y ese temor no fueron, sin embargo, bastante poderosos para borrar de su carta la frase siguiente que pinta los combates de su voluntad y de su amor: “Tendré la fuerza suficiente para desterrar de mi memoria el recuerdo de un amor que no puedo alimentar sin ofender á Dios; y trataré de no acusar á nadie de la pérdida de mis esperanzas, pues no creo hacerle una confesion nueva para usted al decirle que el despecho me hizo obedecer á las exigencias de mis padres, que muy bien habria podido evitar antes de conocerle á usted; como hasta entonces lo habia hecho”.

La mujer alegre, ambiciosa y resuelta desaparecia en aquella frase, donde se retrataba la ingenua melancolía de un alma que toca en sus primeras creencias con la amargura de los desengaños. Luciano halló á esos renglones, el presagio de su victoria y comentó á su sabor cada una de sus palabras, acusando al destino de haberle arrebatado la ventura de unir su suerte á la de Adelina. Pocos dias despues escribia á su amigo transcribiéndole la parte de la carta que hemos citado:

“¿No son esas palabras las promesas de una inmensa felicidad? No hallas adorable este corazon de niña que cree encontrar en su virtud la fuerza de acallar la voz de su primer amor, sin saber que la huella que este traza en el alma solo puede borrarla otro mas poderoso? Esa esperanza, Pedro, me ha vuelto con su mágia la alegria perdida y héchome casi olvidar que al acariciarla puedo destrozar otro corazon igualmente amante, pero que por mi mal no despierta en mí mas que compasion y agradecimiento. Las tardías lecciones de la experiencia, me traen á veces un amargo desconsuelo, porque me estrello en mis reflexiones con la posibilidad de

remediar el mal, y maldigo mil veces las perniciosas costumbres adquiridas en el ocio de la vida elegante, que, cuando era tiempo aun, me quitaron la fuerza de aceptar la pobreza y una vida laboriosa buscando el valor que me faltaba en el amor de Adelina que era pobre tambien. Pero ¿que hacer? Renunciar á todo, me dirás, y buscar en el cumplimiento del deber la satisfaccion y tranquilidad de mi conciencia. Tu eres virtuoso, Pedro, y el cielo te ha dotado con una de esas organizaciones tranquilas, que caminan por la senda del bien sin esfuerzo ni dificultad. Yo creo, como Campoamor, que la virtud es en gran parte como él dice: "cuestion de temperamento". Pide al corazon indómito que no acelere sus latidos, inundando el cerebro con oleadas de encendida sangre; ordénale, si puedes, que no reciba y aumente el fuego que los ojos enamorados van á buscar en la mirada lánguida de la mujer que adora; reprime su poder, porque agitándose asi, turba el espíritu, acalla la conciencia, y encadena la voluntad con fuerza irresistible: si esto fuese posible á cada cual, no tardarian tanto los siglos en producir hombres que mereciesen la pluma de la santidad. ¡Y el tiempo de los santos ha sido!

Quiero buscar la causa de mi mal en mis primeros años y la encuentro tambien. Ah! los padres que gastan el vigor de sus mejores años para legar á sus hijos una fortuna y no el amor al trabajo, no piensan en que con esa herencia les dejan tambien abierta la senda de los vicios; no saben que el fruto de su afan y de sus nobles economías será mas tarde el lujo con que engalanen su orgullo sus indolentes herederos; no calculan que haciendo felices hacen tambien ingratos y que el recuerdo de sus modestas virtudes lo ahogaron en el pecho de sus hijos las voces de la vanidad satisfecha. Yo heredé sesenta mil pesos. Al tender mi vista sobre la sociedad, ví lo que todo hombre de observacion divisa en ella: dos bandos. El uno de los elejidos, que pasea su vanidad en lujosos carruajes, que se abre paso por medio de los escollos de la vida conquistando triunfos é imponiendo á los demás los

caprichos de su espíritu y haciéndose tolerar sus necesidades en gracia de sus pesetas: el otro, el de los desheredados, gastando tesoros de laboriosidad y de constancia para poner sus viejos años á cubierto de la miseria, con aspiraciones nunca satisfechas y esperanzas que, como la tela de Penélope, es preciso tejer de nuevo cada día con admirable paciencia. Para los primeros, el amor, el bien mas preciado de la juventud, es las mas veces un pasatiempo, un nuevo relumbron que añaden á la librea de su lujo. Para los segundos es casi un sueño, que si llega á realizarse, pronto lo rodean los sombríos cuidados de las necesidades materiales. El amor no prodiga sus dones sinó á los muy ricos ó á los muy bellos: mi herencia fueron fortuna y belleza. Debía pues fatalmente, ceder á mi destino de hombre feliz.

Tras esas dichas vinieron las deudas, y yo carecia de fuerzas para trabajar. Ya ves mi historia, Pedro, mal puedo vencer mi amor por Adelina si no supe encontrar la energia de librarme de la esclavitud de un matrimonio especulativo. Me hago fatalista y ato mi conciencia con este dogal: "asi estaba escrito". ¡Qué haremos si murmura!

Armado con resolucion asistiré á un paseo que uno de nuestros amigos dará dentro de pocos dias en una quinta vecina de Santiago y á la que he hecho convidar á Adelina. Muy adversa me será la suerte si no encuentro la ocasion de hablar á solas con ella durante algunos instantes. Tu afectísimo:

Luciano".

XVIII.

Luciano solo habia citado un párrafo de una de las cartas de Adelina sin hablar de las otras, porque ese párrafo era el que mas asidero presentaba á su esperanza. Pero la correspondencia pasaba de una carta, y las sospechas de don José Dolores, que vijilaba á su mujer en cuanto los negocios que le habian traído á Santiago lo permitian, habian

comenzado á despertarse sobre aquella correspondencia. De todos los celosos, quizá los mas vulgares son los que mas á menudo descubren la realidad, porque descienden á mas mezquinas pesquisas. Don José Dolores notó la disminucion de los pliegos de papel que habia en el escritorio y no descuidó tampoco de apelar al ingenioso medio que don Bartolo de Beaumarchais empleaba para descubrir la correspondencia de Rosina; pues cada vez que volvía, tenia especial cuidado de observar con disimulo los dedos de su mujer en los que la traidora tinta habia dejado su rastro acusador. Mas esto bastaba apenas para formular una sospecha, y don José Dolores necesitaba pruebas. Conocia además que formulando sin ellas sus cargos, Adelina se reiria de la acusacion y acabaria por convencerle de que existia en el escritorio mas papel que el que personalmente habia inventariado.

Cuando llegó á manos de Adelina el convite para el paseo de que Luciano hablaba en la carta que precede, don José Dolores quiso poner algunas objeciones que su mujer desbarató con el ascendiente que sobre él ejercia. Vencido como siempre, el marido fijó en su imaginacion un nuevo plan y esperó el día del convite al que acompañó á su mujer, que habia tenido el talento de hacerse comprar por él mismo un vestido que debia competir con los de las mas afamadas elegantes de la capital.

El día anterior, en casa de Luisa, habia tenido lugar una escena que caracteriza muy bien el espíritu de cierta clase de relaciones sociales y que influyó directamente en el desenlace de esta historia. Luisa se hallaba leyendo en su salon cuando entró una de sus amigas que la estrechó entre sus brazos y besó sobre la frente con un cariño casi fraternal. Muy pronto, esta amiga hizo recaer la conversacion sobre el paseo.

—¿No piensas ir? preguntó á Luisa.

—No, dijo esta; mi salud no está nada buena.

—Pobre Luisa, dijo estrechando sus manos, tú no eres feliz.

—Qué locura, replicó ella ruborizándose ¿por qué no he de serlo?

—Es cierto que Luciano visita mucho á la provincianita? preguntó la otra con maliciosa sonrisa.

—Cierto, contestó Luisa con la muerte en el alma; pero haciendo un esfuerzo para ocultar su turbacion, hemos tenido mucha amistad con ella en el puerto de... y es una niña excelente.

—Dicen que estará mañana elegantísima en el paseo; vengo de casa de madama Gerard y allí he visto un vestido que la están concluyendo. Es precioso.

La señora que decia estas palabars, fijaba sobre Luisa una mirada investigadora, como estudiando en el semblante de su amiga el efecto que ellas producian.

Al despedirse la besó nuevamente, diciéndole al atravesar el patio de la calle:

—Está celosa y no faltará.

Al mismo tiempo Luisa llamaba á una de sus criadas y pasaba una prolija revista á sus vestidos.

Cuando Luciano llegó á comer, ella la anunció su determinacion de asistir al paseo.

Al dia siguiente Luisa y Luciano llegaron á la quinta donde tenia lugar el convite, pocos instantes despues que Adelina y su marido. Luisa sintió un profundo pesar al ver la belleza de Adelina, realzada con un traje de primoroso gusto: su amor y su vanidad de mujer eran heridos á la vez por la insolente belleza que ostentaba su rival con apariencia de una encantadora modestia. El saludo entre las dos jóvenes fué ceremonioso y casi glacial, lo mismo que el que Luciano y don José Dolores cambiaron entre ellos.

La libertad que reinaba en esta clase de paseos, de los que se destierra en gran parte la etiqueta de los salones, permitió á Luciano ofrecer su brazo á Adelina, despues de una abundante mesa de once, en la que los convidados habian apurado sendas copas de escojidos licores para llamar la alegria que rara vez acude al hombre sin el auxilio de espirituosas libaciones. La pareja dirijió su paseo por una ca-

lle de sauces que atravesaba una espesa arboleda. Durante algunos momentos, ambos caminaron silenciosos. Luciano sentia que le faltaba en aquel momento la osadia que habia adquirido en su vida de amorosas conquistas. La verdadera pasion rodea de tal prestigio á la mujer amada que aun en el corazon de un libertino hace nacer los invencibles temores que asaltan á los jóvenes en su primera declaracion amorosa. Asi es que, llegados casi al fin de la calle de árboles que recorrian, Luciano no hallaba aun palabras con que romper aquel silencio.

—Nuestro paseo, dijo sonriéndose Adelina, para ocultar la visible turbacion en que estaba, lleva trazas de tomar proporciones alarmantes de sentimentalismo.

—Tiene usted razon de reirse, contestó Luciano, porque así descarga sobre mí la responsabilidad de un silencio que usted motiva.

—¡Yo! exclamó Adelina con admiracion. Por qué?

—Porque solo de usted depende que nuestra conversacion sea muy animada, replicó Luciano. Hágame usted ver que la han faltado las fuerzas que usted invoca en su última carta para olvidar mi amor, y me verá usted muy lejos de ese sentimentalismo que parece temer tanto.

—No, le engañaria á usted: estoy resuelta á cumplir con mi deber.

Luciano sintió que la sangre se le agolpaba á las mejillas, al ver estrellarse su orgullo ante la fria voluntad con que Adelina anteponia su deber á su amor; y Luciano, como todos los hombres en general, creia que á la voz del corazon debian desaparecer los escrúpulos de la conciencia.

—Diga usted mas bien que jamás me ha amado, exclamó con despecho.

—Tambien le engañaria, replicó Adelina.

—En ese caso, repuso el joven, usted es cruel, y me hace pagar muy cara una falta de que soy inocente. Si en lugar de dejar asistir á Luisa á la cita en que yo la esperaba á usted, me hubiese prevenido de lo que sucedia, mi actual si-

tuacion seria muy distinta; me creia burlado y esto me perdió.

—Nada se puede remediar ahora, dijo Adelina; ¿cree usted que yo soy feliz? Sin embargo, conozco que no conformarme con mi suerte, seria aumentar mi desgracia.

Luciano insistió sobre su amor y quiso probar que aun podian ser felices á despecho de todos.

—¿Somos nosotros responsables, dijo, de un error del destino y debemos conformarnos con sufrir eternamente porque la suerte nos ha alejado cuando nacimos para amarnos? Por mi parte, añadió fijando sobre Adelina una mirada que la niña no pudo arrostrar sin bajar la vista, nunca me he dejado vencer por la casualidad y menos ahora que poseo su amor, me resignaria con mi suerte. El mundo además, no vale la pena de un solo sacrificio, porque nada nos daria en cambio de nuestra pretendida virtud. Para mi, la ley suprema por ahora es mi amor, y siento que jamás acabará porque usted es la única mujer por quien lo haya verdaderamente sentido.

Mientras Adelina y Luciano conversaban de este modo, don José Dolores se habia acercado á Luisa que hablaba distraidamente con una de sus amigas.

—¿Dónde ha dejado usted á Adelina? le preguntó Luisa cuando se acercó don José Dolores, mirando en todas direcciones.

—Creia que estaba con usted, dijo, la dejé por aquí hace pocos momentos.

—Deme usted el brazo y los buscaremos, dijo Luisa, sin fijarse en que solo se habia hablado de Adelina y que ella siguiendo en alta voz sus reflexiones, hablaba al mismo tiempo de su marido.

—Señora, dijo bruscamente don José Dolores, muchos deseos tenia de hablar con usted.

—¿Conmigo? ¿y sobre qué? preguntó Luisa?

—Sobre un asunto que nos toca á los dos.

Las facciones y el acento del marido de Adelina tenian

una estraña espresion. Sus celos, largo tiempo indecisos, hallaban por fin una ocasion de estallar y daban á la voz de don José Dolores un tono de rabia que él no trataba de disimular. Como Luisa seguia en silencio esperando que esplicase sus palabras, continuó:

—Su marido y Adelina nos engañan, señora sépalo usted, si hasta ahora no lo ha notado.

Luisa sintió una repugnancia invencible en hacer causa comun con aquel hombre en su desgracia. Su noble corazon la dijo que habia mas dignidad en sufrir en silencio que en confiar sus pesares á una alma enteramente estraña á la suya.

—No sé lo que usted quiere decirme, contestó.

—Ya le digo; si usted no lo sabe, sépalo ahora; su marido y mi mujer nos engañan.

—Con ese temor no comprendo porque permanece usted aun en Santiago.

—Ojalá no tuviese todavía algunos negocios que despachar y que me ofrecen una buena ganancia: ya me habria ido.

Ante aquel egoismo campesino que arriesgaba la tranquilidad con la expectativa de algunas ganancias materiales, Luisa casi dió la razon á Adelina.

—Pero ya le he escrito á su padre, continuó don José Dolores. Entre tanto usted podria remediar el mal.

—¿Yo? preguntó Luisa.

—Sí, usted, pues, dándole celos á su marido, usted veria como se enmendaba.

Luisa miró á don José Dolores con admiracion y desprecio.

—Es decir, que yo debia, para calmar las inquietudes de usted, jugar mi reputacion y mi honor; vamos, confiese usted que su razon no está buena. Si para esto queria usted hablar conmigo, ya puede dar por resuelta la cuestion. Mi marido me ama, y si asi no fuere, tendria bastante dignidad para no recurrir á tan bajo arbitrio con el fin de mendigar su amor.

Pocos instantes despues que Luisa habia dicho estas pa-

labras, á las que don José Dolores no hallaba respuesta, Luciano y Adelina desembocaron por la entrada de la calle de árboles que recorrían y se hallaron frente á frente de Luisa y su compañero. La turbación que se pintó en el rostro de Adelina, fué para su marido un nuevo indicio que confirmaba sus sospechas.

—Ah! ustedes andan por aquí, exclamó con el aire estúpido del hombre dominado por una idea fija y que quiere aparentar que piensa en otra cosa.

—Lo mismo que ustedes, señor don José Dolores, contestó Luciano con la mayor sangre fría.

En valde Luciano, con su impasible aplomo, procuró entablar una conversacion que desterrase la tristeza que se pintaba en el rostro de Luisa, la turbación que acusaban las facciones de Adelina y el sombrío ceño de don José Dolores. Los cuatro siguieron andando silenciosos, pronunciando apenas una que otra de esas frases cortadas que aumentan el embarazo de una situación espinosa.

Dirijiéndose así hácia las casas de la quinta donde se hallaba la mayor parte de los convidados. Al llegar al corredor, Luisa sostuvo con noble entereza el fuego de miradas curiosas y malignas que se fijaron sobre ella. Hay ciertas desgracias que, lejos de compadecerlas, la sociedad encuentra en ellas un manantial donde calmar su sed de novedades y de hipócrita conmiseración. La desgracia de Luisa era de esta clase; su fortuna la colocaba á bastante altura para ser el blanco de la envidia de sus mejores amigas. Su union con Luciano, uno de los más admirados elegantes de la alta sociedad, la hacia naturalmente el objeto del odio de más de un femenino corazón, que habia latido de amor por el bello calavera, á quien las complacencias de muchas bellezas habian mimado desde temprano. Cuando Luisa se adelantaba dando el brazo á don José Dolores, las conversaciones entraron en plena y refinada malediscencia.

—De valde dicen que la plata dá la felicidad, murmuraba una mujer jóven y bonita al oído de otra que se hallaba á su lado.

—Luisa cometió la locura de casarse con un hombre que no la amaba, por la vanidad de tener el marido mas buen mozo de Santiago, decia por lo bajo una de las antiguas queridas de Luciano.

Al mismo tiempo se pasaba á la crítica de otra pareja.

—Apenas se conoce que es provinciana, decia una mujer elegantemente vestida mirando á Adelina.

—La pobrecita, exclamaba otra, no tiene la culpa de no querer á su marido: ¡si es tan feo! La culpa es de los padres que la casaron con ese huaso.

—¿Y se le puede entonces disculpar que quiera á Luciano porque es tan buen mozo? preguntaba la persona á quien se dirijieron estas palabras.

Todas estas observaciones, y muchas que omitimos por creer bastante delineado con ellas el espíritu de desapiadada crítica con que la sociedad persigue á los que descuellan por cualquier circunstancia, eran sospechadas por Luisa y por Luciano á pesar del disimulo con que cada cual trataba de hacerlas. Las dos parejas tomaron asiento y parte en las conversaciones de los demas convidados. Luciano fijaba de tiempo en tiempo su vista en Adelina cuando creia distraida la atencion general, pero el obstinado empeño con que don José Dolores observaba sus menores movimientos, acabó por desalentarle y hacerle abandonar el puesto que ocupaba. De allí se dirijió á una pieza que servia de escritorio al dueño de la quinta, y despues de cerrar la puerta para no ser sorprendido por algun curioso, tomó pluma y papel y escribió lo siguiente:

“Adelina: nuestra conversacion fué desgraciadamente interrumpida cuando usted iba á devolverme la esperanza. Una sola palabra diciéndome que no me engaño al pensar así me hará feliz, y si cabe, mas dispuesto á sacrificarle todo por su amor. Esperaré mañana su respuesta.—*Luciano*”.

Despues de cerrar el papel, el jóven volvió al lugar en que habia dejado á Adelina y espió el momento propicio para entregárselo. Pero ese momento tardó mucho en presentarse. Vino la hora de la mesa en que fué imposible á Luciano

acercarse á Adelina, y tras la comida llegó pronto la hora de retirarse. Hubo un momento en que casi todos los hombres se dispersaron en busca de los chales, pañuelos, abanicos y quitasoles de cada una de las señoras que habian acompañado, don José Dolores dejó el puesto que ocupaba al lado de su mujer y entró en una pieza, Luciano creyó llegado el momento, y acercándose á Adelina puso en sus manos la carta que conocemos, diciéndola:

—Es una pregunta que no tuve tiempo de hacer á usted esta mañana.

El movimiento fué ejecutado por Luciano con bastante habilidad para no ser visto por ninguna de las personas que por allí estaban: mas desde la ventana del cuarto donde don José Dolores acababa de entrar, este vió la carta y observó que Adelina la guardaba en el bolsillo de su vestido. Cuando volvió al corredor, Luciano se habia retirado ya, muy satisfecho de su destreza y Adelina luchaba con su turbacion para ocultar su reflejo en sus facciones. Don José Dolores la pasó un quitasol que habia sacado de la pieza de donde acababa de salir y despues de despedirse de los dueños de casa se retiró con ella y la mayor parte de los convidados.

XIX.

En el camino, don José Dolores habló de distintas cosas, sin manifestar en nada el furor que se habia apoderado de su alma con la certidumbre en que se habian cambiado sus sospechas, de modo que Adelina le creyó ignorante de lo que acababa de suceder. Don José Dolores esperaba destruir los temores que su vijilancia en el paseo hubiesen hecho nacer en el espíritu de Adelina y hacerla con esto abandonar las precauciones que esperaba que ella tomara para ocultar la carta que acababa de recibir. Mas sus cálculos á este respecto salieron fallidos, porque Adelina, en vez de dejar la carta en el bolsillo del vestido, como él lo esperaba, sacó una llave que guardaba en ese bolsillo y abriendo un cajon de un mueble que servia de escritorio, ocultó la carta, mien-

tras que su marido se desnudaba aparentando la mayor distraccion. Viendo desvanecerse su esperanza y juzgando con razon que Adelina ocultaria aquella llave en donde él no pudiese tomarla durante su sueño, don José Dolores se avalanzó hácia el escritorio que Adelina cerraba en ese instante. La jóven cerró el cajon precipitadamente y ocultó la llave.

—Necesito esa llave, exclamó don José Dolores, dejando estallar la cólera que le cegaba.

—¿Para qué? preguntó Adelina, queriendo aparentar disimulo con un tono de admiracion que podria haber producido el resultado que ella esperaba en otra circunstancia.

¿Qué has guardado en ese cajon? replicó furioso don José Dolores.

—Una lista que tenia en el bolsillo.

—No, no es una lista; es una carta que Luciano te entregó antes de salir de la quinta.

Adelina se desconcertó ante aquella acusacion que no tenia medio de evadir, y permaneció en silencio.

—¿Me entregarás la llave? preguntó impacientado el marido.

—No, fué la respuesta de Adelina, que, aparentando una tranquilidad que estaba muy lejos de tener, se sentó en un sofá que habia junto al escritorio.

—Sí es una lista como dices, repuso don José Dolores, ¿por qué te opones á que la lea?

—Porque encuentro insoportables tus celos y tu conducta: no me he casado para tener un amo imperioso y te advierto que no estoy dispuesta para sufrirte.

—Pues yo tampoco estoy dispuesto á que nadie se burle de mí en mis barbas, exclamó don José Dolores, dando en el suelo una furiosa patada, y te mando, añadió, que me entregues al instante esa llave.

Adelina se levantó pálida de su asiento, fijando en su marido una mirada llena de orgullosa indignacion. Sus delgados lábios, de los que el habitual carmin habia huido, temblaban convulsivamente y sus ojos se habian dilatado en estremo.

—¡Me mandas! exclamó, no conocía ese lenguaje de parte de quien ha implorado mi mano de rodillas. Veo que no estás en tu razón; cuando te hayas calmado podré oírte, dijo dirigiéndose á la puerta del cuarto que comunicaba con las otras habitaciones de la casa.

Don José Dolores conoció su intención y se adelantó á ella cerrando la puerta.

—No saldrás, dijo, antes de haberme entregado esa llave.

—He dicho ya que nó, contestó ella volviendo á sentarse.

—Eso lo veremos, vociferó frenético don José Dolores tratando de apoderarse de la llave.

Trabóse entonces una lucha horrible, por la desigualdad de las fuerzas entre Adelina y su marido. La jóven desplega en ella la energía que sus temores y su orgullo ofendido la daban para resistir al brutal ataque de su marido; pero esa energía no pudo ser de larga duración, porque eran demasiado superiores las fuerzas que trataba de contrarrestar. Así fué que al cabo de cortos momentos, don José Dolores se habia apoderado de la llave y Adelina se arrojaba sobre el sofá ahogando sus sollozos.

Don José Dolores abrió el cajón y sacó no solo la carta que Adelina acababa de ocultar, sino también las demás que habia recibido de Luciano, y que tenia guardadas en el mismo cajón. El marido se acercó á la vela y comenzó á leerlas con avidez. A medida que avanzaba en la lectura sus facciones tomaban una expresión de ira que hacia centellear sus ojos y comprimirse el ceño de su frente.

—No solo hay una, exclamó, sino muchas; la infamia no es solo de hoy.

—No quiero oír recriminación de ninguna especie, dijo Adelina interrumpiéndolo y levantándose llena de dignidad.

—Fácil es decirlo: pero esto no se quedará así. Tu padre llegará dentro de dos días y á él te entregaré. Ya veremos si se anda con tantas consideraciones.

—Nada me importa, replicó la jóven; tengo tranquila

mi conciencia y, si alguien hay culpable, de seguro es mi padre que me unió con usted á quien sabia que jamás podría amar.

—Bueno, bueno, él pondrá orden á todo esto, repetía don José Dolores retorciendo las cartas, y veremos si á él le hablas con la misma *prosa*.

—A él le diré lo que entonces, por mi mal, no tuve el valor de confesarle: que os aborrezco y os desprecio. Le diré tambien que prefiero morir antes que vivir con un hombre bastante cobarde para hacerse obedecer por la violencia y que no vacila en degradar su propia dignidad y la de la mujer á quien ofende, alzando la mano en contra de ella. Todo esto le diré y él podrá disponer de mi: á todo seré sumisa y obediente, menos á la orden de seguir viviendo con quien desprecio!

Dichas estas palabras, Adelina se retiró á una pieza contigua cuya puerta cerró, dejando á don José Dolores pasmado de su energía.

El tono con que Adelina habia pronunciado lo que precede, su noble y decidido ademán, calmaron el furor de su marido é hicieron descender la reflexion á su turbado espíritu. Maquinalmente volvió á leer las cartas que oprimia entre sus manos; pero no ya con la ofuscacion de los celos sino que con el deseo de indagar en ellas el verdadero estado de la situacion. Además, don José Dolores, á pesar de su campesina rudeza, amaba á su manera, y por ser menos delicado este sentimiento no dejaba de ejercer un alto dominio sobre su voluntad. Este amor y aquel deseo combinados, iluminaron su no muy claro entendimiento haciéndole comprender que, si bien Adelina habia faltado á sus deberes en el hecho de recibir y contestar aquellas cartas, no era, al parecer, culpable de mayores faltas, puesto que las cartas no revelaban sino resistencia por parte de ella. El esfuerzo sintético que don José Dolores habia hecho para llegar á este resultado, habia sido penoso y vacilante, porque á veces sus celos reaparecian airados y turbaban la lucidez de sus deducciones, mas el resultado satisfacía ampliamente su deseo y

tranquilizaba su ánimo al sugerirle la idea á que generalmente llegan los hombres débiles.

—Mañana, pensó al irse á su cama, me reconciliaré con ella, arreglo pronto mis negocios y nos volvemos al puerto de... Así todo quedará olvidado.

No pensaba del mismo modo Adelina, que despues de agotar su indignacion en el llanto, se habia quedado pensativa en la actitud que tomó al arrojarse sobre una silla despues de cerrar la puerta. Las consecuencias de la escena precedente debían ser funestas para la felicidad de los esposos, porque el corazon de la mujer habia recibido un golpe demasiado fuerte que heria en sus mas delicados resortes la sensibilidad de Adelina. Al desamor que siempre habia sentido por don José Dolores se agregaba ahora un profundo desprecio. Aterrábbase ya con la idea de continuar su vida al lado de un hombre que en un instante de celos no respetaria su persona, y se revelaban con esta idea los delicados instintos de la mujer, al punto de hacerla preferir cualquier sacrificio antes que resignarse á la humillacion de su dignidad ofendida. El pensamiento de buscar un amparo al lado de su madre, acudió, como era natural, el primero á su espíritu. Pero seria necesario esplicar las razones de aquella separacion y su padre la pediria estrecha cuenta de su conducta en Santiago: la indulgencia de la madre seria vana cuando la severidad de don Diego impondria su inexorable poder para condenarla. Estas reflexiones trajeron un mortal desaliento á su alma, porque la pobre niña, que gustosa se habria condenado á un perpétuo retiro para expiar su extravio y llorar su infortunio, recordaba que jamás habia hallado en su padre mas que una dureza inflexible para sus faltas mas inocentes. Fúela, pues, necesario abandonar la dulce esperanza de consolarse en el regazo materno y quedar de nuevo frente á frente con su angustiada situacion. Además, su marido acababa de anunciarla que don Diego llegaria pronto; de manera que lo que ella queria evitar, privándose de los consuelos de su madre, sucederia á pesar suyo y cuando no tuviese mas defensor que sus lágrimas ni mas apoyo

que su debilidad. Tales reflexiones produjeron en su ánimo una exaltación febril muy propia de sus años y de la tirante situación en que se encontraba; todos los medios de salvación desaparecían al tocarlos y solo quedaba uno que la desesperada lucha de su imaginación con la realidad del caso presente la sugería. Ese recurso supremo era el de confiar á Luciano su suerte ya que su amor imprudente la había perdido y héchola insufrible la necesidad de continuar viviendo con su marido. Adelina abrazó esta idea con la sombría desesperación de un criminal, que después de su primer delito se cree empujado hácia el mal por la fatalidad. Desde ese instante, los castos temores de su virtud; los santos preceptos del bien, inculcados desde la niñez en su memoria por el cuidado maternal; la instintiva inclinación hácia lo bueno que casi siempre se asila en los corazones femeniles, el conjunto: en una palabra, de nobles aspiraciones que, cuando se realizan, forman la dulce paz del alma, desapareció del pecho de Adelina, cediendo su puesto al deseo vehemente, apremiador y ciego de salvarse del peligro que con la llegada de su padre la amenazaba, y de huir para siempre de la presencia de su marido á quien aborrecía. En este estado de agitación febril escribió las líneas siguientes:

“Luciano:

Ha llegado el caso de que usted me cumpla sus juramentos. Por motivos que le explicaré después he resuelto separarme para siempre de mi marido ¿podré contar con sus promesas ahora que necesito de un inmenso sacrificio? Espero impaciente su contestación: esta es la que yo doy á la pregunta que usted me hizo en su carta.

Adelina”.

XX.

En vano trató Adelina de buscar en el sueño una tregua á la porfiada agitación que la dominaba. La imájen de la lucha que había sostenido avivaba sus temores cada vez:

mas, y confirmaba la resolución que habia tomado. El día la sorprendió de esa suerte. Muy temprano envió á su destino la carta que termina el precedente capítulo y se retiró en seguida á su cuarto donde arregló con entera tranquilidad lo que necesitaba para su viaje.

Hallábase dando la última mano á su tocado cuando don José Dolores se presentó en la pieza con semblante entre risueño y tímido.

—Vamos, Adelina, dijo haciendo ademán de apoderarse de una mano de su mujer, que ésta retiró con precipitación, ¿todavía estás enojada? Ya ves que yo te perdono.

Adelina le miró con desprecio.

—No he pedido semejante perdón, contestó, y no lo acepto. Entre nosotros no puede haber ya nada de común. Si usted viene para hacerme víctima de alguna nueva violencia le advierto que no la sufriré. El único paso que usted puede dar para serme agradable es dejarme sola.

—Poco á poco, exclamó don José Dolores, herido con el tono que empleaba su mujer para contestarle, soy tu marido y dueño de hacer lo que quiera. Si tengo la generosidad de perdonarte: debes agradecermelo, porque me parece que si le cuento el caso á tu padre no se andará con muchos miramientos.

—Usted puede contarle cuanto guste.

—Veremos, dijo con aire de amenaza don José Dolores, si antes que venga tu padre no nos entendemos, él será nuestro juez.

Dichas estas palabras dejó el aposento.

Pocos momentos despues Adelina recibió la contestación de Luciano.

“Mi vida es de usted, le decia, y estoy dispuesto á consagrársela. Ocultaremos nuestra felicidad fuera de este país donde hay muchas personas interesadas en destruirla. Un carruaje se hallará preparado esta noche á las ocho en el óvalo de la Alameda para conducirnos á Valparaiso: yo la esperaré á usted en él”.

Luciano habia escrito esta carta entre la tristeza y la

alegría. Oprimíase su corazón al pensar los sufrimientos que iba á causar á Luisa; pero creía también comprometido su honor con Adelina á quien amaba con pasión. Durante el día ocupábanlo estas dos ideas al mismo tiempo, y cada vez que veía á Luisa sentía un profundo pesar y vehementes deseos de arrojarse á sus piés y pedirle perdón. Mas la lucha de estos sentimientos cesó al aproximarse la hora de la partida. Luciano salió de su casa después de comer sin que Luisa hubiese siquiera sospechado la preocupación que dominaba su espíritu.

Antes de salir había dejado una carta para Luisa en la que imploraba un perdón del que se sentía indigno.

El carruaje se hallaba en el punto indicado y Luciano tuvo que esperar muy pocos momentos. Al toque de las ocho, que repitieron las campanas de todas las iglesias, Adelina se presentó envuelta en su manto. Subió al carruaje ayudada por Luciano, y á una voz de este los caballos partieron al galope en dirección al camino de Valparaíso.

Durante los primeros momentos, Adelina refirió á Luciano la escena de la noche anterior como para disculparse ante sus ojos del paso que había dado.

—Sé que agravo mi falta, dijo al terminar, pero no he tenido valor para arrostrar la cólera de mi padre ante cuya severidad he temblado desde niña.

—Usted me confía su suerte y yo emplearé mi vida en hacerla feliz, dijo Luciano.

Estas palabras parecieron despertar en Adelina la conciencia de su verdadera situación é infundirle un tardío pero atroz arrepentimiento por el paso que daba. Con una lucidez que antes, por su desdicha, no había tenido, á causa de la indignación que la causaba la brutal conducta de su marido, divisó su nombre deshonorado, perdido para siempre su porvenir, y oyó en el fondo de su alma las maldiciones de su padre y el lastimero llanto de su madre. En ese momento la aparecieron casi insignificantes las dificultades que por la mañana creía insuperables para haber podido arreglar su suerte, acogiéndose al amparo de su madre. Tras la excitación que

desde la noche precedente la dominaba, vino, como era natural, el desconsuelo y el abatimiento que la hicieron prorumpir en desesperados sollozos.

Luciano empleó palabras consoladoras para calmar la violenta aflicción de Adelina. El llanto de la niña le sumió al mismo tiempo en amargas reflexiones. Había abandonado á su mujer rompiendo los sagrados vínculos que á ella le unían, y destrozado acaso para siempre, un corazón al que solo debía amor y reconocimiento; había pisoteado sus deberes; despreciado el fallo social, acallado su gratitud y destruido la paz de dos familias, vencido por un amor culpable y con la única esperanza de que ese amor sofocaría la voz de sus remordimientos. El llanto de Adelina, su desesperado dolor, le decían bien claro que aquella niña no le amaba bastante para preferir su sacrificio á la vida tranquila de una conciencia pura. La realidad que tronchaba sus ilusiones era horrible. En vez de ver arrojarse en sus brazos á la mujer enamorada que olvida el mundo entero por una hora de ilícita felicidad, se veía al lado de una niña arrepentida y llorosa que le presagiaba con su llanto la sombría aridez del porvenir. Luciano dió un profundo suspiro. Aquella fuga perdía hasta el prestigio novelesco de una escapada de enamorados aturdidos, para manifestarle en toda su deformidad el reverso de la medalla, antes de haber agotado la dicha fugaz con que se engalanan, buscando una disculpa, los amores descarriados. Al fin de sus meditaciones, Luciano sintió como Adelina un arrepentimiento tardío, y su alma, dotada de singular firmeza, sintió un súbito desaliento ante aquella lección de la providencia, que principiaba castigándole por su falta desde el primer paso que daba en la tortuosa vía del crimen. Alejado así de las ardientes regiones de un arrobamiento amoroso, faltáronle las palabras apasionadas con que los amantes saben enjugar el llanto de la mujer que les ha sacrificado su honor. En vez de esas palabras, Luciano solo encontró los fríos raciocinios de la razón, para persuadir á Adelina que era ya imposible retroceder.

De este modo llegaron á las nueve del día siguiente á

Valparaiso, despues de una noche de lágrimas y desesperacion por una parte y de estoica conformidad por la otra.

Pocos momentos despues de la llegada, Luciano salió á tomar informes sobre algun buque que estuviese próximo á dar á la vela para el Perú. El vapor de la carrera habia zarpado en esa direccion dos dias antes, y solo habia un buque de vela que saldria al cabo de cuatro dias.

Al entrar en la pieza del hotel donde habia quedado Adelina, Luciano la encontró abismada en una profunda tristeza.

—Veo, Adelina, la dijo el jóven con melancólico acento, que usted se ha equivocado, creyendo que podria amarme lo bastante para despreciarlo todo por mi amor. La idea de que usted se sacrifique ahora por mi nada mas que por la fuerza de las circunstancias, me causa un horror invencible: nunca exigiria un sacrificio que no fuese dictado por el corazon. Si bien el paso que usted ha dado es de inmensa trascendencia, aun es posible evitar en algo sus deplorables resultados. Permítame acompañarla al lado de su madre; en su seno, si usted no alcanza la felicidad, acallará á lo menos la voz de su conciencia, ya que su amor no basta para acallarla. Los temores que usted me ha manifestado acerca del violento carácter de su padre son tal vez hijos de su imaginacion turbada por el pesar. Ademias una madre tiene siempre un tesoro de ternura que puede vencer los dolores de cualquiera situacion: ella la consolará á usted, ordene y será obedecida.

Adelina fijó sus ojos llenos de lágrimas en Luciano, que permanecia de pié á su lado. Las facciones del jóven embellecidas por la tristeza hicieron nacer una idea desesperada en la imaginacion de la niña.

—¿Y usted? preguntó con voz conmovida.

—Oh! de mi no vale la pena ocuparse, respondió Luciano. Lo único que sé es que jamás volveré á mi casa.

—Pues bien, yo seguiré su suerte, repuso ella con resolucion.

Luciano meneó tristemente la cabeza.

—Gracias, dijo: usted me consuela; pero nunca me resolveré á aceptar semejante sacrificio. Nuestra vida, Adelina, seria un eterno remordimiento, un pesar sin fin, porque no tendríamos siquiera en nuestro abono el amor que, sino justifica, á lo menos podria disculparnos á nuestros propios ojos. Yo puedo hacer frente á mi sola desgracia; pero tener que acusarme siempre de la de usted, me seria insufrible y me haria despreciable ante mí mismo.

—Pero si yo no le amase á usted, me habria conformado con mi suerte, exclamó Adelina subyugada por la orgullosa resignacion de Luciano.

Este se arrojó á sus piés y besó sus manos con delirio. Adelina le imprimió en la frente un beso con el que parecia querer armarse de una resolucion que hasta ese momento le habia faltado.

—Huyamos fuera de Chile pronto, le dijo. Tal vez usted no ha indagado bien y halla algun buque que salga mas pronto que el que usted ha visto. Huyamos; me parece que lejos de este pais, en donde tantas personas pueden pedirme cuenta de mi honor, seré feliz al lado de usted porque le amo. Ademas, mi corazon asaltado por mis temores, no me ha dado tiempo para persuadirme de ese amor, ante todo, lo que yo quiero es huir de aqui, porque á cada momento creo ver entrar á alguien de mi familia.

—Yoy al instante á buscar de nuevo un buque, dijo Luciano, y trataré de traer una buena noticia. Ademas, de todos modos podemos embarcarnos mañana y asi nos ponemos á cubierto de cualquiera sorpresa.

Salió al instante para calmar la inquietud de Adelina y esta se arrojó sobre un sofá cuando se hubo perdido el ruido de los pasos del jóven, murmurando entre sollozos ahogados:

—¡Dios mio: ten piedad de mi!

XXI.

Adelina y Luciano habian salido de la capital á las ocho de la noche del dia anterior á aquel en que llegaron á Val-

paraíso. Casi á la misma hora bajaba de un carruaje á la puerta de la casa que don José Dolores habitaba, el padre de Adelina.

Don Diego preguntó por su hija y por su yerno y recibió por contestación que ambos habían salido. La criada que le daba esta contestación le introdujo en las habitaciones de sus hijos y se retiró. Media hora después llegó don José Dolores.

—¿Y Adelina? creía que andabas con ella, dijo don Diego después de abrazar á su yerno.

—La he dejado aquí, contestó este.

Me mandas llamar sin decirme para qué: tienes algún negocio de mucha importancia?

—Sí; como los negocios que aquí me traen son en compañía con usted, y como yo quiero volverme al puerto de... desearia que usted se quedase aquí en mi lugar.

Volverte al puerto! exclamó admirado don Diego, ¿y porqué?

Don José Dolores no esperó que le repitiesen la pregunta para referir á su suegro, con todos sus detalles, los hechos que conoce el lector. A medida que don José Dolores hablaba, el semblante del viejo español se había cubierto con la dura expresión que en sus frecuentes momentos de irritabilidad lo cubría. Tomó las cartas que su yerno le presentaba y leyó una sola.

—Ella es una malvada y tú un tonto, exclamó arrojando las otras cartas sobre la mesa á que se había acercado á leer.

Don José Dolores le miró pasmado de asombro.

—Mereces lo que te sucede, añadió el viejo paseándose por la pieza. Yo, en tu lugar, habría dado una buena lección á ese mozalvete y otra á ella. Vamos, haz que la llamen por que necesito verla.

Don José Dolores mandó una criada á casa de las personas donde Adelina iba con frecuencia, y el criado volvió al cabo de media hora diciendo que no la había encontrado. Esta contestación aumentó el mal humor de don Diego que se paseó durante otra media hora, descargando una graniza-

da de invectivas y amenazas en contra de su hija y mil amargas reconvenciones á don José Dolores, arrepentido ya de haber llamado á su suegro. Mas transcurrida esa media hora, la paciencia de don Diego llegó á su término.

—Ponte el sombrero y llévame á casa de ese jóven, dijo á don José Dolores.

Un instante despues los dos llegaban á casa de Luisa.

Un criado contestó que su patron habia salido y que su señora estaba indispuesta.

—No importa, díla que don Diego Cella desea verla.

El criado llevó el recado y volvió luego para conducir á don Diego al cuarto de Luisa.

Don José Dolores entró con su suegro.

Antes de dar á conocer la conversacion que tuvo lugar entre Luisa y las dos personas que entraban á visitarla, debemos referir lo acaecido despues de la salida de Luciano.

Para combatir el fastidio y el pesar que en ausencia de su marido se apoderaban de su ánimo, Luisa tenia costumbre de retirarse en la tarde al escritorio de Luciano. Allí, rodeada de sus libros, en presencia de los objetos de lujo que el jóven gustaba ostentar á la vista de sus amigos, Luisa sentía un consuelo dulce aunque melancólico, entregándose á los devaneos propios de una alma herida en sus mas ideales aspiraciones.

Aquella tarde, Luisa, hizo lo mismo que en las anteriores. Al entrar al cuarto, llamó su atencion la carta que Luciano habia dejado sobre la mesa y llenóse de asombro cuando leyó el sobre y reconoció la letra de su marido. Uno de esos presentimientos sombríos en los que las imaginaciones abatidas por la desgracia son tan fecundas, asaltó al punto la suya é hizo temblar sus manos al romper el sello, y apenas sus ojos hubieron recorrido las cortas líneas trazadas por Luciano, el ligero rosado que cubria sus mejillas desapareció súbitamente y su cuerpo se desplomó al buscar un apoyo en la mesa. Mas de diez minutos permaneció Luisa sin sentido sobre la alfombra. Al cabo de este tiempo, recuperó poco á poco el uso de sus sentidos; recorrió pausa-

damente con la vista los objetos que la rodeaban y detenida en su maquinal inspeccion por la carta que habia caido junto á ella, brotó de sus ojos un raudal de lágrimas y estremecieron su cuerpo débil los violentos sollozos que con trabajo exhalaba su acongojado pecho. Sentia Luisa su corazon como oprimido por un círculo de hierro y la necesidad de ahogar con desesperados clamores esa horrible opresion de su pecho, quiso hacerlo y asustóla su propia voz; las tinieblas de la tarde que empezaba á caer la causaron pavor, parecía-le que los muebles se revestian de formas incomprensibles y que con ella lloraban su desgracia. Sin esplicarse su deseo, abandonó entonces aquella pieza con precipitacion y se encerró en su cuarto, donde por mas de una hora dió rienda suelta á sus lágrimas.

En este estado la encontró el criado que vino á anunciarla la visita de don Diego Cella.

El nombre del padre de Adelina fué como un rayo de luz que alumbró de repente las tinieblas de su dolor. Iluminado por los celos que aquel nombre despertaba en su pecho, Luisa, adivinó la causa de la fuga de su marido y creyó que la visita que llegaba en ese instante confirmaria su sospecha.

Don Diego entró, como dejamos dicho, seguido por don José Dolores.

Luisa trató de ocultar su turbacion bajo las fórmulas de cariño con que recibió al padre y al marido de Adelina. Pero el viejo era hombre que empleaba pocas fórmulas cuando se hallaba preocupado por alguna idea. Así fué que pocos instantes despues de sentarse tomó la palabra.

—Señora, dijo, debo confesar á usted que el principal objeto de mi venida á esta casa era el hablar con el señor don Luciano.

—Mi marido sale casi siempre á esta hora, contestó Luisa.

—El asunto que aquí me trae, añadió Cella, es de los mas graves que pueden presentarse en la vida. Siento decirlo á

usted, por quien tengo un verdadero aprecio, pero es imposible callar en el estado en que han llegado las cosas.

—Esplíquese usted, dijo Luisa, que temblaba ya de oír de la boca de don Diego la confirmación de sus sospechas.

—Su marido, señora, repuso el padre de Adelina, ha escrito estas cartas á mi hija.

Y al mismo tiempo puso en manos de Luisa las cartas de Luciano.

Luisa leyó las primeras líneas en una de ellas y levantando despues sus ojos llenos de lágrimas:

—Lo sospechaba ya, señor, dijo cubriéndose el rostro.

El viejo pareció enternecido á la vista de aquel profundo dolor y sus ojos pestañearon, como queriendo rechazar las lágrimas que asomaban á sus párpados.

Don José Dolores clavaba su vista en la alfombra suspirando.

—Si usted lo sospechaba ya, repuso don Diego, no tendré entonces que acusarme de haber sido el primero en despertar sus sospechas y motivar su dolor. Ya lo vé usted, yo soy el padre, y debo mientras viva, velar por el honor de mi nombre, que don Luciano ha ultrajado. Venia pues para arreglarme con él; pero si ha salido volveré.

—¿Ha visto usted ya á su hija? preguntó Luisa.

—No y la he hecho buscar en todas partes, respondió don Diego.

—¿Habia salido?

—Desde la oracion.

Luisa se paró y acercóse á don Diego. El abatimiento de la tristeza, habia sucedido en ella á la energía y resolución del despecho.

—Una sospecha horrible, se ha apoderado de mi con esta carta, dijo, mostrando á don Diego la que habia dejado Luciano antes de salir.

El viejo leyó la carta con los ojos encendidos por la indignación.

—Sí, exclamó, no hay duda; ¡han huido juntos! pero ¿á donde?

—No pueden haberse dirigido sinó á Valparaiso, observó Luisa.

—Ah, es verdad; allí los seguiremos, dijo don Diego levantándose, y juro á usted que quedaremos vengados.

Luisa, por un rápido movimiento se interpuso entre la puerta y don Diego.

—Antes de salir, repuso con resuelto tono, deseo tener una promesa de usted.

—Cual? preguntó don Diego.

—La de no intentar nada en contra de Luciano.

—Eh, señora, exclamó, el viejō con impaciencia, él es el autor de nuestra comun desgracia y usted le quiere defender.

—Si él es uno de los autores, no es el único replicó Luisa.

—Por quien lo dice usted? preguntó don Diego, mirando á su yerno y creyendo que se trataba de este.

—Por mí, contestó Luisa: yo supe que Luciano amaba á su hija antes de casarse conmigo. Le amaba y creí hacerle olvidar esa pasion con la que tenia esperanza de inspirarle. Ademas, todo esto no tiene ya ningun remedio: el mal está hecho y la venganza será inútil.

—Inútil, puede ser; mas no inmerecido el castigo que debe recaer sobre él.

—Yo le conjuro á usted que le perdone, dijole Luisa con suplicante voz. Sin mí usted no habria podido descubrir su paradero y cualquiera desgracia que le suceda recaerá tambien sobre mí. Y no querrá, por satisfacer su justo enojo, hacerme para siempre infeliz. No es á él á quien va usted á perdonar, es á mi?

—Señora, replicó don Diego conmovido por el acento de aquella mujer que le pedia el perdon del hombre que tan atroz ultraje la habia hecho, señora, usted me dá una leccion de generosidad.

—No, no es una leccion, es una súplica, replicó ella. Tendria toda mi vida que acusarme de cualquiera desgracia que sucediese á Luciano. Yo le perdono y soy tal vez la mas

ofendida. En cuanto á su hija, añadió enjugando las lágrimas que corrian sobre sus mejillas, estoy segura de que es inocente. Su inesperienza la ha arrastrado á dar un paso del que pronto se habrá arrepentido, porque es virtuoso y noble su corazon.

—Permítame usted observarla, señora, dijo don Diego, que el tiempo corre y con él las probabilidades que podamos alcanzar á los fugitivos.

—Bien lo veo, pero necesito de usted una promesa formal.

—Doy á usted mi palabra, de que no se hará ningun mal á su marido.

—Ni á su hija de usted tampoco, repuso Luisa.

—Mi hija depende de este caballero, contestó don Diego mirando á su yerno.

—Bien está, dijo Luisa, usted me ha empeñado su palabra y estoy segura que no faltará á ella.

—No faltaré, bien á mi pesar.

Luisa dejó libre el paso y despues de despedirse don Diego y don José Dolores salieron á toda prisa de la casa.

—Ahora, dijo don Diego, vamos inmediatamente á tomar un carruaje para Valparaiso.

XXII.

A las cuatro de la mañana del siguiente dia, don Diego y don José Dolores se pusieron en marcha. En las posadas de Curacaví y de Casablanca tuvieron noticias vagas, del pasaje de los fugitivos. Eran tantos los viajeros que habian pasado por esos puntos, que los sirvientes de las posadas no podian dar una descripcion suficiente de cada uno de ellos. Continuaron su marcha con la celeridad que permite nuestro servicio de postas, despues de hacer las últimas indagaciones en Casablanca y llegaron á Valparaiso á las cinco de la tarde de aquel dia.

Luciano habia tenido cuidado de hospedarse en uno de los hoteles menos frecuentados del puerto.

El padre de Adelina, seguido siempre de su yerno, perdió media hora en indagar el paradero de los jóvenes. Al fin, en un hotel de pobre apariencia, obtuvo una respuesta afirmativa al informarse sobre si se hallaban allí alojados una niña y un joven cuyas señales dió al que dirigia su pregunta.

—¿Y están ahora en la casa? preguntó don Diego.

—El caballero ha salido solo, contestó la persona con quien hablaba.

—En que cuarto estan alojados?

—En el número 10.

Don Diego, despues de hacerse señalar la posición del número 10, se dirigió hácia él con don José Dolores.

Era la hora en que Luciano habia salido por segunda vez para buscar un buque en que transportarse al extranjero.

Don Diego, al llegar á la puerta, no pudo reprimir la fuerte emoción que le dominaba y se detuvo un momento.

El marido de Adelina, pálido y turbado, se detuvo también.

Ambos se echaron una mirada recíproca de observación.

—Yo entraré solo, dijo con voz baja don José Dolores, temiendo que su suegro se dejase arrastrar á un acto de violencia con la que él amaba á pesar de su abandono.

—¿Porqué? preguntó don Diego tomando la llave de la puerta. Nada temas, mas bien tengo compasión que rabia.

Y empujó la puerta que se abrió de par en par.

Era ya de noche y Adelina se hallaba al lado de una mesa, sobre la cual ardian dos luces.

Al divisar á su padre y á su marido en el umbral de la puerta, la niña se paró aterrada, cual si se hallase en presencia de una aparición sobrenatural. Quiso huir y faltándola las fuerzas, cayó sobre la silla que acababa de dejar, lanzando un quejido de terror.

Don Diego se adelantó hácia ella silencioso. La indómita aspereza de su carácter, cedía en ese instante á la voz de la

piedad paternal, á la vista del profundo espanto con que su hija se cubria el rostro.

—Levántate y síguenos, le dijo, tratando de templar la severidad de su voz.

Adelina se puso de pié, como movida por una fuerza magnética y se arrojó de rodillas á los piés de su padre.—No me condene usted sin oirme, exclamó con suplicante voz.

—Salgamos de aquí, repitió don Diego: te escucharé donde no pueda llegar el hombre que te acompaña, porque si le viese no seria dueño de mi mismo y he prometido ser prudente.

—Iré donde usted quiera, respondió Adelina, tomando precipitadamente un pañuelo que echó sobre sus hombros.

Los tres salieron á la calle y se dirijieron al hotel donde don Diego y su yerno se habian hospedado.

Media hora despues entró Luciano á la pieza que estas tres personas acababan de abandonar. Al verla desierta, sintió un confuso presentimiento de que no volveria á ver á Adelina. Sin embargo esperó, paseándose por la pieza, cerca de un cuarto de hora. Transcurrido este tiempo, salió á informarse cerca del portero del hotel. Este le refirió pocas mas ó menos lo que habia pasado: dos caballeros se habian presentado preguntando por ellos: al saber que Adelina estaba sola, se habian dirijido al cuarto y pocos instantes despues, se habian salido con la señorita. Luciano regresó á la pieza y permaneció en ella en pié, cual si dirijiese una pregunta á los muebles, sobre la escena que habian presenciado del padre, la hija y el marido. Conoció ademas que todo estaba perdido sin remedio. No obstante, su alma enérgica le sugirió la tentacion de salir en busca de los raptores y arrebatárlas á la que espontáneamente le habia confiado su destino.

A su espíritu acudieron entonces mil ideas encontradas, para combatir las unas y para alentar las otras esta nueva determinacion. La inesperada ausencia de Adelina, quitándole de repente las ilusiones de un amor feliz, le dejaba ver la realidad de la desesperada situacion en que se hallaba. Veia

que sus relaciones con Luisa estaban rotas para siempre, al mismo tiempo que, burlado en las esperanzas que le habían hecho abandonar á su mujer, su triste aventura alimentaría la malediscencia de la sociedad, antes acostumbrada á respetar su orgullo. Esta consideración tuvo en su ánimo más ascendiente que todas: su altivo corazón se reveló contra la inacción y el desaliento. Mimado por triunfos de salón, Luciano consideró como el mayor oprobio, el ser la fábula de estos y bajar, entre la risa y el desprecio, del pedestal en que la moda, por tanto tiempo, le había mantenido.

Arregló entonces su cuenta en el hotel, resuelto á perseguir á los fugitivos y perder la vida antes que abandonar su empresa.

Después, cuando había renunciado hacer inútiles pesquisas en Valparaíso, y rodaba el carruaje que le conducía á Casablanca, con inusitada velocidad, Luciano se repetía el juramento de no abandonar á Adelina en manos de su padre y de su marido, sino por orden de ella misma.

Al llegar á la posada, su primer cuidado fué el informarse sobre los pasajeros llegados de Valparaíso, pues tenía la persuasión que don Diego y su yerno habían dejado en Santiago asuntos pendientes, que no habrían podido arreglar á causa de su precipitada salida de la capital y que necesariamente les obligaría á pasar por ella antes de dirigirse al puerto de...

De los informes resultó que las señas de los viajeros hospedados en el día no correspondían á ninguna de las personas que esperaba.

Era, pues, indudable que Luciano les había tomado la delantera y apoyado en la confianza en que los viajeros debían, de todos modos, detenerse en Casablanca; á menos de regresar al puerto de... por mar, lo que no era posible, él determinó esperar allí con paciencia su llegada.

—Sino llegan mañana, se decía, tendré que irlos á buscar al puerto de...

XXIII.

Cansado de esperar, Luciano se retiró á un cuarto despues de encargar á un sirviente de la posada que le avisase la llegada de cualquier viajero.

Eran las tres de la mañana cuando rendido por el cansancio de la marcha y por el peso de las tristes emociones que habian agitado á su alma, se quedaba profundamente dormido.

Entre tanto, Adelina lloraba en una pieza de un hotel de Valparaiso, al lado de otra en la que se encontraba su padre y su marido.

La fuerza de la desesperacion habia dado á la jóven bastante enegia para esplicarse con su padre, despues de abandonar la habitacion donde la habia dejado Luciano. En esa esplicacion, Adelina espuso los motivos de su huida, y terminó declarando formalmente que estaba dispuesta á morir antes que vivir con don José Dolores.

—Bien está. Habia respondido don Diego; eso lo arreglaremos despues.

Al dia siguiente, don Diego escribió á Luisa el resultado de su viaje, terminando por estas palabras:

“Su marido queda, pues, solo en Valparaiso y yo he cumplido mi promesa con usted”.

Despues buscó pasaje en algun buque que se diese á la vela para el pequeño puerto de...; mas no habia uno solo que no tuviese tal destino. Esta circunstancia y el tiempo empleado para contratar un coche, le hizo perder toda la mañana, de modo que, puesto en marcha con Adelina y su yerno despues de medio dia, solo llegaron á las oraciones á Casablanca.

Luciano vió desde la pieza que ocupaba, bajar del coche á Adelina y á los que la acompañaban. Palpitó de emocion y de placer su pecho con la idea de no verse ya burlado enteramente por aquellos dos hombres. La idea de vengar su

orgullo ultrajado alentaba su natural valor tanto como su pasión por Adelina.

Esta, después de algunos instantes, se retiró á una pieza pedida para ella por don Diego. Aquella pieza estaba comunicada con el patio y con la habitación que ocuparon su padre y su marido.

Mientras los tres viajeros hacían silenciosos sus aprestos para pasar la noche en la posada, Luciano escribía con lápiz en una hoja arrancada de su cartera lo siguiente:

“Adelina:

“He venido resuelto á sacrificar mi vida por usted, si fuese necesario, para libertarla de los que la oprimen. Al lado de su padre y de su marido no puede usted, ya esperar la felicidad. Huya, pues, de su venganza y confíe en mi lealtad y en mi amor.

“Yo velaré toda la noche y estaré pronto á la hora que usted pueda burlar la vigilancia que supongo la rodea.

Luciano”.

Firmada esta carta, Luciano pensó en el modo de hacerla llegar con seguridad á su destino. El único medio que se presentaba era el de valerse de uno de los criados de la posada y por más que repugnase al joven este expediente, las circunstancias no le permitían vacilar.

Salió de su cuarto y volvió al cabo de pocos instantes acompañado por uno de los criados.

—¿Donde están alojados los viajeros que acaban de llegar? preguntó Luciano, cerrando la puerta del cuarto.

—En las piezas del frente, contestó el mozo.

—Dime, ¿te gustaría ganar diez pesos por hacerme un servicio?

El criado se sonrió á la vista del cóndor que Luciano hizo brillar entre sus dedos.

—Como no, pues, patron, contestó.

—Pero te advierto que se necesita valor y destreza.

—Diga no más, señor; yo no soy miedoso.

—¿Has visto á una señorita que viene con esos dos caballeros alojados en la pieza de enfrente?

—¿Una donosa que venia en el mismo coche?

—Sí.

—Está en el cuarto al lado de los caballeros.

—¿Te han pedido algo?

—Pidieron de cenar.

—Pues yo necesito que entregues á la señorita esta carta, sin que ninguno de los dos que están con ella lo vea ni lo sepa. ¿Te atreves á hacerlo?

—Si señor, ahora cuando les lleve la cena.

—Aqui está la carta y recibirás el cóndor en cuanto la entregues.

—El criado tomó el papel y oyó algunas prevenciones que Luciano le hizo sobre la vijilancia que debia rodear á Adelina.

Media hora despues entró en el cuarto de don Diego y preparó la mesa. Por mas que quiso llamar la atencion de Adelina mientras hacia esto, todos sus esfuerzos fueron infructuosos. La niña se hallaba en la pieza vecina y se habia arrojado sobre una cama, dando rienda suelta á sus lágrimas, comprimidas valerosamente durante el viaje.

Luciano oyó con impaciencia la relacion que el criado hizo de esta circunstancia y esperó su vuelta despues que volvió del cuarto de don Diego á donde entró llevando la cena.

Don Diego y don José Dolores se sentaron á la mesa y Adelina fué llamada por su padre despues de despedir al sirviente. Apesar del visible esfuerzo de la jóven para aparentar senenidad, el sufrimiento habia dejado en su rostro la honda huella de su paso. Sus bellas facciones, cubiertas por una palidez estremada habian perdido en un solo dia la frescura infantil con que antes brillaban. Veíase que el dolor habia posado su mano de hielo en aquella bellísima frente y al contemplar el abatimiento de su vista y lo descolorido de los labios, se hubiera creido que la risa no habia jamás animado á aquel rostro tan lleno de espresion en el pesar como antes lo era en la alegria. Mas en medio de la tristeza que la dominaba, Adelina parecia resignada á su suerte y soportó

con altiva dignidad la mirada entre curiosa y suplicante que fijó en ella don José Dolores.

Luciano, que desde la puerta de su cuarto esperaba la vuelta del criado, se adelantó hácia él apenas le vió aparecer.

—El caballero me mandó salir, dijo acercándose al jóven.

—¡Maldito viejo! murmuró Luciano encolerizado.

Acercóse á la puerta del cuarto que habia quedado entreabierta y desde allí divisó á Adelina. En ese instante le pareció mil veces mas bella que cuando la habia contemplado rodeada de admiracion y ataviada con elegancia. La resignada tristeza que se pintaba en el rostro de la jóven, oprimió dolorosamente su corazon y el adusto ceño de don Diego le hizo pensar en los sufrimientos á que aquella pobre niña estaba condenada, si él no hacia un esfuerzo por salvarla.

Poco despues de la salida del criado, y cuando Luciano hacia estas reflexiones, don José Dolores se paró y cerró la puerta.

Luciano se retiró y comenzó á pasearse por el patio en medio de la oscuridad. Mas la impaciencia le hizo pronto buscar al criado y encargarle de hacer una nueva tentativa para entregar la carta.

El criado dejó pasar algunos instantes y entró despues en la habitacion de los tres viajeros, dejando abierta la puerta por encargo de Luciano, quien desde el patio esperó lo que iba á suceder, sin notar que su cuerpo temblaba con la ansiedad que le oprimia el pecho.

El criado se dirijió á tomar algunos platos que don José Dolores habia colocado en una estremidad de la mesa. En seguida dió por la pieza una de esas vueltas que todo sirviente doméstico sabe dar cuando quiere oír la conversacion de sus amos, y acercándose con disimulo á la jóven, dejó caer sobre sus faldas la carta de Luciano.

Pero don Diego observaba por lo bajo todos sus movimientos y se lanzó sobre el papel que Adelina, asustada, dejó

rodar por tierra y apoderándose del criado dijo á don José Dolores.

—Vé que dice ese papel.

El marido abrió la carta y leyó la firma, exclamando:

—¡Es de Luciano!

—¡Miserable! dijo don Diego echando de un golpe á rodar al criado.

Este se levantó, y asiendo uno de los cuchillos de la mesa se abalanzaba sobre don Diego, cuando Luciano se precipitó al interior de la pieza y llegó á tiempo para impedir que el padre de Adelina recibiese en el pecho el golpe que el criado le asestaba.

—¡Qué haces! exclamó quitándole el cuchillo, sal de aquí y espérame fuera: cuidado con decir una palabra de lo sucedido.

El criado salió y las tres personas restantes fijaron asombradas su vista sobre Luciano.

Todo aquel movimiento se habia ejecutado con tal rapidez, que la aparicion del jóven en la pieza privó por un instante del movimiento y de la voz á don Diego, á don José Dolores y á Adelina. Mas, pasada la turbacion primera, los ojos del viejo chispearon de cólera, y murmurando entre dientes una enérgica imprecacion, saltó sobre un *revolver* que habia dejado sobre la cabecera de su cama y le dirigió al pecho de Luciano.

Adelina, en el mismo momento, se interpuso entre su padre y el jóven, con tanta rapidez, que don Diego, viendo á su hija tan próxima á él al dirigir su arma sobre Luciano, dió espantado un paso hácia atrás y bajó el cañon del revolver. Los rayos de ira que lanzaron sus ojos al ver á Luciano, desaparecieron como por encanto y sus ojos se dilataron y todo su rostro manifestó una indecible admiracion. El rostro de Adelina, por el contrario, estaba sereno aunque pálido y brillaba en sus ojos la resolucion y el orgullo. Su belleza, en aquel instante, era admirable de poesía y de majestad.

Don Diego cruzó los brazos sobre el pecho y meneó la

cabeza, cual si no alcanzara á comprender la inaudita osadía de su hija.

—¡Como te atreves á ponerte delante de mí! exclamó, sintiendo suceder de nuevo su cólera á su admiracion.

—Por evitarle un crimen, dijo la niña con voz segura, y por salvar á Luciano su vida que viene á esponer por mí.

—Antes debias haberte cuidado de no manchar nuestra honra, dijo el viejo con aire sombrío.

Adelina inclinó la frente sobre el pecho, y sus facciones se cubrieron con el encarnado tinte del rubor.

—Guardé usted su severidad para mí, señor don Diego, dijo Luciano poniéndose al lado de Adelina para descubrirse. Yo soy la culpa de todo esto.

—Tiene usted razon, contestó don Diego; habia prometido á su mujer el no usar de ninguna violencia para con usted; pero fué sin preveer este caso en que usted viene á provocarme.

Y diciendo estas palabras con voz conmovida por el despecho, don Diego se adelantó hácia Luciano con aire amenazador.

El joven se sonrió con altivez al ver este ademan.

—No creo á usted capaz, dijo, de cometer un cobarde asesinato, y lo seria atacarme cuando he entrado aquí sin armas y solo con el deseo de librar á usted de la insolencia de un criado.

Don Diego, reconvenido asi en nombre de su honor, se detuvo y bajó el arma que habia vuelto á levantar. Arrojóla sobre la cama y se dejó caer sobre una silla, con señales de una violenta impaciencia.

—No le atacaré á usted; pero si usaré de mi derecho, mandándole salir, dijo secamente.

—Antes de salir, replicó Luciano con imperturbable sangre fria debo hacer á usted una declaracion. Yo he perdido á su hija y soy causa de su desgracia. Hay faltas que ligan la suerte de dos personas como el compromiso mas sagrado. Me creo, pues, en cierto modo responsable del destino de esta señorita, y me acusaria siempre de cobarde si la aban-

donase entre personas que, lejos de tener ternura, solo han tenido para ella severidad y dureza. Declaro, pues á usted que estoy resuelto á hacer cuanto pueda para arrancarla de su lado.

Meintras hablaba Luciano, don Diego se movia impaciente en su silla, Adelina fijaba en el jóven una mirada en que el amor lucia á despecho de ella misma y don José Dolores bajaba los ojos como para hacer olvidar á los otros su presencia en aquel lugar.

Un silencio de algunos segundos sucedió á la voz de Luciano.

—Si Luciano ha venido conmigo, yo he tenido la culpa, dijo Adelina, rompiendo el silencio y dirigiéndose á su padre. Si usted se cree comprometido á defenderme, añadió mirando al jóven, yo le suplico que me abandone á mi destino. Desde anoche he debido pensar mucho en mi situacion y asi lo he hecho. Una accion brutal me arrastró á dar un paso que me deshonra para siempre y no quiero que nadie mas que yo sufra las consecuencias de mi falta, que estoy dispuesta á expiar.

—Ya lo vé usted, dijo don Diego á Luciano, usted está libre de todo compromiso y debe dejarnos en paz. No hagamos mas ruidoso un asunto en que todos perdemos nuestro honor.

Don Diego conmovido por la resignacion de su hija, y admirando á pesar suyo la energia del joven, habia pronunciado aquellas palabras, con menos dureza que las anteriores.

Luciano levantó con orgullo la frente y en sus labios se dibujó un gesto de desprecio.

—Las palabras de esta señorita, replicó, la honran altamente: pero no me prueban que mi compromiso haya cesado. Ella se encuentra bajo la presion de una autoridad que siempre ha tenido y lo que ha dicho no puede mirarse como la libre espresion de su voluntad.

—¿Que pretende usted entonces? preguntó el viejo encolerizandose de nuevo; ¿quiere usted acaso imponerme condiciones?

—¿Y porqué no? dijo Luciano. No pretendo que siga el camino de la deshonra y convengo en que ella se arrepienta de una falta cuyo principal origen es usted y ese caballero, dijo señalando desdeñosamente á don José Dolores; pero me creo con derecho de imponer ciertas condiciones, ya que he causado la desgracia de Adelina. Para dejarlos á ustedes en paz, como usted dice, señor don Diego, necesito una promesa formal de que ni usted ni el marido de ella, no agravarán su desgracia imponiéndole su voluntad, ni haciéndola recriminaciones que, en usted solo probarían crueldad, y bajeza en don José Dolores.

—Basta de altanería, caballero, exclamó levantándose Don Diego, yo no acepto condiciones de ninguna especie, salga usted.

—No saldré contestó Luciano, abandonado por su sangre fría y enrojeciendo de ira.

—Luciano, por Dios! evite una riña que indudablemente será fatal para todos, dijo Adelina juntando sus manos en señal de súplica.

—Usted lo pide, respondió serenándose el jóven, la obedeceré, Adelina; pero no olvide que estoy dispuesto á perder mi vida para conseguir la tranquilidad de usted.

Dirigiéndose entonces á don Diego.

—Esta señorita, añadió, servirá para atestiguar en cualquiera ocasion que si la abandono en poder de usted es por sus ruegos y no cediendo á vanas amenazas.

Dicho esto dirigió una mirada de adios á la niña y salió con paso altanero de la pieza.

Dos horas despues Luciano se ponía en marcha para Valparaiso y al amanecer del siguiente dia don Diego, su hija y su yerno entraban en el coche para continuar su marcha hácia Santiago.

En la tarde de su llegada escribió Luciano á su amigo una larga carta refiriéndole las escenas que hemos descrito en el capítulo anterior. Su carta terminaba con los párrafos siguientes:

“Ya los ves Pedro, el drama de mi vida debe terminarse

aquí. Amor, esperanzas, dicha, todo ha desaparecido de mi existencia y no me queda otro porvenir que el de un arrepentimiento tardío. Por pagar mis deudas pecuniarias he contraído otras, mucho mayores con Dios y con mi pobre Luisa! Felizmente poseo un capital con que cubrirlas. Este capital es mi vida y he resuelto entregarla al criador. Conozco que la penitencia sería más cristiana, pero me falta la virtud de resignarme á ella. Ya te he dicho que para mí la virtud es cuestión de temperamento y el mío no se acomoda con las exigencias de una expiación resignada. El suicidio me abre sus brazos como un amigo triste, pero seguro: á él confiaré pues, mis últimos dolores.

“Mañana iré á bañarme en el mar y me ahogaré. La cosa parecerá muy natural y tú solo rogarás á Dios que me perdone este crimen, por que tu solo eres mi confidente.

“Después de rogar á Dios por mi alma, ruega también á Luisa que me perdone. No tengo valor para escribirla. ¡Ha sufrido tanto por mí!”

Al día siguiente Luisa llegaba á Valparaíso. Traía el perdón en su pecho y la esperanza de una nueva vida de felicidad.

¡La voz pública la contó que un jóven bellísimo, llamado Luciano, había muerto ahogado en la mañana de ese día!”

ALBERTO BLEST GANA.



DERECHO

CAUSAS CELEBRES ARGENTINAS

PROCESO DE LA CONSPIRACION DE DON MARTIN DE ALZAGA

contra el gobierno de las Provincias del Rio de la Plata, descubierta
en julio de 1812.

(Extracto sacado de los autos y otros papeles originales, por el doctor
Navarro Viola).

INTRODUCCION

Habiamos leido en la *Historia de Belgrano* T. 2. p. 10, estas palabras relativas al plan de conspiracion del año 12, concebido por don Martin de Alzaga: "El proceso formado con motivo de esta famosa conjuracion existe original en el Archivo general, aun que no completo".

Esa noticia que estimuló nuestra curiosidad, nos hizo dar con el original, y aunque realmente incompleto en parte notable; y mas que todo, informe y capaz de arredrar al Relator mas paciente, hemos creido que algo estamos obligados á hacer de meritorio para los lectores de nuestra Revista;

y que el nombre que esta lleva, hacia venir bien un trabajo de ímprobable paciencia destinado á salvar del olvido los tumultuosos detalles de uno de los sucesos mas graves y menos conocidos de la historia de Buenos Aires.

Esos autos y alguno que otro documento del mismo género, seran todos los materiales de este escrito que no podrá clasificarse ni como relacion de la causa; ni como la causa misma; pero que será mas que lo primero y no podrá decirse que sea menos que lo 2.º, porque al fin establecerá una cronologia de que la causa carece, y pondrá en orden expedientes inconexos para sacar de ellos lo esencial á Alzaga y unos pocos personajes dignos de mencion en ese dédalo en el que la horca vino á nivelar de un modo atroz y disculpable solo por la época á innumerables individuos, muchos de ellos insignificantes, y que si todos no eran inocentes, todos tenian derecho á la defensa que á ninguno se dió.

Que pueda la relación de una causa esencialmente revolucionaria, cuando menos sobrecoger la conciencia de los pueblos que ávidos solo de sus libertades, todavia gozan en creerse en plena Revolucion: sepan que bajo ella es que mueren los hombres así sin ser defendidos ni oidos, aunque concurra el Areopago á juzgarlos; aunque los jueces sean los prohombres de la revolucion. Y sin embargo, gracias á Dios, la nuestra estuvo muy lejos todavia de la revolucion Francesa de 20 años antes: donde el proceso de Alzaga habria sido un modelo del espíritu retrógrado, un crimen de lesa patria por haberse perdido el tiempo en declaraciones y sentencias escritas contra los derechos preexistentes de la guillotina.

CAPITULO PRIMERO

Del 30 de junio al 4 de julio (doctor Chiclana).

I.

El teniente alcalde de Barracas, don Pedro José Pallavicini dirige en 30 de junio de 1812 el parte que va á leerse,

al señor Alcalde de 2° Voto, don José Pereyra de Lucena, quien lo remite al gobierno de las Provincias Unidas, dando este comision al doctor don Feliciano Chiclana para la averiguacion correspondiente. He aqui el parte.

“En el dia 30 de este mismo mes doña Valentina Benigna Feijoo, viuda del finado don Juan Tomas Fernandez y enferma en su propia casa, me mandó llamar á su misma casa por un hijo suyo á comunicarme lo siguiente:

“Que un negro de la misma señora, que tiene el cuidado de su potrero, el cual linda con la quinta de don Martin de Alzaga, y en cuyo potrero habita un gallego llamado Francisco (de apellido Lacar) con un hijo como de edad de diez años, ha pocos dias; y este gallego ha convocado al negro de la viuda para un levantamiento que intentan hacer los Europeos: cuya cabeza de motin, segun el negro, dice es don Martin de Alzaga. Los puntos que ha manifestado el negro á su ama y á mí mismo, son los siguientes.

“Primero, que tienen comprado un cuartel, y segun presuncion, es el de artilleros.—Que tienen armamento y muchas escaleras de viento para asaltar el Fuerte. Que por tres partes ha de ser la entrada de ellos: por la calle de la Pólvora de Cueli, cuya Pólvora dice el mismo gallego, que está comprada; el otro refuerzo ha de entrar por Barracas, donde tienen reducida mucha peonada de los de Barracas, y entre ellos los negros esclavos de los mismos dueños. Que para el 23 del que estamos se daba el golpe, y en una junta que tuvieron antesdeanoche, determinaron su empresa para esta semana. Que á este efecto han de aparecerse los buques marinos, y cuando haya la seña prevenida, han de avanzar, y de edad de 7 años para arriba han de pasar á cuchillo á los existentes de esta capital. Que el santo lo tienen comprado á los veteranos que custodian Barracas. Que al señor mayor de Plaza lo han de sacar de su casa, para que intimidado, los haga entrar al Fuerte. Que por la puerta del Socorro han de entrar 300 hombres. Que inmediatamente han de traer á Vigodet de Virey, y han de salir partidas para la campaña á que no se escape nadie. Que los que están comprendidos en

esto, son: don Fernando el barraquero de la viuda de Collazo, y tambien de Alzaga. Que otro almacenero de la Plaza Chica, llamado Fernando, está comprendido en lo mismo. Tambien Valdeparais. Muchos oficiales de Vizcainos y Miñones quotidianamente se ven con Alzaga. Que á este sujeto le está por llegar un bote y cartas, y dicen que por los Olivos les ha de venir: y otras circunstancias mas que no me acuerdo y quedan á la integridad de V. S. especulizarlas segun convenga, y con acuerdo, segun me supongo, del supremo gobierno.

“Dios guarde á V. S. muchos años,

“El Teniente Alcalde Pedro José Pallavicini”.

II.

DIGRESION

Esta denuncia, hecha el 30 de junio, al Alcalde de 2.º Voto, es remitida original por este al gobierno en 1.º de julio. En 2 del mismo se nombra al doctor Chiclana *para formar la averiguacion*, dice el decreto de esa fecha, y recién al dia siguiente, 3 de julio, empiezan las declaraciones con la del Teniente Alcalde, quien se limita á ratificarse en su parte.

Esta demora de que el gobierno no proveyese hasta el dia siguiente de estar en su poder aquel documento (pues recibido el 1º, el decreto lleva la fecha del 2), es sin duda lo que ha inducido á decir al señor Dominguez con referencia á él, estas palabras en la paj. 286 de la “Historia Argentina”: “Cuatro dias hacia que este pliego estaba sin abrirse en poder del gobierno, cuando el 2 de julio por la mañana se presentó en el fuerte la mujer del guarda Guerrero”.

Inverosimil por demas era el aserto, sobre todo tratándose de un gobierno que si ha pecado, como asi lo creemos, ha sido precisamente por el lado contrario de la apatía y de la inercia; de un gobierno receloso que ya en 25 de mayo pasaba otra denuncia sobre el simple hecho de haberse en-

contrado en una casa sola de la costa de San Isidro 4 hombres, cuyo proceso se levanta en el acto contra Juan Ignacio Barrenechea, Domingo Nobas, Valentin Sopena, y Ramon de Saltuntum, algunos de los cuales figuran despues en la causa de la conspiracion. Inverosimil era (repetimos) tanta incuria al lado de tanto zelo.

Verdad es que el historiador podria decirnos con Boileau:

“Le vrai peut quelquefois n’etre par vraisemblable”; pero aquí están los autos originales para demostrar que esta vez no han andado tan desencontradas la verosimilitud con la verdad: y ya que el señor Dominguez funda su aserto en la palabra del doctor don Pedro José Agrelo, remitiremos al lector al auto cabeza de proceso (1) puesto por este funcionario, y en el que establece contra su autobiografia, citada por el señor Dominguez: que fué el 3 y no el 2 el dia de la denuncia de Guerrero: y que de ese mismo dia 3 parten las activas, ó por mejor decir fulminantes actuaciones de los sumarios simultáneos, levantados: el uno por Chiclana sobre la denuncia que acaba de leerse y que como se vé, es anterior; el otro por Agrelo, sobre la de Guerrero, y porcion de sumarios todavia, aunque de menor importancia, seguidos por los mismos y por los doctores Monteagudo, Vieytes é Irigoyen: todos por separado.

Tan completamente por separado, que vá á verse la dificultad que esto trae para hacer la relacion de una causa dividida en multitud de expedientes en los que por horas van recayendo en detal las sentencias de muerte pronunciadas por el gobierno mismo que se supone haber tenido *cuatro dias sin abrir el pliego de la denuncia*. Volvamos á esta.

III.

Ratificado, como se ha dicho, el teniente alcalde Pallavicini en todos sus detalles, por ante el juez de instruccion doctor Chiclana, hace este comparecer al mismo dia 3 de julio á don José Bartolo Feijoo, hermano de doña Valentina,

1. Cap. II., N.º 1.

quien con referencia al mismo gallego Francisco Lacar, relata lo que ha oído á éste sobre la conspiracion y algunos de los datos suministrados por el auto cabeza de proceso, aunque sin hablar sino indirectamente de Alzaga.

IV.

Como *el negro Ventura*, esclavo de doña Valentina, relata todo lo esencial, preferimos dar al pié de la letra su declaracion:

“Que harán como tres semanas (dice) que don Francisco Lacar vino á suplicarle al declarante, lo admitiese en el rancho que habita por el paraje de Barracas, á causa de que lo habian echado ó se habia salido de la quinta en que estaba. Que el declarante no quiso admitirlo sin pedir primero licencia á su ama doña Valentina Feijoo. Que aquel mismo dia se la vino á pedir y esta se la negó. Que habiéndoselo dicho asi á Lacar, este se fué del rancho ofreciendo que al dia siguiente vendria. Que habiendo caido enferma su ama doña Valentina y viéndose el declarante necesitado á venirla á cuidar por la noche, ya le fué forzoso condescender con las súplicas de Lacar, y le permitió viniese á vivir en el rancho con un hijo que tiene de diez ó doce años llamado Cirilo. Que con este motivo Lacar le ha dicho varias veces: que ellos los europeos no podian sufrir mas tiempo gobernados por los pillos criollos. Que tenian dispuesta una conspiracion para quitarles el gobierno y hacerse dueños de la ciudad. Que no habian de quedar en ella criollos, mulatos, indios ni negros, sino solamente españoles. Que todos habian de ser mandados á España para que sirviesen á los franceses: y que si se atrevian á disparar un solo tiro, habian de ser todos pasados á cuchillo desde la edad de siete años. Que ya tenian formada una compañía y nombrados oficiales, sargentos y cabos. Que los veteranos viejos eran todos suyos. Que aquel lugar de Barracas era todo de ellos; pues allí no habia criollos sino europeos. Que podrian entrarse en la ciudad cuando quisieran, y lo harian dentro de pocos dias; por-

que ya habia de estar reunida la gente. Que el modo como lo habian de hacer, era tomando el santo de aquel dia, que ya lo tenian comprado á los veteranos de Barracas. Que habian de venir en partidas por la noche, y habian de quitar las armas á las patrullas que encontrasen. Que seguidamente habian de entrar al cuartel de artilleria que tambien tenian comprado, y de allí habian de sacar armas. Que despues habian de hacer lo mismo en el cuartel de arribeños, aunque todavia no lo tenian comprado. Que otros habian de entrar por la costa de San Isidro y Pólvara de Cueli, cuya Pólvara tenian comprada. Que habian de sacar de su casa al sargento mayor de la plaza y lo habian de llevar consigo para que les hiciese abrir la puerta del fuerte; y por la del Socorro habian de haber 300 hombres; y que si acaso no podian entrar al fuerte, se colocarian en la Recoba, lo tendrian sitiado y obligarian á que se rindiesen por hambre los que estuviesen dentro. Que luego que se diese el golpe, se haria la seña con tres cohetes para que viniesen los barcos marinos á cargar con la gente, y se despacharian partidas á la campaña para que nadie se escapase. Que Lacar le ha referido todo esto á presencia de su citado hijo encargándole al declarante todo sigilo, porque si se descubria, estaban perdidos; y amenazando á su hijo, que lo habia de degollar si decia cosa alguna de lo que oia. Que tambien ha conversado varias veces con el declarante y don José Bartolo Feijoo. Que este aconsejó al que declara, que no se enfadase con Lacar cuando le oyese hablar sobre esos asuntos, para descubrir todas sus intenciones, y que por haberse manejado así, ha podido saber todo lo que declara. Que Lacar concurría con mucha frecuencia á la quinta de don Martin de Alzaga. Que este lo mandó llamar una vez con un peon suyo llamado Juan Moreno, y que cuando regresó Lacar le dijo al que declara: que habiendo estado tratando sobre el asunto con el referido don Martin de Alzaga (que era para lo que lo habia llamado), le habia preguntado este qué harian con la gente de los criollos cuando se consiguiese la empresa, y que le habia contestado que, debian ser embarcados en los buques marinos. Que esto á

corta diferencia fué lo que refirió el declarante á su ama doña Valentina, horrorizado del plan que le habia descubierto Lacar. Que este ayer por la tarde le dijo, que el golpe se daba hoy á la madrugada. Que es cuanto sabe y puede declarar, agregando que Lacar le dijo en otra ocasion: que habiéndole llamado el barraquero de la viuda de Collazo, y de don Martin de Alzaga, habian estado tratando sobre el mismo asunto, sin espresarle otra cosa”.

V.

Ciriaco Lacar hijo de don Francisco, declara el mismo dia 3: Que solo oyó algunas de las referencias hechas por el moreno Ventura, pues su padre hablaba con él bajo; pero que es incierto que lo hubiese amenazado al declarante con degollarlo. Que su padre ha concurrido con mucha frecuencia á casa de don Martin de Alzaga como vecino. Que los habia visto pasear juntos dentro de la quinta de este, y que una ocasion lo mandó llamar á su padre con el arador Moreno, sin que sepa para qué. Que algunas veces le oyó decir á su padre: ¡malhaya sean los criollos que por ellos me veo así!

VI.

Don Francisco Lacar, ya preso, declara negando todas las aseveraciones de Feijoo y el moreno Ventura, con quienes dice no haber hablado sinó de asuntos de trabajo. Ambos testigos son traídos en el acto, y ratificados en sus respectivas declaraciones, se establece entre ellos y el preso un largo careo en el que este último niega nuevamente los hechos y dichos que se le atribuyen, y entre ellos, la existencia de una mina de pólvora que decia haber encontrado.

VII.

Al pié de esta diligencia se lee:

“Buenos Aires, Julio 3 de 1812.

“Sin perjuicio de evacuarse las citas que resultan del sumario, pásese, atendida su naturaleza, al Superior Gobierno para que se sirva resolver lo que considere de justicia—*Chiclana*”.

Y en seguida y con la misma fecha:

“Visto. Resultando, como resulta, suficientemente probado contra Francisco Lacar el crimen de conspiracion y coalicion; atendida la gravedad del asunto, y cuánto se interesa en el pronto ejemplar castigo la seguridad pública comprometida de un modo bastante escandaloso,—se condena, en el estado que tiene, al referido Francisco Lacar, á que inmediatamente sea pasado por las armas, sin perjuicio de continuarse las demás diligencias: para lo cual se devolverá el proceso al señor vocal comisionado, despues de ejecutada la sentencia, y comuníquese en el acto las órdenes correspondientes, al gobernador de la plaza.—*Feliciano Antonio Chiclana—Juan Martin de Pueyrredon—Bernardino Rivadavia*”

VIII.

Luego de hacerse constar por el escribano Nuñez haber notificado al reo su sentencia en la alcaidia del cuartel de Arribeños, y dejándolo en capilla acompañado del sacerdote, hay una diligencia que dice así: “A la hora de las 2 y media de la mañana habiendo el reo pedido que se le tomase declaracion, pues tenia que manifestar algunas cosas concernientes al asunto sobre qué habia sido interrogado, el superior gobierno comisionó á su ayudante don Floro Zamudio para que sin pérdida de instantes pasase conmigo el actuario á la capilla donde se hallaba el reo”. Allí despues de referencias de menor importancia y de decir con alusion á Feijoo y al negro Vietnura: “que todo ello se lo dijo por abultar y figurar”; y que un tal Benito (de que dá señas) fué quien le habló de la conspiracion “y que esta era con el objeto de quitar que gobernasen los Patricios, y que fuese colocado de gobernador don Martin de Alzaga”—concluye la declaracion en

estos términos: “En este estado espresó ser verdad todo cuanto han declarado José Bartolo Feijoo y Ventura Feijoo, pues que el declarante les ha dicho todas las cosas que contienen sus declaraciones. Que en orden á lo que les refirió sobre la mina encontrada, tambien es cierto; y que al Padre fray José en la quinta de Convalescencia de los Barbones le ha visto algunos cartuchos, cuyo número no sabe, y se hallaban en el cuarto del medio, entrando por la izquierda, sin que sepa ni pueda dar razon si el referido Padre tenia parte ó conocimiento del asunto sobre que se le han hecho preguntas”.

IX.

Con fecha 4 de julio aparece autorizada por el escribano Echaburu, la diligencia de haber sido ejecutado el reo y suspendido su cadáver en la horca.

X.

Aun cuando corresponderia insertar aquí la declaracion tomada en este mismo dia al barraquero de la viuda de Collazo y de don Martin de Alzaga (llamado Fernando Gomez) al que se ha hecho referencia en este primer capítulo, preferimos aplazarla para el tercero por tener que formar uno segundo con la sumaria no menos precipitada y borrascosa, que en el mismo dia 3 fué levantada por el señor Fiscal Agrelo con los antecedentes que veremos.

CAPITULO SEGUNDO

Del 3 al 4 de Julio (Doctor don Pedro José Agrelo).

I.

AUTO CABEZA DE PROCESO

En Buenos Aires á 3 de julio de 1812 el doctor don Pe-

dro José Agrelo dijo: que hoy día de la fecha han sido denunciados al Exmo. Superior gobierno, don Pedro la Torre, un marinero gallego del lanchon de ausilios, llamado Domingo, y don Juan Recasens, de cómplices en la conspiracion que se tramaba contra la Patria y su gobierno, á cuyo fin tenian ganado el Muelle, el Retiro, los Arribeños, la Artilleria, y ciento y tantos negros pagados. Que un comandante de uno de los buques marinos habia estado en esta ciudad, y aun podia dar razon de ello la Torre. Que un marinero del lanchon de ausilios, llamado Domingo, de nacion gallego, estaba destinado á llevar la noticia á los marinos, y que debia salir en la noche de ayer 2 de julio. Que Juan Recasens habló en la referida noche de ayer con el General ó cabeza de la conspiracion: que por consiguiente debe designar quién es, sobre el concepto, que vive por Monserrat ó por la Concepcion. Que estos mismos deben saber donde está el armamento, que dicen ser de cien carretillas introducidas ya en esta ciudad; y que la pólvora entró anoche. Que tienen 300 caballos y 50 hombres destinados para los señores Pueyrredon y Chielana: con otros varios particulares de que puede dar razon el mismo denunciante que lo es don Francisco Guerrero. En cuya virtud, y comisionado el Juez esponente por el dicho Exmo. Superior Gobierno para el esclarecimiento de un tan execrable crimen que debia envolver la Patria y sus mas inocentes hijos en la sangre, en el luto, en las lágrimas y en la consternacion mas horrorosa, debia mandar, y mandó: se procediese inmediatamente y sin pérdida de instantes, á recibirle al espresado ejemplar patriota don Francisco Guerrero su declaracion específica y jurada sobre todos los hechos ó antecedentes que tenga sobre estos particulares, como sobre los principios por donde los ha sabido, de modo que pueda prepararse el debido esclarecimiento de ellos, aunque no sea mas que en la forma privilegiada que basta para las causas de esta naturaleza. A cuyo fin por este su auto así lo proveyó, mandó y firmó por ante mi, de que doy fé—*Pedro José Agrelo*. Por mandado de su merced.—*Juan Cortés*”.

Tal es el auto cabeza de proceso en que el doctor Agrelo,

como dijimos en el Cap. I, n. 2, asegura haber sido hecha la denuncia al Gobierno por don Francisco Guerrero *hoy día de la fecha* (3 de julio) y no *cuatro días antes*, según lo dice el señor Dominguez refiriéndose á la auto-biografía del mismo doctor Agrelo.

II.

Don Francisco Guerrero, de edad de 50 años, acepta el contenido de la esposicion que se hace en el auto anterior. Asegura que todo ello se lo dijo anoche don Juan Recasens á la esposa del declarante, doña Isabel Torreiro y á su hija doña Maria de los Angeles Guerrero casada con el espresado Recasens, quien refiere: “que el armamento estaba escondido en el convento de las Catalinas: lo cual discurría que pudiera ser, por los antecedentes que estos días han corrido de que habian querido robar dicho convento, y aun, que las madres habian encontrado dentro del corral un sombrero. Finalmente dice Guerrero refiriéndose siempre á la esposa de Recasens: que por anoche debian llevarle á este y á Latorre su fusil y municiones”.

III.

Doña Isabel Torreiro de Guerrero mayor de 25 años, ratifica la declaracion de su esposo, agregando: que “su yerno don Juan Recasens se lo dijo á ella ayer noche llevándola al efecto determinadamente á su cuarto y previniéndole que procurase guardar sus cosas porque la cosa estaba hecha.

“Que se afirma en el auto cabeza de proceso que se le acababa de leer, sin poder hacer mas recuerdos del relato de su yerno, á causa de la tribulacion que se apoderó de si; y que ello todo ha pasado realmente como se espone, en términos que sobrecogida la declarante, y temerosa justamente del desastre que era consiguiente á tamaño atentado, instó desde luego á su marido, que sin pérdida de instantes, lo avisase al gobierno”.

IV.

Don Pedro de Latorre, ya preso en la casa de cuna, es natural de la Coruña, casado en Buenos Aires y almacenero. Niega redondamente las reconvenciones que se le hacen sobre el auto cabeza de proceso y declaraciones 1^a y 2^a; dice que conoce á Recasens solo por asuntos de su negocio: “y que ni noticia ha tenido de la conspiracion hasta antesdeanoche que estando en la esquina de Herrero (1) y viendo pasar mucha gente, preguntó que novedad habia, y le dijo su mozo, cuyo nombre ignora, que el gobierno habia mandado armar á los Patricios, porque se decia que querian armar una jarana los Europeos”.

Traido en el mismo acto el mozo y reconocido por Latorre, se tomó á aquel su declaracion.

V.

Se llama *José María Gonzalez* natural de esta ciudad y dependiente de la casa de Nuñez en la tienda que este tiene en la esquina de Herrero. Leida que le fué la última parte de la declaracion de Latorre, la desmiente, afirmando solo que este habia estado antesdeanoche, pero que nada habia hablado con él.

Verificado entre ambos un careo, cada cual se sostiene en lo que ha declarado.

VI.

Don Juan Recasens, de 24 años, natural de Galicia, casado en esta ciudad y mozo de pulperia, confiesa haber estado dos veces con don Pedro de Latorre “y que en ambas ha hablado con él sobre la conspiracion que meditaban hacer los

1. Donde está ahora el Club del Progreso.

Europeos, diciéndole que Luis Porrúa, que vive junto á Monserrat, le habia asegurado que todo estaba hecho y dispuesto. Que pasaban de 2000 hombres los que estaban prontos y alistados al efecto, con los cuales debia acometerse por divisiones: el cuartel de la Union, el de los Arribeños, el de las Catalinas, y á las casas de los Vocales para llevarlos á la Plaza y hacerles alli confesar donde tenian las armas y la plata, y que al Europeo que no accediese, lo habían de decapitar. Que este mismo Porrúa quedó de avisarle el dia, y llevarle municiones, lo que no hizo; pero que le dijo que los Alcaldes de Barrio tenian órden para degollar á los Europeos el dia 5... Que con Montevideo habian tenido su comunicacion por medio de un chasque á quien últimamente esperaban para saber lo fijo sobre el dia en que debia verificarse la conspiracion: cuyo chasque lo habian hecho de aqui y que el lanchon de auxilio donde paraba Domingo Martinez deberia servir para avisar á los marinos el tiempo preciso en que debian desembarcar su gente... Que el muelle y cuarteles los contaban allanados por la fuerza, pues no creia Porrúa se resistiesen á 300 ó 500 hombres cada punto, que era la fuerza de las divisiones que debian atacarlos: y que en órden á caballos, le aseguró que tenian 300... Que le nombró varios (conspiradores) que no conoce; pero que le aseguró que doce eran los principales, destinados á doce cuarteles para citar la gente en cada uno respectivamente, entre los que se acuerda de Domingo Yebra y Juan Mauriño; que á mas habia dos generales, el uno andaluz y el otro gallego, y que el que hacia cabeza era don Martin de Alzaga. Que todo esto que supo por Porrúa, se lo trasmitió á Latorre.

Nótase en lo personal al declarante Recasens: 1º, que comienza su deposicion como queriendo eximirse de hacer revelaciones, no entrando á detallar estas hasta que el Juez lo reconviene; y 2º, que termina su declaracion de tres hojas, diciendo que habia acordado con Latorre avisarle el dia para que fuese á dormir con él “y poder saltar los fondos para no tener jarana”, son sus palabras: por las que fué reconvenido,

pues todos los antecedentes desmienten esa aparente prescindencia suya.

VII.

Vuelve á hacerse comparecer á don Pedro Latorre, el cual reconvenido con lo declarado por Recasens, insiste en su dicho, lo mismo que este último, en el careo que en el mismo acto se establece.

Es de notar que la conminacion que el Juez hace á Latorre, está concebida en estos términos: “Diga la verdad, bajo repetido apercibimiento de tenérsele por confeso en cuanto le perjudique, y de que queda citado sin mas audiencia para oír en consecuencia la Sentencia que corresponda”.

VIII.

Al pié de la referida acta de careo con que terminan las actuaciones del dia 3, todas ellas firmadas por el Juez sumariante doctor don Pedro José Agrelo y el escribano don Juan Cortes,—se lee con fecha del dia siguiente, 4, la siguiente providencia de la Junta gubernativa referente á don Matías de la Cámara casado con doña Narcisa Alzaga (que aun existe) hija esta de don Martin Alzaga: llamando la atencion el no existir en autos ningun otro antecedente sobre Cámara.

“Visto el presente sumario,—á fin de esclarecer los hechos en él contenidos, en el mejor modo posible que permiten las actuales peligrosas circunstancias en que se halla la pública seguridad, notifíquese á don Matías de la Cámara, que en el acto dé razon del paradero del reo Martin Alzaga, con apercibimiento: que á no verificarlo, será tratado como ocultador de reos delincuentes, imponiéndole irremisiblemente las penas contra ellos establecidas.—*Chiclana—Pueyrredon—Rivadavia*”.

IX.

Sigue una larga diligencia de notificacion de lo anterior

á Cámara preso á la sazón, hecha por el juez y escribano, requiriéndolo y exhortándolo á cumplir con lo mandado por el superior gobierno. Cuya diligencia termina así: “Ente-
rado de todo dicho Cámara, dijo: que él no sabia donde se hallaba don Martin de Alzaga; que no lo vé desde el último dia de fiesta, ni sabia que se habia ocultado, hasta anoche mismo á la oracion, en que dos de sus hijas le entregaron las cartas que ha presentado.

“Se le apercibió en este estado con el último suplicio y dijo: que lo sufriria inocente y que estaba dispuesto á todo lo que S. E. dispusiese.

“En este estado dijo: que la carta se la entregó á las niñas una mujer que no conoce y que aun cree que no la conozca nadie en la casa”.

X.

No existe en la causa dato alguno sobre el contenido de la carta ó cartas de Alzaga á Cámara. Por lo que para conservar al proceso toda su originalidad y hacer entrar al lector en las intimidades y confidencias de su tramitacion, que con sobrado motivo hemos clasificado de fulminante, copiamos aquí un documento suelto, al parecer en borrador, escrito en papel sellado, de puño y letra del doctor Agrelo, aunque sin su firma. La fecha se supone ser de la noche del dia 3. Dice asi:

“Exmo. señor:—Mis actuaciones se concluirán antes de amanecer con mucho. Como lo he dicho á V. E., ha declarado el denunciante, y su mujer patriota (y patriotísima, pues es europea y ha dado esta prueba) está para declarar. Los reos niegan; pero *ubi duo vel tres, etc.*, nada mas se necesita aun en asuntos menos graves.

“No puedo interrumpir si V. E. ha de ser servido.

“Martinez de Hoz, el yerno de Alzaga (Cámara) y don Bernardo de las Heras, está cada uno con dos barras: que me maten, que yo una vida tengo, y esa es de la patria; que no es mia.

“Remito dos cartas que me ha dado Cámara, de su suegro: las despedidas son tiernísimas, pero muy anticipadas, y *excusatio non petita, accusatio manifesta*. Dispense V. E. los latines.

“Cámara y Martínez de Hoz recibieron ya la sentencia: pues les he dicho que mueren si no dicen el paradero de Alzaga, y aun tengo otro amigo suyo para que dé razon. Aun faltan algunos. Yo amanezco con todos ellos acomodados.

“Vea V. E. qué uso puede hacerse de las cartas.

“Es cuanto hay hasta la actualidad”.

Hasta aquí el papel suelto. Volvamos al proceso.

XI.

En él despues de la intimacion á Cámara, se lee la siguiente Sentencia recaida á continuacion, en 4 de julio de 1812 á las 9 de la mañana.

“Visto este espediente con los antecedentes de su referencia, y en consideracion á lo que aconseja la pluralidad de denuncias demasiado individualizadas: y por lo que de las demas diligencias judiciales resulta en el actual estado en que se halla, y sin perjuicio de su continuacion hasta el perfecto esclarecimiento y castigo de todos los factores y cómplices de la horrible conspiracion que se ha descubierto y que seguramente ha constituido la patria en el mas inminente riesgo de una sangrienta escena en que, confundidos los inocentes con los criminales, hubiese quedado llena de luto y amargura; y siendo un deber de los primeros del gobierno ejemplarizar un atentado de esta naturaleza, de un modo proporcional á las consideraciones multiplicadas de equidad y tolerancia con que en dos años consecutivos ha procurado retraer á sus obstinados enemigos, de las tentativas con que han provocado y violentado el caracter suave y pacífico de sus hijos, atribuyendo á debilidad é insultando la misma moderacion con que se les ha tratado,—se condena á los reos de lesa patria, Pedro de Latorre y Martin Alzaga en la pena ordinaria de muerte de horca, que se ejecutará inmediatamente despues de dos

horas de su intimacion. Y respecto á que el último se halla oculto, y coopera á esta subtraccion su yerno Matias de la Cámara, reiterando con este hecho una nueva hostilidad en mantener abrigado dentro del seno mismo de la patria un enemigo que la despedaza y atenta tan enormemente contra los mas sagrados derechos de sus hijos y de los pueblos, subtrayéndolo de la autoridad en los momentos mas peligrosos, para volverlo á constituir en otros iguales,—se condena en igual pena de muerte á dicho Matías Cámara, que la sufrirá en el dia para escarmiento de encubridores de esta especie, hasta tanto que pueda ser aprehendido Alzaga y ejecutada en su persona la que se le tiene decretada: á cuyo fin se le llame por edictos y pregon, sin perjuicio de librarse las requisitorias y providencias que conduzcan á su aprehension: para lo que, ejecutada esta sentencia, vuelvan los autos al agente comisionado, para que continúe con igual brevedad las declaraciones de Luis Porrua y demas individuos, dando cuenta periódicamente de los que resulten convictos.—*Feliciano Antonio Chiclana—Juan Martin de Pueyrredon—Bernardino Ribadavia*”.

XII.

Notificada que les fué esta sentencia, se lee:

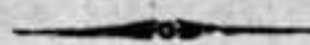
“En Buenos Aires á 4 de julio de 1812 siendo las 10 de la mañana se intimó la anterior sentencia á los reos Pedro de la Torre y Matías de la Cámara, y dispuestos y auxiliados espiritualmente, fueron ejecutados á las 12 de la misma mañana en la plaza de la Victoria, manteniéndose sus cuerpos en la horca en la forma ordinaria, de que doy fé—Ante mi—*Juan Cortés*”.

XIII.

Los autos de que se ha extractado lo anterior, y á los que no falta un solo renglon, pasan de la dilijencia última,

que como se ha visto es de 4 de julio, á la declaracion del preso Luis Porrua, de 13 del mismo mes. Esto servirá como muestra de lo ímprobo de nuestro trabajo para ver de conservar á la causa su gradación cronológica, sin la cual no habríamos hecho mas que trasladar á la *Revista* el laberinto de esos enmarañados autos.

(Concluirá).



BIBLIOGRAFIA Y VARIEDADES

VICENTE LOPEZ

“Respeto á los niños!—los niños son la posteridad”,—ha dicho un pensador. Respeto profundo á los niños que revelan el genio!, podemos agregar al encabezar estas líneas con el nombre de uno de ellos. Niños tales serán la posteridad ilustrada; los jueces de la vida pública de nuestros padres; los Tácitos de nuestra historia; los Homeros de nuestra epopeya; quien sabe... pero basta que anuncien serlo, que den esperanza de que lo serán, para que ante ellos nos inclinemos con recogimiento como en presencia de la posteridad que avanza, y no hagamos el papel del viejo de Horacio *laudator temporis acti se puero*.

Confesamos por el contrario que el niño ha venido á sorprendernos, y que apesar de que nos parezca haberlo tenido ayer no mas sobre nuestras rodillas, como casi es así,—no recordamos ejemplos de tal precocidad: y debe créersenos, porque nuestros recuerdos son casi de ayer.

Es una novedad por lo mismo para los amigos de las letras, y acaso tambien para los de la historia natural del hombre: para los de la teoria de las propensiones, dotes intelectuales hereditarios, con generaciones de por medio, el anuncio de que el autor del *Himno Nacional* y del *Triunfo Argentino*, ha dejado un sucesor póstumo.

Cuando el venerable bardo dejó hace poco este mundo, como Sócrates conferenciando sobre el otro adonde vamos,

con los pocos amigos íntimos que no habían echado en su copa una gota de cicuta, su nieto era menos que un niño: baste saber que tiene ahora recién 16 años.

Y bien: ese niño que lejos de ser estimulado por su padre, el autor de *La Novia del Hereje*, en el sentido de las artes de imaginación, lo ha rodeado por el contrario en sus estudios de escuela, de aquellos que cultivan el juicio á espensas de la fantasía: ese niño que alterna cada día entre la álgebra, que no emplea las letras para resolver ecuaciones de consonantes, y los idiomas muertos que no conocieron estas; ese niño que tiene ante sí un muro de estudios clásicos, ha roto ese muro y manifestado una tendencia tanto más marcada, cuanto que parecía haber concluido en una generación anterior, puesto que el autor del *Curso de bellas Letras*, había probado ser fuerte en los varios ramos de ellas á excepción precisamente de la poesía: acaso por haberse hastiado temprano con las producciones banales de tanto desterrado del Parnaso como pulula en nuestras calles.

Impreso casi en su totalidad el número 16 de *La Revista*, hemos recibido una composición *A Dios* del niño poeta, y ya que no podamos insertarla por estar terminada la Sección de Literatura, no hemos querido dejar de anunciar la impresión que había producido en nosotros tan anticipado estreno por parte del hijo de nuestro ilustrado amigo el doctor don Vicente Fidel Lopez.

Y para que nuestras palabras no se espliquen por ese sentimiento; ya que no se crea que en el caso de ser poetas, podriamos repetir con Boileau

*“Mais je sai peu louer, et ma Muse tremblante
Fuit d'un si grand fardeau la charge trop pesante;*

permitasenos no resistir á la tentación de dar aquí dos de los magníficos quintetos de la composición que ofrecemos para el siguiente número de *La Revista*. Habla con Dios:

“En la fiera borrasca, cruel sañuda;
 En el viento que ruge enfurecido;
 En las olas que arrancan con su ruda
 Fuerza, el peñasco sobre el mar, erguido;
 Y del ronco volcan al sordo ruido,

Muestras, o Dios, tu brazo poderoso;
 Alzas tu mando sobre el orbe entero,
 Y el mar revuelto, negro y borrascoso
 Altivo tú sacudes, y severo
 En los cielos te elevas majestuoso.”

La 2.^a estrofa hace recordar á Fr. Lus de Leon, y la 1.^a no cede en majestad al tan justamente ponderado soneto de Quevedo, que comienza:

“De amenazas el Ponto rodeado
 Y de enojos del tiempo sacudido...”

Sin que esto quiera decir, ni sea posible, que toda la composición del niño, como ni toda la de Quevedo, sostenga la entonacion valiente con que empieza.

Agosto 20 de 1864.

ROBERT MACAIRE

Es un personaje que representa el charlatanismo en todo: en política como en industria; en ciencias como en especulaciones. Es un embaucador que toma todas las formas que reviste el hombre en sociedad, y con todas pringa al que se fia de él: á todos engatuza; á todos les deja el amargo arrepentimiento de haberse fiado en sus teorías y palabras. ¡Qué de Robert Marcaires en política!...

J. ESPINOSA

INDICE GENERAL

HISTORIA AMERICANA

Páginas.

El general San Martín, su retirada del Perú, por el general don Tomás Guido	5
Noticias históricas sobre la fundación y edificación del Templo y Convento de San Francisco en Buenos Aires, por el doctor don Vicente G. Quesada	16
Campañas marítimas durante la guerra de la Independencia (continuación), por el doctor don Anjel J. Carranza . . 53 y	474
El paso de los Andes y el general Guido—Rectificaciones históricas por don Luis L. Domínguez	61
El señor Domínguez y sus "Rectificaciones históricas", por don Carlos Guido y Spano	140
Episodios de la Revolución—El crucero de "La Argentina", por el brigadier general don Bartolomé Mitre . . 243, 376 y	441
Recuerdos históricos sobre la provincia de Cuyo, (continuación) por don Damían Hudson	289
Apéndice á las noticias históricas sobre la fundación y edificación del templo y convento de San Francisco en Buenos Aires, por el doctor Vicente G. Quesada	309
Memoria presentada al Supremo Gobierno de las Provincias	

Unidas del Rio de la Plata, 1816, por el ciudadano don Tomas Guido	333
Los cronistas de Indias—Estudio bibliográfico, por don Diego Barros Arana	346
Escritos póstumos del señor don José Joaquin de Araujo—Fragmentos—Introduccion, por el doctor don Vicente G. Quesada.	455

LITERATURA

Apuntes biográficos del doctor don José Valentin Gomez, por don José Gregorio Gomez	82
El pago de las deudas—Novela original, por don Alberto Blest Gana. 89, 255, 417 y	505
El naranjo y el cedro—Leyenda bíblica, por doña Juana Manuela Gorriti.	135
Costumbres populares de Cochabamba—Recuerdos de viaje—por el doctor don Juan H. Serivener	272
Don Dimas de la Tijereta—(Cuentos de viejas que trata de como un escribano de Lima le ganó un pleito al demonio), por don Ricardo Palma	399
Sueños y Realidades—Edicion completa de las obras de la señora doña Juana Manuela Gorriti, por el doctor don Vicente G. Quesada	407
Costumbres limeñas—La tapada, por Omar	493

DERECHO

Jurisdiccion comercial—Jueces comisarios en las quiebras—Ministerio público—Rúbrica de los libros de los comerciantes, por el doctor don Mariano G. Pinedo	124
Causas célebres argentinas—Proceso de la conspiracion de don Martin de Alzaga, por el doctor don Miguel Navarro Viola	570

BIBLIOGRAFIA Y VARIEDADES

Lucia de Miranda—Drama histórico en cinco actos y en verso, por don Miguel Ortega—Juicio crítico, por el doctor don Miguel Navarro Viola	130
Observacion á la entrega 1.a	137
Advertencia, por el doctor don Vicente G. Quesada	138
Discurso pronunciado por el doctor don Miguel Navarro Viola en la reunion del Teatro de Colon, con motivo de los suce- sos del Perú.	280
Bibliografía, por el doctor don Vicente G. Quesada	428
Vicente Lopez, por el doctor don Miguel Navarro Viola	589
Robert Macaire, por don J. Espinosa	591

